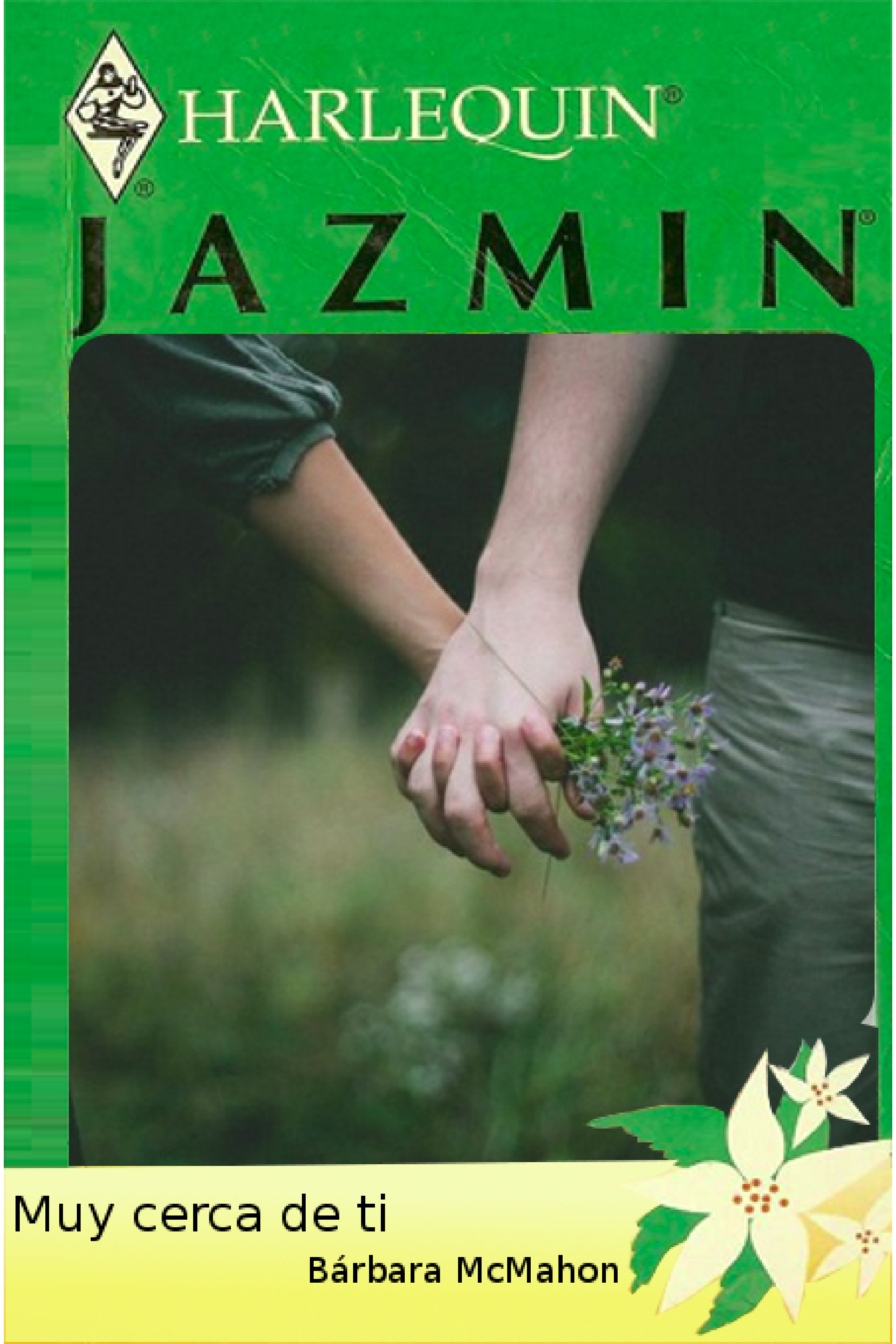

HARLEQUIN®
JAZMIN®
Muy cerca de ti
Bárbara McMahon

Muy cerca de ti

Bárbara McMahon

3º Carstairs
Muy cerca de ti (1998)
Título Original: Bride of the ranch
Serie: 3º Carstairs
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1299
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Kyle Carstairs y Maggie Foster

Argumento:

Maggie necesitaba un trabajo y Kyle un ama de llaves. La solución parecía sencilla: Maggie trabajaría para Kyle. Sin embargo, en la práctica, las cosas no iban a ser tan fáciles; Kyle había tenido cinco amas de llaves en menos de cinco meses y era increíblemente exigente respecto al orden y la limpieza de su hogar. Y Maggie solía tener tendencia al caos...

Kyle no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que aquella joven no cumplía los requisitos, pero por alguna extraña razón, era incapaz de despedirla…

Capítulo 1

Maggie Foster intentó mantener la calma ante la mirada desaprobadora de Sarah Montgomery, la mujer madura, dueña y comandante en jefe de la Agencia de Colocación Montgomery, quien revisaba con expresión cada vez más amenazante una carpeta que tenía ante sí.

—Este es el tercer puesto del que la echan por despistada —dijo, severamente.

Maggie tragó saliva y se esforzó por inventar una excusa convincente.

—Reconozco que estaba…, distraída, pero sólo en una ocasión.

La señora Montgomery arqueó una ceja.

—Aquí dice que mezclaste los pedidos en repetidas ocasiones. Quemaste las hamburguesas y tus batidos sólo sabían a leche.

—No creo que un restaurante de comida rápida sea el trabajo más apropiado para mí.

—Señorita Foster, empiezo a preguntarme si hay algún sitio adecuado para usted. Le conseguimos un puesto como recepcionista en Bennet, Strife y Harwell —la señora Montgomery señaló la carpeta—. Confundió los mensajes, colgó el teléfono a un cliente importante y la encontraron perdida en sus propias ensoñaciones cuando todos los teléfonos sonaban a un tiempo. Cuando la despidieron, lo intentamos en los grandes almacenes Markham. Creó tal confusión en el registro de ventas que aún deben estar resolviéndolo. Mandó la mercancía a la dirección equivocada y no atendió a compradores importantes porque estaba en su propio mundo de fantasía.

Maggie bajó la mirada. No necesitaba que la señora Montgomery le recitara la letanía. Sabía perfectamente que no se había concentrado en ninguno de los trabajos.

Quería escribir, pero mientras no pudiera vivir de la literatura necesitaba un trabajo para mantenerse. Gracias a su tiránico padre, cuyo único interés había sido prepararla para un matrimonio ventajoso, Maggie no había aprendido ningún oficio, excepto el de anfitriona. Ahora que se había independizado, eso no le servía de nada.

Si no conseguía algo inmediatamente se quedaría sin dinero y lo último que quería hacer era volver a casa y admitir que su padre tenía razón.

—¿Sabe cocinar?

—Sí —replicó.

Aunque no era una gran cocinera, era capaz de hacer platos básicos.

—Hay un puesto posible —por primera vez, la señora Montgomery esbozo una tímida sonrisa—. Puede ser la pareja perfecta —dijo para sí—. O tal vez el despido más rápido de la historia de la agencia.

—¿Un puesto de cocinera?

—De cocinera y organización general en un rancho fuera de la ciudad.

—¡Lo acepto!

A la señora Montgomery no le pareció apropiado que Maggie mostrara tanto entusiasmo.

—Es lo único que puedo ofrecerle y no va a ser sencillo. Kyle Carstairs es un hombre muy difícil. Ha tenido cinco amas de llave en los últimos siete meses. La que más se ha quedado ha resistido cuatro semanas —los comentarios de Sarah Montgomery pretendían disuadir a Maggie, pero no lo lograron.

—Estoy segura de poder hacerlo —Maggie no podía perder la oportunidad. De una forma u otra necesitaba huir del tipo de vida que había conocido hasta entonces.

¡Tenía que lograrlo!

La señora Montgomery la miró por encima de sus gafas con la intención de intimidarla, y aunque estuvo a punto de conseguirlo, Maggie, logrando aparentar una calma que estaba lejos de sentir, sostuvo su mirada.

—El rancho está a una hora de Cheyenne.

Maggie asintió. No le importaba estar fuera de la ciudad.

—Por lo que dicen las otras mujeres que han trabajado allí, Kyle Carstairs es mandón, arrogante y muy exigente. Nada es bastante para él.

Maggie respiró profundamente. Parecía la descripción de su padre y de Don.

Tenía mucha experiencia con ese tipo de hombres.

—Tengo experiencia con ese tipo de situaciones —dijo, con calma.

La señora Montgomery la estudió unos segundos antes de volver la mirada a la carpeta.

—Está bien. Llamaré al señor Carstairs para anunciarle que va para allá. Buena suerte, señorita Foster. Va a necesitarla.

Capítulo 2

Maggie detuvo el coche cerca de la casa del rancho. La casa de dos pisos de madera le resultó encantadora y se preguntó si la señora Montgomery no habría exagerado al describir a su dueño. ¿Cómo podía ser tan horrible el hombre que poseía aquella casa?

Maggie había llegado con tiempo de sobra para instalarse antes de preparar el almuerzo. Estaba ansiosa por demostrar a su nuevo jefe que era capaz de hacer bien su trabajo.

Abrió la puerta y se bajó del coche con cierta timidez. Llevaba unos pantalones vaqueros viejos y una camiseta. Sólo las botas eran nuevas.

Miró en torno y vio a varios hombres trabajando cerca del cobertizo. Uno de ellos estaba en un gran corral domando a un caballo, otro se sentaba sobre un barril, desenrollando unas correas de cuero. Otros dos abandonaron su tarea y se quedaron mirándola. Un hombre de gran estatura salió del cobertizo al oír el coche. Maggie se llevó la mano a los ojos para protegerse del sol y esperó. Al verlo aproximarse, su corazón latió con fuerza.

Maggie no creía que fuera posible viajar en el tiempo, pero en ese momento lo dudó. Aquel hombre parecía un vikingo. Alto, fuerte, rubio, cruzó la distancia que los separaba lentamente, con suavidad y elegancia, como un depredador avanzando hacia su presa. Se sacudió el sombrero en el muslo y su cabello brilló como un doblón de oro. Se aproximó a Maggie sin apartar los ojos de ella.

Maggie respiró profundamente y dejó caer la mano, sosteniéndole la mirada.

—¿Se ha perdido? —preguntó él, poniéndose el sombrero y echándoselo hacia adelante para protegerse del sol.

Maggie negó con la cabeza y sonrió. El deseo de acercarse a él y sentir el calor que emanaba de su cuerpo era un sentimiento nuevo para ella. Y que no tenía más remedio que reprimir.

—Soy Maggie Foster, la nueva ama de llaves.

Él la miró con incredulidad.

—¿Bromea?

—No —Maggie sacó del coche la carta que le habían dado en la agencia—. La señora Montgomery me dijo que lo llamaría.

Kyle Carstairs tomó la carta, la leyó por encima y miró Maggie. ¿Qué demonios iba a hacer? La señora Montgomery había llamado el día anterior para anunciarle que tenía una nueva ama de llaves para él pero no se había molestado en comentar que se trataba de una mujer joven y bonita, nada adecuada para el puesto de trabajo.

¡Pero si hasta olía a rosas!

Kyle volvió a inspeccionarla. Demasiado joven. Y demasiado femenina. Tenía las curvas precisas en los sitios adecuados y aunque a él le daba lo mismo, no quería que sus hombres se distrajeran. Además, no tenía aspecto de poder hacer el trabajo.

Probablemente era una inconsciente que pensaba que vivir en un rancho sería divertido. ¿O acaso tenía la esperanza de cazar a un ranchero, como Jeannie?

¿En qué estarían pensando en la agencia? Que hubiera tenido cinco amas de llave distintas desde la marcha de Rachel no era excusa para que le mandaran aquélla. Ninguna de las anteriores habían servido. Pero cualquiera de ellas era mejor que la menuda mujer que tenía delante.

—Siento que haya venido hasta aquí, pero no me sirve —Kyle dobló la carta y se la devolvió.

—¿Cómo que no sirvo? —preguntó ésta, desconcertada—. Ni siquiera me ha entrevistado. No sabe ni cómo cocino ni cómo limpio. Y por lo que he oído no le queda más remedio que darme una oportunidad. No hay nadie más disponible —

Maggie cerró el coche de un portazo y dio un paso hacia él—. ¿Es usted Kyle Carstairs? —le preguntó, para asegurarse de que estaba hablando con el jefe y no con alguno de sus empleados.

—Así es. Soy el dueño de Rafter C y lo que yo digo se cumple. No me sirve.

Maggie miró en torno en busca de ayuda. Los hombres habían continuado con su trabajo. Maggie puso las manos en jarras, levantó la barbilla y apretó los dientes.

—¿Y dónde están todas esas mujeres que pueden hacer el trabajo mejor que yo?

Por lo que veo, no tiene ninguna —Maggie estaba segura de ello y Kyle sabía que te-nía razón—. Quizá debería probar conmigo antes de echarme del rancho.

Kyle tomó una de sus manos y le recorrió la palma con el pulgar.

Maggie se estremeció, desconcertada ante aquel inesperado contacto.

—Un rancho representa un trabajo duro. Sus manos son demasiado delicadas

—dijo él, sin dejar de pasarle el dedo por la palma.

Maggie intentó soltarse, pero él la retuvo con firmeza. Ella lo miró enfadada.

—No he venido a hacer el trabajo del rancho, sino el de la casa.

—Sigue siendo muy duro para usted —replicó él.

Maggie le sostuvo la mirada con dificultad. Sospechaba que Kyle tenía razón, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Le costaba pensar mientras él le sujetaba la mano.

—¿Quién hace el trabajo en este momento?

Él se encogió de hombros y siguió acariciándole la mano. Bajó la vista como si le maravillara la suavidad de la piel de Maggie. Respiró profundamente y volvió a percibir un perfume de rosas.

—Hasta que llegue la próxima ama de llaves, los hombres y yo.

—Pues se han acabado los problemas. Ya estoy aquí. Soy la nueva ama de llaves.

Kyle sacudió la cabeza.

—Normalmente… —Maggie carraspeó. ¿Qué tenía de normal que un desconocido le sujetara la mano? Nada. Su corazón latía velozmente. Las caricias de Kyle repercutían en todo su cuerpo. Tirando de la mano, se liberó y dio un paso atrás.

—¿Normalmente qué? —preguntó él.

—¿Quién hace la comida?

—Durante años he tenido un ama de llaves, pero al enfermar su madre se tuvo que ir. De esto hace más de un año. Desde entonces nada ha sido normal. Uno de estos días la agencia mandará a alguien adecuado que se quedará tanto tiempo como Rachel y se acabarán los problemas.

Maggie forzó una falsa sonrisa.

—Yo soy esa persona. Ha conseguido ahuyentar a todas las demás. La agencia no lograba encontrar a ninguna otra, así que no tiene más remedio que aceptarme.

—O ir a otra agencia —Kyle frunció el ceño.

—Le ocurriría lo mismo. Cinco amas de llave en siete meses no es un buen informe —¿de dónde salían las palabras? Maggie nunca

se había enfrentado a su padre, ¿cómo lograba defenderse frente a aquel gigante?

—¿Y usted va a ser mejor que las demás? La que más ha durado se fue a las cuatro semanas.

—Yo me quedaré más. Y seré la mejor de todas —Maggie no dejaba de sonreír para ocultar el temor que sentía.

Kyle no quería que se quedara. Sólo llevaba allí diez minutos y ya le recordaba a su antigua prometida, Jeannie. No físicamente. Jeannie era alta y rubia, mientras que ésta era menuda y tenía un sedoso cabello castaño que enmarcaba su rostro. Por un instante tuvo la tentación de echárselo hacia atrás para comprobar si era tan suave como aparentaba, pero, apretando los puños, se resistió. Más de una vez las hormonas le habían jugado una mala pasada, pero nunca más. Esa mujer era demasiado joven y tentadora. Él quería una mujer de cincuenta años, con varios hijos y años de experiencia en el trabajo. Una mujer como su madre, a la que le gustara la vida del rancho, disfrutara cocinando para los hombres y compartiendo la conversación sobre el ganado, el precio de la carne en el mercado y los rodeos. No una jovencita que pudiera tirar al suelo una ráfaga de viento.

Y sin embargo, ella tenía razón. La casa estaba hecha un desastre. Nunca tenía ropa limpia y estaba harto de comer de latas. Lo hombres empezaban a quejarse.

Incluso Lance, el capataz, había protestado, amenazando con marcharse si tenía que seguir cocinando. Y ninguna de las más de cincuenta amas de llave que habían pasado por el rancho se habían quedado.

Estaba seguro de que iba acceder y de que se arrepentiría toda la vida. Pero Maggie se había expresado con absoluta claridad y era cierto que necesitaban ayuda.

Si se quedaba, podría echarles una mano. Mientras, él llamaría a la agencia y les diría que siguieran buscando a alguien más apropiado.

—Puede quedarse temporalmente. Pero sólo hasta que venga alguien más adecuado —dijo, al fin.

Maggie asintió y miró en otra dirección para ocultar su satisfacción. Estaba segura de que la agencia no se molestaría en buscar a otra persona mientras ella se quedara. Y si hacía las cosas

bien, podría estar allí hasta acabar el libro. Una vez lo vendiera, ya decidiría si se quedaba hasta su publicación o si se mudaba para escribir el siguiente. Acababa de empezar, pero no le faltaban ideas. Ver a Kyle Carstairs le había dado muchas más. Con su fértil imaginación y el ambiente tranquilo del rancho, estaba segura de acabarlo en un par de meses. Y ya nada la detendría.

—Voy a enseñarle la casa. Puede deshacer el equipaje y preparar el almuerzo.

Somos diez trabajadores y yo. ¿Sabe cocinar para tantos?

—Desde luego —no podía ser tan difícil. Se limitaría a multiplicar por doce lo que ella quisiera comer.

—Comemos a las seis, a la una y a las siete. A veces algo más tarde si estamos marcando las reses.

Maggie asintió. No comprendía por qué Carstairs no había logrado que las demás amas de llave se quedaran. Tres comidas al día no era pedir demasiado. Eso y la limpieza le llevarían poco tiempo. Por mucho que tuviera que pasar el aspirador y poner la lavadora un par de días a la semana, tendría tiempo de sobra para la novela.

Kyle llegó en un par de zancadas junto a la puerta de entrada. Sus botas resonaron sobre los escalones. Maggie corrió tras él. Estaba dispuesta a …

Se resbaló en el primer escalón. Alargó los brazos para evitar caerse, se asió a las caderas de Kyle y se inclinó sobre él. Kyle se tambaleó y perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Maggie lo siguió, aplastándolo con su peso.

—¡Oh, no! ¡Lo siento! —dijo, poniéndose de rodillas con la ayuda del muslo de Kyle—. ¿Se encuentra bien? Lo siento.

Le dio una palmadita en la pierna para asegurarse de que no había matado a su jefe.

Cuando Kyle se incorporó sobre el codo y le lanzó una mirada furibunda, Maggie pensó que tal vez hubiera sido mejor matarlo. Sus ojos lanzaban destellos de ira.

—Hay varios escalones. Debe subirlos de uno en uno.

—Lo sé… Me he resbalado.

Kyle se sentó. Maggie seguía de rodillas.

—¿Es que no sabe andar? —preguntó él, sarcástico.

—Ha sido un accidente. Estoy segura de que hasta el jefe de

Rafter C sufre accidentes de vez en cuando.

Kyle se puso en pie, y sujetando a Maggie por el brazo, la ayudó a levantarse.

Cuando se aseguró de que no volvería a caerse, la soltó, al tiempo que mascullaba algo entre dientes.

—¿Qué?

—Nada —Kyle respiró profundamente—. Los accidentes son inevitables.

Adelante —sujetó la puerta e indicó a Maggie que pasara a la gran cocina.

La habitación estaba en un estado caótico. El fregadero rebosaba con platos llenos de grasa; a su paso, crujía el azúcar esparcido por todo el suelo. No había cortinas y la mesa necesitaba un lavado.

—Tengo la impresión de haber llegado justo a tiempo —dijo Maggie, ocultando su desánimo.

—No he dicho que no necesitara a nadie, sino que usted no es la persona apropiada.

¿Cuál era el problema de aquel hombre? Su desaprobación era obvia sin tan siquiera conocerla. Maggie levantó la barbilla, prometiéndose a sí misma convertirse en indispensable para el señor Carstairs. Y cuando vendiera el libro y fuera a marcharse, él le suplicaría que se quedara. Pero ella se marcharía sin volver la mirada. Le daría una lección.

La despensa y el congelador están en ese lado —dijo Kyle, señalando una puerta—. Puede que necesitemos provisiones. Hemos estado demasiado ocupados como para hacer la compra.

—Para eso estoy yo aquí. ¿Por qué no sigue con lo que estaba haciendo mientras yo empiezo con lo mío?

Maggie no quería tenerlo cerca cuando se pusiera a poner orden en aquel caos.

Después de limpiar haría la comida.

—Maggie Foster.

Maggie se volvió.

—¿Sí?

—Sólo quería confirmar que ese era su nombre.

Durante una fracción de segundo, Maggie tuvo la sensación que había una atracción mutua entre ellos, pero rápidamente la ignoró. No necesitaba distracciones y menos masculinas. Huía de un padre

dominante y de un desastroso romance para concentrarse en su carrera. No tenía la menor intención de sentirse atraída por su nuevo jefe.

Aun así, iba ser imposible erradicarlo completamente de su mente. Era su jefe y el prototipo ideal de hombre. Tendría que estar ciega para negarlo. Pero eso no significaba nada. Ella lo sabía todo sobre los hombres. Querían mujeres serviciales, boicoteaban sus aspiraciones para impedir que se desarrollaran y crecieran, ignoraban sus necesidades y las utilizaban para sus propios fines.

Pero el viento había cambiado de dirección y Maggie estaba decidida a ser ella quien los utilizara. Observaría a los cowboys del rancho y los describiría en su novela. ¿Qué mejor lugar que un rancho lleno de hombres para estudiarlos? Pero evitaría cualquier relación personal. Se mantendría distante. Tomaría de ellos lo que quisiera y rechazaría el resto. No iba a quedarse allí lo que le quedaba de vida. En cuanto vendiera el libro, se marcharía.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Kyle, sacudiéndole el brazo.

Maggie pestañeó y asintió con la cabeza.

—Hay mucho que hacer, pero no pienso desmoralizarme.

Tenía que tener cuidado con su tendencia a abstraerse. Le resultaba demasiado fácil perderse en sus propios pensamientos. Era un mecanismo que había desarrollado para escapar de la realidad, pero ya no lo necesitaba.

Kyle miró en torno.

—Rachel no tardaría nada en limpiar esto.

—Supongo que Rachel no habría dejado que las cosas llegaran a este extremo —

replicó Maggie airadamente—. ¿No tiene nada que hacer?

—Señorita Foster, por si no lo sabe, soy yo quien da las órdenes aquí.

—Yo no he dado ninguna orden. Sólo quiero que se marche para poder ponerme a trabajar. No necesito que me supervise.

Maggie cometió el error de volverse hacia él. Estaba demasiado cerca. Resultaba demasiado masculino. Por primera vez en mucho tiempo, Maggie se preguntó qué aspecto tendría. ¿Se le habría borrado el lápiz de labios? ¿Estaría despeinada?

—Vendremos a comer cinco. Los demás no llegarán hasta la cena. ¿Podrá ocuparse?

—Sí.

Maggie vio que Carstairs sacudía la cabeza con incredulidad y se marchaba.

Respiró profundamente y volvió a contemplar el caos que la rodeaba. Por el momento tendría que olvidarse de escribir. Después de limpiar la cocina, desharía el equipaje e instalaría el ordenador. No podría hacer mucho más.

Para cuando los hombres llegaron a almorzar, Maggie había limpiado la cocina y escrito una lista de provisiones necesarias. Apenas quedaba comida. Había hecho un esfuerzo por organizar algo para comer, pero los hambrientos cowboys miraron con desolación la mesa.

En el centro había dos grandes platos, uno con sándwiches de mantequilla de cacahuetes y mermelada, y el otro con tostadas y queso fundido. También había varios cuencos con sopa instantánea. En el fogón se hacía una gran cafetera.

Kyle fue a la cabecera de la mesa y miró los platos con incredulidad. Levantó la vista hacia Maggie lentamente.

—¿Esto es el almuerzo?

Maggie asintió con gesto preocupado. Apenas quedaba comida y ella había hecho lo que había podido. Pero al ver la mirada de desaprobación de su jefe, se dio cuenta de que no era bastante.

Los demás hombres estaban sentados en silencio, contemplando las pilas de sándwiches y las distintas sopas repartidas por la mesa, de pronto, todos miraron a Maggie.

Ella sonrió animadamente.

—Soy Maggie Foster —se presentó. No hubo respuesta—. La nueva ama de llaves.

—¿Dónde has trabajado antes, en un colegio? —preguntó uno de los hombres más mayores.

—Empezad, volvemos en seguida —dijo Kyle. Asiendo con fuerza el brazo de Maggie, la llevó hasta su despacho. Cerró la puerta y la obligó a mirarlo de frente—.

¿Está bromeando o de verdad cree que esto es lo que espero de un ama de llaves?

Mis hombres trabajan duro, no son damiselas invitadas a tomar el té.

—No es ninguna broma. Es todo lo que he encontrado. Si quiere

comer mejor, tendrá que comprar más comida.
—¿Qué nos va a dar de cena, perritos calientes?
Maggie pasó por alto el sarcasmo.
—Iré al pueblo a comprar.
—Por la noche vendrán todos los hombres. Eso hace diez más nosotros dos.
¿No me había dicho que se sentía capaz de alimentar a tantos?
Kyle no comprendía muy bien por qué le estaba dando una segunda oportunidad. Al ver el almuerzo se había puesto furioso, pero viéndola tan decidida y arrogante, le costaba seguir enfadado. Aun así, no estaba dispuesto a ablandarse por muy bonita que fuera.
—Estos hombres realizan un trabajo agotador. Necesitamos mucha comida para reponernos. Y nos gusta algo con más sustancia que mantequilla de cacahuete.
—Estaba en el armario, así que asumí que solían tomarla —replicó Maggie.
Sabía que había metido la pata, pero al menos los hombres tenían algo que comer.
—Lo debió comprar alguna de las anteriores amas de llave. No recuerdo haberla probado desde que murió mi madre.
Maggie se irguió.
—De acuerdo. A partir de ahora habrá sándwiches de jamón, queso y carne —
Maggie apretó los dientes. Admitía que tenía que aprender, pero antes necesitaba llenar la despensa de provisiones.
—Las tostadas con queso fundido no están mal. Espero que quede alguna.
—Si hubiera habido más pan y más queso, habría hecho más. La despensa y el refrigerador están vacíos, y en el congelador había grandes trozos de carne congelada, no algo que pudiera preparar en el momento.
—Si no puede hacer el trabajo…
Maggie se volvió bruscamente y caminó hacia la puerta. ¿Es que Kyle iba a despedirla después de la primera comida? No estaba dispuesta a consentirlo. Ella necesitaba el trabajo y él, un ama de llaves. Cuando había puesto varios metros de por medio, se volvió con expresión decidida.
—He llegado hace dos horas. He tenido que quitar la porquería

acumulada en varias semanas y rebuscar para encontrar algo que dar de comer a media docena de personas. Yo soy escritora, no prestidigitadora. Teniendo en cuenta lo que había, no lo he hecho tan mal. En cuanto haya hecho la compra, podré arreglármelas perfectamente.

—¿Escritora? —repitió Kyle.

Maggie cerró los ojos durante una fracción de segundo. ¡Cómo podía ser tan estúpida! No quería que nadie lo supiera hasta haber vendido el libro. Especialmente después de los burlones comentarios de su padre y de Don.

—Creía que era ama de llaves —dijo Kyle, desconcertado—. ¿Es escritora?

Maggie lo miró con ojos muy abiertos.

—Lo que haga en mi tiempo libre no es asunto suyo. No voy a desatender la casa.

—¿Qué escribe? —si era una periodista escribiendo un reportaje, la echaría de una patada.

—Libros —masculló Maggie, bajando la mirada a la garganta de Kyle, donde pudo ver, fascinada, el pulso rítmico de sus latidos. Hubiera querido alargar la mano y sentir el fluir de su sangre, sentir…

—¿Qué tipo de libros?

Maggie no quería enfrentarse a su sarcasmo, pero estaba acostumbrada. Su padre siempre se reía de ella. Su ex prometido se burlaba de sus proyectos. Pero ella se había mantenido firme y si ellos no habían logrado desanimarla, tampoco lo haría su nuevo jefe.

—Novelas de amor —dijo, orgullosa.

Capítulo 3

—¿Qué? —Kyle dio un paso adelante y clavó la mirada en Maggie—. ¿Ha venido a escribir novelas de amor? ¿O acaso a investigar? Manténgase alejada de mis hombres. Está aquí para ser mi ama de llaves. ¡Maldita sea! Debería despedirla.

—Mi imaginación es mucho mejor que la realidad. Sé perfectamente que no se me dan bien los romances y no tengo la menor intención de seducir a sus hombres.

¿Satisfecho?

Maggie se dio la vuelta, consciente de que había enrojecido. No quería seguir humillándose. Sabía también que no debía haber mencionado las novelas de amor.

Todos los hombres pensaban…

—No puede escribir durante el horario de trabajo.

—No se preocupe. Haré el trabajo lo mejor que pueda, señor Carstairs.

—Llámame Kyle —gruñó, acercándose a la puerta—. Y trata de mejorar.

Dejó sola a Maggie. Ella lo siguió lentamente. La cocina estaba vacía. Las migas en los platos le indicaron que los hombres habían comido los sándwiches, y Maggie se preguntó si le habrían dejado algo a Kyle. Supuso que sí, pues de otra manera estaba segura de que habría oído sus gritos. Sin embargo, para ella no había quedado nada.

Maggie recogió la mesa y fregó. En su mente se repetía una y otra vez la escena del despacho. Estaba decidida a hacer bien su trabajo, pero Kyle Carstairs no tenía derecho a decidir cómo debía invertir su tiempo libre. Y ella quería escribir novelas de amor.

Después de los hirientes comentarios que le había dedicado Don respecto a su inhabilidad para atraer y conservar a un hombre, Maggie estaba segura de que ni volvería a enamorarse ni atraería a nadie. Cuando Don le había pedido que se casara con él, ella había creído que formarían una pareja perfecta. Pero sus besos no eran del agrado de Don, y su negativa a acostarse con él antes de la boda no había hecho más que confirmarle que era una mujer sin capacidad de seducción. Incluso después de siete meses, las palabras

de Don la atravesaban como un puñal.

Así que, aceptando la realidad, tal y como decía siempre su padre, era consciente de que los hombres no se sentían atraídos por ella. Por eso había comenzado a escribir novelas de amor: para satisfacer sus aspiraciones románticas y su necesidad de alcanzar un final feliz; además de proporcionar el placer de la lectura a quienes la leyeran.

Y aunque contaba con su propia imaginación, necesitaba recopilar más datos.

Su experiencia era extremadamente limitada. Tal vez podría preguntar discretamente a los hombres del rancho. Quizá ellos le dirían qué buscaban en su pareja, qué les gustaba de las mujeres, aparte de lo evidente, y qué causaba problemas en sus relaciones.

Cuando finalmente acabó de recoger la cocina, se secó las manos y salió. Si querían cenar tendría que hacer la compra. No quedaba demasiado tiempo y el pueblo más próximo estaba a cierta distancia.

Fue a buscar a Kyle al cobertizo para averiguar si debía pagar en metálico o si tenía una cuenta abierta en algún supermercado. Maggie había preparado una lista en la que esperaba haber incluido todo lo que pudiera necesitar para varios días. No tenía experiencia en organizar menús por adelantado. Su padre siempre había tenido una cocinera.

—¿Puedo ayudarte, jovencita? —preguntó uno de los viejos trabajadores, al que Maggie reconoció de inmediato como el que le preguntó si había trabajado en una guardería. Sonrió tímidamente.

—Estoy buscando a Kyle. Tengo que hacer la compra y no sé ni dónde ir ni cómo pagar.

—Kyle ha salido. El Rafter C tiene una cuenta en una tienda de Cheyenne. Dile al dueño que trabajas aquí y pondrá la compra en la cuenta. Todas las amas de llave lo hacen así.

—Gracias. Volveré para la cena —Maggie se marchó con una sonrisa. De haber sabido que hacían la compra en Cheyenne la habría hecho antes de ir al rancho en lugar de tener que volver en el mismo día.

Al poner el coche en marcha, vio aproximarse a Kyle por el espejo retrovisor y esperó a que la adelantara. Iba sobre el caballo como si hubiera nacido sobre una silla de montar, elegante y

relajado, abrazando los flancos del animal con sus largas piernas. Maggie no pudo evitar mirarlo con admiración. Lo quisiera o no, Kyle iba a servirle de modelo para su protagonista, aunque pensaba hacerlo más amable y atento. Su rostro era perfecto, con rasgos bien definidos y tono bronceado. Maggie hubiera preferido que no llevara puesto el sombrero para volver a ver el brillo dorado de su cabello bajo el sol.

Kyle desmontó al llegar a su altura y ella bajó la ventanilla al ver que se aproximaba.

—¿Te marchas? —preguntó él con voz aterciopelada.

—Sólo para comprar comida. Volveré para la cena.

—¿Qué vas a comprar?

—¿Quieres ver la lista? —Maggie la tomó del asiento de al lado y se la alargó.

Kyle no hizo ademán de tomarla, sino que se limitó a seguir mirando a Maggie con ojos fríos.

—¿Así que piensas volver? —preguntó él.

—¡Sí! ¿Por qué intentas conseguir que me marche? Me necesitas.

—Y a ti te gusta que te necesiten.

¿Qué aliciente tenía quedarse en un trabajo cuyo jefe no quería que se quedara?

¿Sentirse necesitada por primera vez en su vida?

Maggie retiró la mano y dejó la lista en el asiento antes de poner el coche en marcha.

—Tengo trabajo que hacer. Como tú eres el jefe puedes permitirte perder el tiempo, pero yo tengo que volver a tiempo de preparar la cena.

Su discurso hizo sonreír a Kyle. Maggie respiró profundamente y arrancó. Ya aprendería a defenderse de él, pero por el momento debía darse prisa si quería tener la cena lista para las siete.

Kyle se quedó de pie, contemplando el coche alejarse. No se podía negar que era una mujer con personalidad. Ninguna de las otras amas de llave se habían atrevido a responderle. Debía estar perdiendo autoridad si estaba dispuesto a consentirlo. Si volvía a ocurrir, le recordaría que era su subordinada, que sólo estaba allí temporalmente y que si quería quedarse hasta que llegara su sustituía, más le valía tratarlo con respeto.

Maggie tardó más de lo que pensaba en encontrar la tienda y en

hacer la compra. Como no iba a llegar a tiempo de preparar la cena, decidió parar en el camino y comprar tres pizzas grandes. Estaba segura de que a los hombres les encantaría y que sería una novedad. En cuanto llegara a casa las metería en el horno y estarían listas para cuando acabara de vaciar el coche. No tendría tiempo de hacer nada más. Al día siguiente haría un asado con patatas, verdura y tortas de maíz.

Al llegar al Rafter C, Maggie tuvo la agradable sensación de volver a casa. Ni siquiera había sacado las maletas del coche y ya tenía la impresión de que el rancho la recibía como si llevara viviendo allí años.

Apenas había parado el coche frente a la puerta cuando Kyle salió con paso firme, abrió la puerta del co piloto y comenzó a sacar bolsas. Maggie llevó las pizzas a la cocina y las metió en el horno.

—Has tardado un montón —dijo Kyle, dejando las bolsas sobre una encimera.

—Me ha costado encontrar la tienda. Después he tenido que esperar a que el dueño acabara de hablar con un representante de ventas para decirle que cargara la compra en la cuenta —Maggie salió en busca del resto de las bolsas, con Kyle a su lado. No sabía si habría ayudado a las demás amas de llave, pero tampoco le importaba: lo cierto era que la ayudaba a ella.

Cuando acabaron de descargar el coche, Kyle sacó las dos maletas de Maggie.

—Las llevo a tu habitación. Está en lo alto de la escalera. ¿La has visto esta mañana?

—No he tenido tiempo de ver la casa. Estaba demasiado ocupada limpiando la cocina. Ya la veré después de cenar.

Si ella dormía en lo alto de la escalera, ¿dónde dormía Kyle? Hasta entonces Maggie no se había preocupado por ese aspecto de la convivencia. Pero tampoco tenía demasiada importancia. Estaba segura de que Kyle podría resistirse a sus encantos.

Metió la comida congelada y la leche en el refrigerador y dejó el resto para después de la cena. Quería poner la mesa antes de que llegaran los hombres. No iba a darle a Kyle la oportunidad de volver a quejarse.

A la siete en punto, Kyle entró en la cocina seguido de sus trabajadores, y Maggie se preguntó si habría sonado un silbato

invisible para anunciarles que era hora de comer. Se presentaron a ella de uno en uno y Maggie se esforzó por recordar sus nombres.

Sacó las pizzas del horno y las dejó sobre la mesa. Le pasó un cuchillo a uno de los más jóvenes cuyo nombre, si no recordaba mal, era Bill, y le pidió que empezara a repartir. Mientras, ella sirvió té, café y leche.

Los hombres comieron en silencio. Cuando las pizzas se acabaron, todos miraron a Maggie. Ésta vio que no quedaba ni un trozo para ella. El silencio se prolongó y Maggie dirigió la mirada hacia Kyle, quien se apoyó en el respaldo de su asiento con los dedos metidos en los bolsillos del pantalón, las piernas estiradas y los ojos fijos en ella.

—¿Pasa algo? —preguntó Maggie.

—No. Estamos esperando el resto —dijo Kyle, pausadamente, entornando los ojos y curvando los labios en una cínica sonrisa. Sentía curiosidad por ver que haría Maggie. ¿Se daría por vencida o tenía demasiado carácter como para rendirse?

—¿El resto? —a Maggie se le paró el corazón. Miró rápidamente en torno y comprendió: una vez más, no había preparado suficiente comida.

Maggie tragó saliva. No había nada más para cenar. Según sus cálculos, varios trozos de pizza debían haber bastado. Ella nunca tomaba más de dos. ¿Qué podía hacer? Los hombres seguían contemplándola en silencio. Maggie miró a Kyle con expresión de pánico. Sólo conservaría el trabajo si él estaba satisfecho. Y no lo iba a estar si sus muchachos se quedaban con hambre.

—Tortillas y tortas de maíz. Supongo que sabes hacer tortas.

Maggie asintió.

Kyle abrió el refrigerador y contó los huevos.

—Jason, ve a las barracas a ver cuántos huevos tenemos. Aquí hay dos docenas.

Trae otras dos si es que las hay. ¿Tenéis algo de carne?

—Queda un resto de la otra noche —apuntó otro de los hombres.

—Pues traedla también —ordenó Kyle, sacando los huevos.

¿Cuatro docenas de huevos? Maggie no daba crédito a sus oídos, pero recordó que eran doce hombres y cualquiera de ellos comía mucho más que ella. Debía haberse dado cuenta después de la

experiencia con el almuerzo.

Rápidamente, despejó una encimera y buscó la harina. Haría suficientes tortas para que se saciaran. Haría…

—Cari, tú y Pete colocad la compra en su sitio. Trevor, corta las cebollas. Jacke, ralla el queso. Lance…

—Yo me ocupo del café y de los condimentos, jefe —se adelantó Lance, con cara divertida. Vació los platos de migas y fue hacia el fogón—. Dennis puede traer algunas verduras y que Steve busque la mermelada.

Pasando junto a Maggie, le ayudó a bajar la harina.

—Pronto aprenderás cuánto nos gusta comer —dijo, para tranquilizarla—. Las pizzas han sido una buena idea, pero no había bastante. Podríamos comer una entera cada uno de nosotros —añadió, amablemente.

Kyle clavó la mirada en él y con un gesto de la cabeza le señaló el fogón. Lance sonrió, se llevó los dedos a la frente en un saludo militar e hizo lo que se le ordenaba.

Maggie hubiera querido que la tragara la tierra pero le consoló ver que los hombres, aunque debían estar furiosos, no se quejaran de tener que hacerse la comida. Habían trabajado duro todo el día y lo mínimo que se merecían era una cena caliente.

Maggie pasó por alto las bromas y picardías que compartían los hombres y se concentró en hacer unas tortas perfectas. Quería demostrar que era capaz de hacer algo bien, pero no estaba segura de que Kyle fuera a darle otra oportunidad. No parecía el tipo de hombre dispuesto a pasar por alto los errores repetidos.

Cuando las tortillas estuvieron preparadas y salieron dos hornadas de tortas, los hombres se sentaron a la mesa. Kyle cruzó la habitación y puso una mano en el hombro de Maggie para alejarla del horno y obligarla a sentarse junto a él.

—Tenemos avisadores. Siéntate y come.

Maggie sacudió la cabeza.

—No me hace falta. Quiero asegurarme de que las tortas se hacen bien.

No se merecía que Kyle la tratara con tanta delicadeza después del desastre que había hecho.

Kyle la empujó hasta sentarla y cuando retiró sus manos firmes y cálidas de sus hombros, Maggie sintió frío. Kyle se sentó a la

cabecera y con un gesto de la barbilla le señaló el plato, en el que habían servido una tortilla de jamón y queso. Uno de los hombres le puso una torta y otro le sirvió café.

—Come —ordenó Kyle.

—La señora Montgomery me advirtió que eras un mandón —masculló Maggie, tomando la mantequilla.

—Te tiene pillado, jefe —dijo Lance, sonriendo a Maggie—. ¿Qué más te han dicho en la agencia de colocación? Sabemos que Kyle es el favorito de las amas de llave. Ninguna le ha durado más de dos semanas.

Maggie fue a decir lo que la señora Montgomery le había contado, pero se mordió la lengua. Kyle era su jefe y le debía lealtad. Sonrió y sacudió la cabeza.

—Sólo que era mandón. Lo cual es comprensible, puesto que es el jefe, ¿no crees?

—Es más bien un tirano —dijo Cari, sin apartar los ojos de plato.

—Además de cabezota —intervino Dennis.

—Por no decir sabelotodo —dijo Jack, dirigiendo una mirada furtiva a Kyle.

—Sin olvidar agotador —dijo Pete.

—Y me gusta cenar tranquilamente —cortó Kyle, frunciendo el ceño.

Al ver que su comentario era recibido con una carcajada general, Maggie se dio cuenta de que todos apreciaban y respetaban a su jefe, y le pareció muy significativo que sus hombres estuvieran lo suficientemente cómodos con él como para tomarle el pelo. ¿Podía deducir de eso que quedaba la esperanza de tener una segunda oportunidad? Si Kyle se la daba, jamás volvería a cometer el error de no preparar suficiente comida.

Mientras cenaban, los hombres charlaron sobre el trabajo en el rancho y las tareas que les quedaban por hacer.

Maggie intentó unir las caras con los nombres que recordaba. Lance era el capataz, un hombre de edad aproximada a la de Kyle, que mantenía la suficiente distancia con los demás trabajadores como para conservar su respeto sin que ello impidiera que le trataran con familiaridad.

Jack era mayor y tenía el cabello salpicado de canas. Billy era el más joven y Maggie pensó que todavía debía estar en edad escolar.

Los demás presentaban una variedad de tamaños y edades, pero todos respondían al prototipo de hombres de rancho: cierto aire salvaje e inconformista, y un deseo innato de trabajar al aire libre tal y como habían hecho sus antepasados.

Maggie los encontraba fascinantes, y absorbió su conversación como una esponja. Para evitar hacer preguntas, intentó deducir el significado de lo que oía, que a ratos resultaba incomprensible. En un par de ocasiones le dieron explicaciones técnicas, pero la mayoría del tiempo tuvo que conformarse con hacerse una idea vaga de lo que hablaban.

A medida que acabaron de comer, fueron saliendo de la cocina. Kyle fue de los primeros en marcharse y Maggie no supo si alegrarse o preocuparse. ¿Estarían retrasando la regañina o habría ido a firmar un cheque, antes de despedirla? Maggie confiaba en que le diera tiempo para poder rectificar. Limpió la cocina y organizó el menú del día siguiente. Era evidente que no había comprado suficientes provisiones para una semana, pero al menos le bastarían para un par de días. En cuanto instalara el ordenador, prepararía una lista de compra y una selección de menús. Así tendría una idea más aproximada de las cantidades que necesitaba.

Cuando acabó de fregar fue a su dormitorio para deshacer las maletas, asumiendo que si Kyle hubiera decidido despedirla, lo habría hecho justo después de cenar, o incluso mientras cenaban.

Mientras abría los cajones de la cómoda, se preguntó cuál de las tres puertas que había al otro lado del descansillo sería el dormitorio de Kyle y se dijo que ya lo descubriría cuando hiciera la limpieza.

Guardó la última camisa, cerró las maletas vacías y las metió bajo la cama. Al oír las pisadas de Kyle, se volvió. Tenía la puerta abierta, de manera que si pasaba por delante lo vería. Cruzó la habitación y llegó al descansillo justo cuando él acababa de subir las escaleras. Parecía cansado, pero al ver a Maggie se irguió y arqueó una ceja.

—Pensaba que estarías durmiendo. El desayuno es a las seis.

—Temía estar despedida.

Kyle la miró fijamente.

—No hace falta. Sólo te quedarás temporalmente. Tal y como tú misma has dicho, hasta que venga tu sustituía es preferible

aprovechar que estás aquí.

—Pensaba hacer unas quince tostadas por persona. ¿Serán suficientes? —

preguntó Maggie, sintiéndose desilusionada por la certeza con la que Kyle se refería a que su presencia sería sólo temporal, aunque, dadas las circunstancias, no pudiera reprochárselo.

Kyle sonrió y asintió con la cabeza.

—Probablemente.

—Siento haber organizado la cena tan mal. Pensaba que con la pizza sería suficiente. No volverá a pasar.

—Pero pasará alguna otra cosa, estoy seguro —murmuró él, sin dejar de mirarla.

—Seguro que sí —Maggie sonrió. Kyle estaba siendo más amable de lo que esperaba.

—¿Dónde compraste las pizzas?

—En un restaurante cerca del supermercado. Llegaba tarde y pensé que sería una buena idea.

—¿Te dejaron cargarlo a cuenta?

Maggie sacudió la cabeza.

—Las compré.

Kyle la observó en silencio.

—¿Tienes mucha experiencia como ama de llaves? —preguntó, apoyándose en la pared con los brazos cruzados.

Maggie supo que Kyle no aceptaría una respuesta vaga. Se apoyó en el marco de la puerta e intentó pensar qué decirle para, sin mentir, lograr tranquilizarlo.

—He llevado una casa durante muchos años —dijo, arrastrando las palabras.

—¿Para doce hombres?

Maggie sacudió la cabeza.

—Sólo para uno. Pero solíamos tener muchos invitados.

—¿Tu padre?

Maggie asintió.

—¿Dónde está ahora? —Kyle la observó entornando los ojos al darse cuenta de que Maggie se tensaba.

Por su parte, Maggie sintió cómo Kyle pasaba de la curiosidad a la desconfianza.

—Vive en Denver.

—¿Por qué aceptaste este trabajo?

Maggie se preguntó si podría contarle la verdad, pero temía que se pusiera del lado de su padre. En cierta manera, Kyle le recordaba a él. Y sin embargo, era diferente. Su padre no hubiera pensado en una solución ante el problema de la cena.

Se habría limitado a esperar a que ella lo resolviera, y después le habría dado una lección sobre lo inútil que era. Kyle no había dicho una palabra, y Maggie, tan acostumbrada a reaccionar ante la ira, no sabía cómo actuar ante la amabilidad.

Kyle esperó unos segundos a que Maggie pensara la respuesta, pero no quería una excusa, sino la verdad. Sentía curiosidad por saber qué había llevado a aquella mujer a trabajar en un rancho en lugar de quedarse en su ciudad, forjándose una carrera y saliendo con chicos. Pensar en Maggie relacionándose con otros hombres le desagradó sin que pudiera explicarse por qué. Él no tenía ningún interés en tener un romance con ella o con ninguna otra mujer. Ya lo había intentado con Jeannie y desde entonces tenía el corazón destrozado.

Cuando las mujeres ponían en práctica sus artes de seducción sólo causaban problemas. Él tenía un rancho lleno de hombres y no le convenía que una bonita joven los embaucara. Cuanto antes se marchara, mejor.

—Vete a la cama. No falta mucho para las seis —dijo, por encima del hombro.

Kyle entró en la habitación más a alejada de la de Maggie y ésta respiró aliviada. Había superado el primer día. Entró en su dormitorio y cerró la puerta. Era una estúpida, debía haber pensado que tenía que estar preparada a contestar cualquier pregunta. ¿Quién querría atender una casa aislada, en medio del campo?

Ni siquiera montaba particularmente bien ni le interesaban los caballos. No sabía nada de ganado. Y todavía menos de hombres.

Pero estaba decidida a quedarse el plazo que se había propuesto. Al día siguiente organizaría la casa, conectaría su ordenador y seguiría trabajando en su libro. Hasta entonces, tal y como había dicho Kyle, se iría a la cama y olvidaría la acritud con que la había acogido.

Tampoco iba a pensar en la corriente de atracción que circulaba entre ellos. Kyle era su jefe, nada más. Pero no pasaba nada por

imaginar que se sentía atraído por ella, o qué sensaciones transmitiría a sus dedos la piel de Kyle si lo tocara, o el calor de su boca contra la de ella, de sus brazos alrededor de su cuerpo. Con un estremecimiento, Maggie sacudió la cabeza. No pasaba nada por fantasear, pero tampoco le haría ningún bien. Debía adoptar una actitud práctica. De ello dependía su futuro.

Para cuando acabó de dar de desayunar a doce bocas, Maggie estaba agotada.

Se había levantado temprano para tener todo listo a tiempo y lo había conseguido.

Hubo suficiente comida para todos, incluidos huevos fritos y salchichas. Pero recoger la cocina le iba a llevar al menos una hora, y antes de sentarse ante su ordenador debía comprobar en qué estado se hallaba el resto de la casa. Su sentido de la responsabilidad la obligaba a atender primero el trabajo y postergar sus propios proyectos.

Aún le quedaba preparar el almuerzo y pensar en la cena. Dando un sorbo al café se preguntó dónde estaba todo el tiempo libre con el que había creído contar y tuvo la impresión de que no enchufaría el ordenador antes del fin de semana.

Sin embargo, la determinación de conservar su puesto de trabajo hizo que pusiera manos a la obra de inmediato. Después de limpiar la cocina, inspeccionó las habitaciones de la planta baja. Las paredes del salón estaban cubiertas de retratos de familia y Maggie los observó detenidamente. Había fotografías de la familia jugando bajo la nieve, de excursión, montando a caballo, la madre, el padre y los tres hijos.

Luego, sólo estaban los hijos. Maggie vio la progresión marcada por la edad. Las fotografías más recientes mostraban nuevos núcleos familiares. Evidentemente, el hermano y la hermana de Kyle tenían su propia familia. ¿Por qué Kyle no se habría casado?

En el preciso momento en que pensó en él, Kyle apareció en el umbral de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, sacudiéndose el sombrero en el muslo al tiempo que observaba la expresión de culpabilidad de Maggie cuando se volvió a mirarlo.

—Estaba mirando. Esta habitación necesita una buena limpieza —respondió ella, precipitadamente. No quería que Kyle se diera

cuenta de la atención que había dedicado a una familia que no significaba nada para ella.

Pero las fotografías le habían ablandado el corazón. Ella era la hija única de un hombre difícil. Su madre los había abandonado cuando era un bebé, y su padre nunca la había llevado de excursión o a la nieve. Kyle había tenido una infancia feliz, y por un instante, Maggie sintió envidia.

Capítulo 3

—Toda la casa necesita una buena limpieza —dijo Kyle, mirando en torno.

Maggie asintió y dio un paso adelante. Kyle era muy alto. Si pensaba basarse en él para su héroe, debía averiguar cuánto medía exactamente. Dio otro paso adelante y comprobó que su cabeza le llegaba a la altura de la barbilla. A esa distancia, sus hombros parecían aún más anchos. Maggie sintió un cosquilleo en los dedos al pensar que le gustaría medírselos, sentir la dureza de sus músculos y su escultural fuerza.

Maggie tragó saliva y apartó la mirada de Kyle.

—¿Estás bien? —preguntó Kyle, sacándola de su ensimismamiento bruscamente.

—Claro que sí.

—Parecía que estabas en otro mundo.

—Pensaba en mi novela.

Kyle se inclinó levemente hacia adelante y su aliento acarició la mejilla de Maggie. Ella hubiera querido alargar la mano para sentir los hoyuelos que se le formaban a los lados de la boca y recorrer el perfil de sus labios para comprobar si eran suaves y cálidos o duros y fríos.

—Mientras estés en horario de trabajo no quiero que pienses en otra cosa —dijo él.

Maggie pestañeó.

—Soy una trabajadora responsable.

—Llevas aquí veinticuatro horas y, a parte de matarnos de hambre, no has hecho nada.

Maggie se indignó. ¿Cómo era Kyle capaz de menospreciar sus esfuerzos?

—Te olvidas de que he limpiado la cocina y he hecho la compra. Las dos cosas han representado mucho trabajo, por si no lo recuerdas.

—Ya. Y teniendo en cuenta la cantidad de comida que has comprado, tendrás que volver al supermercado en un par de días.

—No era consciente de las cantidades que coméis. Puede que no lo recuerdes, pero te ofrecí enseñarte la lista antes de irme. Si te

hubieras molestado en echarle una ojeada me habrías podido dar algunas ideas. Así que si tengo que volver mañana, la culpa, en gran parte, será tuya.

Kyle la miró con estupor.

—¿Estás culpándome de tu ineptitud?

Maggie levantó la barbilla, se puso en jarras y asintió.

—Yo no me considero inepta, sino algo inexperta. Y eso deberías haberlo sabido.

—Suponía que la agencia me mandaría a alguien preparado, no a alguien que necesita ser instruida como una niña de dos años.

—En cuanto instale mi ordenador prepararé una lista y me aseguraré de comprar todo lo necesario la próxima vez que vaya al supermercado —Maggie pensó de pronto en una cosa—. Aunque no sé cómo va a caberme en el coche —con lo que había comprado el día anterior, su coche iba a rebosar, así que si metía más bolsas tendría que hacer dos viajes.

—Ve en uno de los camiones del rancho. Era lo que hacían las otras amas de llave.

Maggie frunció el ceño.

—No sé si sabré conducirlo.

—Es como un coche. Si no te sientes capaz, le diré a uno de los hombres que te enseñe.

—Me las arreglaré sola —dijo Maggie, airadamente.

—De eso estoy seguro.

La suavidad de su tono desconcertó a Maggie. Al mirarle los labios, intentó imaginar qué sentiría si los besara. Don lo había hecho pero sus besos eran insípidos.

Y sin embargo, todas las novelas románticas que leía los describían como una maravillosa experiencia. ¿Serían los besos de Kyle maravillosos, o insípidos como los de Don?

Estaba recién afeitado y su piel tenía un aspecto suave y cálido. Si la besaba,

¿sentiría sólo sus labios o también el resto de su cara? ¿La rodearía con sus brazos para…?

—¡Maggie!

Maggie dio un salto.

—¿Qué?

Kyle puso el puño bajo su barbilla y le hizo levantar la cabeza

hasta que sus ojos se encontraron. Entornó los ojos y la miró con desaprobación.

—¿Necesitas volver a la cama?

«¿A la cama?» «¿Con Kyle?» Maggie pestañeó para intentar borrar la imagen que se había formado en su mente.

—¿Por qué iba a necesitar ir a la cama? —¿estaba Kyle haciéndole una proposición?

Kyle dejó escapar un quedo gemido, abrió la mano y con el dedo gordo acarició el mentón de Maggie.

Ella se estremeció y se echó hacia adelante. La caricia sobre su piel se transmitió por todo su cuerpo como un cosquilleo sensual. Jamás había sentido algo así. ¿Sería capaz de plasmar esas sensaciones en su libro?

—Maggie, me miras como si fuera un regalo de Navidad. Si tienes la intención de seducirme, olvídalo, no me interesa. Y si sólo lo haces para documentar tu libro, busca a otro con quien practicar.

Maggie echó la cabeza hacia atrás bruscamente y se apartó de Kyle llena de furia.

—Me dijiste que me mantuviera alejada de tus hombres.

—Y aún más de mí.

—No he hecho nada —protestó Maggie.

—Supongo que tienes razón —Kyle se irguió y miró en torno como si se sorprendiera de encontrarse allí—. He venido a ocuparme de unos papeles. Tienes que decirme cuánto te costó la pizza para poder pagártela.

—No hace falta. Es lo menos que puedo hacer después del desastre que organicé.

—No tienes por qué comprar la comida con tu dinero.

—No me importa.

—Maggie, soy yo quien paga la comida.

—¡De acuerdo! Tengo el recibo en el bolso. Iré a por él en cuanto acabe de limpiar.

—Bien. Quiero que pongas la lavadora.

—Por supuesto, estoy aquí para servir —masculló Maggie, sintiendo que se ahogaba. Necesitaba quedarse a solas para recuperar el dominio de sí misma.

—Será mejor que no lo olvides.

—¿Qué?

—Que estás aquí para servir. No para ponerte a escribir cada vez que sientes el impulso de hacerlo.

El impulso que sintió en ese momento Maggie fue el de tirarle a Kyle lo que tuviera más a mano. Se echó el cabello hacia atrás y pasó de largo junto a él.

—Sé perfectamente para qué estoy aquí, y te demostraré que soy capaz de hacer mi trabajo mejor que nadie.

—Por ahora estás demostrándolo de una manera peculiar —dijo él, colocándose el sombrero bruscamente y saliendo de la habitación con paso firme.

Maggie subió al segundo piso. Mientras limpiaba, pondría una lavadora. Dudó un instante antes de abrir la puerta del dormitorio de Kyle. Miró en torno y estudió el desorden tan característicamente masculino. Sacudió la cabeza y, tomando en sus brazos el montón de ropa con los pantalones vaqueros, bajó al piso inferior. La lavadora y la secadora estaban en un cuarto junto a la co ciña. Pondría la lavadora en marcha y comenzaría a limpiar la casa.

Echándose a un lado para dejar pasar la marabunta que se presentaba a comer, Maggie se dijo que tal vez aquél no era el trabajo más adecuado para dedicarse a la escritura. Había preparado tres sándwiches de carne para cada hombre, una ensalada de fruta para la que había usado toda la fruta comprada el día anterior y sobre la mesa había tres cuencos gigantes llenos de patatas fritas. A medida que los hombres se sentaban, fue sirviéndoles café.

Kyle llegó el último y dirigió una rápida mirada a Maggie al tiempo que comprobaba si había suficiente comida para todos.

—¿Café? —le ofreció ella.

—Sí.

Kyle bebió un sorbo y observó a Maggie por encima de la taza. Ella lo miró a su vez y sonrió tímidamente antes de levantarse. Kyle la vio cruzar la habitación y se fijó en los entallados pantalones vaqueros que se ajustaban a la perfección a sus caderas y a sus esbeltas piernas. Kyle dejó la taza sobre la mesa bruscamente y miró a sus hombres. Lance lo miró antes de volver la mirada hacia Maggie. Kyle frunció el ceño. No quería que Maggie distrajera a sus hombres.

Por un instante, Kyle se puso furioso al recordar que Jeannie

también había cautivado y coqueteado con todos ellos hasta hacerle enloquecer. Cada vez que lo mencionaba, ella se mostraba dolida. Lo que no había sido más que un juego, había tenido consecuencias catastróficas. Kyle estudió a Maggie y le irritó ver que su actitud era más amistosa que coqueta. El interés que mostraba por el rancho se reflejaba en sus grandes ojos y los hombres parecían dispuestos a hacer lo que fuera para darle explicaciones.

Maggie sintió los ojos de Kyle fijos en ella, pero decidió no hacer caso. Daba la impresión de estar atenta a lo que Pete le contaba sobre las herraduras de caballos, pero sólo escuchaba parcialmente mientras el resto de su atención lo dedicaba a entender el torbellino de emociones que Kyle despertaba en ella.

Era extraño, pero podía adivinar sus movimientos. Aún sin mirarlo, percibía su mirada fija en ella, tan penetrante que era casi una caricia. Por un momento pensó en volverse hacia él y sostener la mirada hasta obligarlo a retirarla, pero cambió de idea y decidió no darle esa satisfacción. En lugar de eso, dedicaría su atención a alguno de sus hombres y así le demostraría que no estaba interesada en él.

Lance la observaba. Miró furtivamente a Kyle y al volver a mirar a Maggie, sonrió. Ella se ruborizó. ¿Habría adivinado sus pensamientos? Al ver que Lance le mostraba simpatía se dijo que era una pena no sentirse atraída por él.

—Si quieres venir conmigo esta tarde —dijo Lance—, puedo enseñarte parte del rancho.

—Tiene mucho que hacer—protestó Kyle, mirando enfadado a su capataz—. Le pago como ama de llaves, no para que te haga compañía.

Lance sonrió y se encogió de hombros.

—Claro, jefe. Sólo era una sugerencia para que Maggie conociera el lugar que va ser su hogar.

—No va a quedarse lo suficiente como para llegar a considerarlo su hogar —

dijo Kyle, mirando a Maggie con ojos brillantes.

Los hombres dejaron de comer y miraron a Kyle y a Maggie alternativamente.

Después, se miraron entre sí. Durante varios minutos la conversación decayó para volver a animarse poco a poco.

Maggie hubiera querido gritar. Kyle no tenía por qué haber anunciado en público que no quería que se quedara.

Levantó las cejas y fue a decir algo, pero cambió de idea y cerró la boca. Si los informes de la agencia eran ciertos, sería difícil que encontraran pronto a una sustituía. Y aunque ella no tenía intención de quedarse para siempre, al menos pretendía marcharse cuando quisiera y no cuando lo decidiera Kyle.

Sonrió a Lance.

—Gracias por la invitación. Puede que la acepte en mi día libre —lanzó una mirada malévola a Kyle. ¿Osaría decir que no iba a darle tiempo libre?

—Si quieres ver el rancho, yo te lo enseñaré tu día libre —dijo Kyle, sirviéndose más café.

Maggie había pensado que le gustaría hacer la excursión con Lance, pero al saber que sería con Kyle, no estuvo tan segura. Tal vez si la tensión entre ellos disminuía antes de que llegase ese día, sería menos incómodo estar juntos. Maggie se preguntó si Kyle era capaz de relajarse. ¿Reiría y bromearía como hacían los demás hombres? ¿Qué haría en su tiempo libre?

Al acabar de comer, Maggie continuó con la limpieza. Había hecho grandes avances en el salón y quería acabar antes de preparar la cena. Después de quitar el polvo y pasar el aspirador, pensaba limpiar los cristales para que la habitación reluciera. Ver que era capaz de transformar el caos en orden le produjo una peculiar satisfacción. Era agradable saber que su presencia era beneficiosa tanto para la casa como para los hombres.

Kyle había ido a trabajar a su despacho después de comer y, cada vez que hablaba por teléfono, su voz llegaba ahogada a Maggie.

Mientras limpiaba los cristales la mirada de Maggie recorría las verdes praderas que se extendían ante sus ojos. En la distancia se veían los picos de Snowy Mountains, de nieves perpetuas que brillaban bajo el sol. Vio los árboles que rodeaban la casa cimbrearse con el viento y sonrió. Era el decorado perfecto para su novela. Podía describir el rancho. La heroína se perdería en aquella inmensidad.

Maggie frunció el ceño. No era una buena idea, puesto que el héroe sabría dónde encontrarla…

—¿Maggie?

Maggie se volvió. Kyle estaba a pocos centímetros de ella y, sin embargo, no le había oído entrar.

—¿Sí?

—¿Qué haces?

—Limpiar los cristales —dijo ella, aunque era evidente.

—Te llevo observando varios minutos y no te has movido.

Maggie sacudió la cabeza y se volvió hacia el cristal.

—¿Querías algo?

—Durante el almuerzo me he dado cuenta de que no habíamos hablado de tus días libres. ¿Te parece bien sábados y domingos?

—¿Y quién cocinará esos días para los hombres? —preguntó Maggie.

Se sentía avergonzada y para compensar su incomodidad, continuó trabajando.

No quería que volvieran a despedirla por soñadora. Tres veces ya eran bastantes.

—Pueden ocuparse ellos mismos.

—No me importa cocinar mientras pueda escribir el resto del día. No tengo dónde ir.

—Casi todos los hombres van al pueblo el sábado. Si quieres puedes preparar algo para el domingo por la noche.

Maggie asintió. Todo su cuerpo era consciente de la proximidad física de Kyle.

Echó limpiacristales en otra hoja de la ventana y continuó con su labor diligentemente. Necesitaba compensar su turbación con actividad.

—¿En qué estabas pensando cuando he entrado? —Kyle estaba decidido a averiguarlo.

—Pensaba en el rancho y en lo hermosas que se ven las montañas desde aquí.

Contemplaba el ganado que sube por la ladera de la izquierda.

—La habitación está quedando muy bien.

Kyle miró a su alrededor y observó lo limpio que lo había dejado todo. Maggie tenía razón, cuando trabajaba, lo hacía muy bien. Pero eso no impedía que al entrar, la hubiera encontrado abstraída en su propios pensamientos.

—¿Las fotografías son de tu familia? —preguntó Maggie al

volverse y ver que Kyle, en lugar de marcharse, estaba mirando los retratos.

—Estos son mi hermano y mi hermana. Mis padres murieron cuando éramos pequeños.

—Lo siento. ¿Tus hermanos viven cerca de aquí?

—Ángel en Laramie; es profesora en la universidad. Rafe y su mujer tienen un terreno en Jackson Hole.

—¿Así que es ranchero como tú?

Kyle miró a Maggie con rostro impenetrable.

—Siempre lo ha sido. Nos cuidó a mí y a Ángel al morir nuestros padres. Rafter C nos pertenece a los tres, no sólo a mí.

—Pero tú lo diriges.

—Sí.

—Y con mucho éxito, por lo que se ve —dijo Maggie, sonriendo.

El rostro de Kyle se endureció. La habitación se llenó de electricidad.

—Yo no diría tanto —replicó él.

Maggie no comprendía qué le había molestado. A todo el mundo le gustaba ser halagado por un trabajo bien hecho. Por primera vez había creído poder mantener una conversación normal con Kyle, pero por algún motivo que desconocía, se había torcido en el último momento.

—Será mejor que dejemos una cosa clara —dijo él, fulminándola con la mirada

—. Éste es un rancho familiar y no tengo la menor intención de compartirlo con nadie. Y menos con alguien tan volátil como tú.

Maggie lo miró con la boca abierta. ¿Se habría vuelto loco?

—Perdona, pero es evidente que me he perdido algo de la conversación —dijo, indignada—. No tengo el menor deseo de compartir este rancho contigo. Estoy aquí para trabajar. En cuanto venda el libro volveré a la ciudad, alquilaré un apartamento y no tendré que rendir cuentas a nadie nunca más.

—Muy bien.

El tono sarcástico de Kyle sacó a Maggie de sus casillas. Dio un paso adelante y se enfrentó a él con la barbilla alta.

—Escúchame, ranchero engreído. No tengo intención de conquistarte ni a ti ni a ningún otro hombre. Sé que no podría ni aunque quisiera, ¿entendido? Así que mis únicos objetivos son

trabajar y escribir mi libro. Te aseguro que no me interesa seducir a un ranchero mandón y arrogante que no consigue conservar a un ama de llaves más de un mes.

—Alguien ha debido tratarte muy mal.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que sólo estoy aquí para ocuparme de tu casa.

—Y para escribir tu libro —dijo Kyle, escéptico.

—Eso, además.

—He conocido a mujeres capaces de cualquier cosa para conseguir lo que quieren. Esta vez no me dejaré engañar —dijo Kyle, en tono amenazador.

Maggie, fuera de sí, puso los brazos en jarras y avanzó hacia él hasta que sintió el calor que emanaba de su cuerpo y pudo aspirar su aroma.

—Olvídalo, ranchero. Ya he tenido bastantes hombres dominantes y mandones en mi vida. Mi padre y mi ex prometido lo eran. En cualquier caso, jamás te elegiría a ti.

—Me alegro, así nos entenderemos mejor —Kyle hizo una pausa y pareció relajarse un poco—. Yo también estuve prometido en una ocasión, con una mujer a la que sólo le interesaban el rancho y las ganancias que pudiera obtener de él.

Maggie pestañeó y su enfado se diluyó como por arte de magia. Tras la fría apariencia de Kyle, había apreciado el dolor y la desilusión que pretendía ocultar.

—Pues no me metas en el mismo saco. No te quiero ni a ti, ni tu dinero, ni el rancho.

Kyle la observó en silencio. No confiaba en ella, pero la deseaba. De pronto sentía que todos sus instintos se volcaban en la menuda mujer que se mantenía con gesto beligerante frente a él. No se había sentido así desde que descubrió la traición de Jeannie. Y no le gustaba. Sus mujeres debían ser dóciles y permanecer alejadas del rancho. No estaba dispuesto a meterse en un lío por satisfacer una necesidad física.

Dominaría su lujuria. Pues eso era todo lo que había entre ellos.

—… con Lance.

—¿Qué?

—He dicho que no hace falta que me enseñes el rancho el fin de semana, iré con Lance.

—De eso nada. Yo soy el jefe y no quiero que Lance y tú os relacionéis. Si quieres ver el rancho, te lo enseñaré yo.

—¿Y no temes que intente seducirte?

—Me daría cuenta.

Maggie se puso seria un instante, antes de volver a provocarlo.

—Seguro que sí, ranchero. Imagino que estás harto de que las mujeres te atosiguen. Debe ser una lata.

—Puedo soportarlo —Kyle relajó las manos lentamente y dio un paso adelante, mirando a Maggie con los ojos entornados.

Ella se echó hacia atrás. Temía que Kyle explotara.

—Demasiado tarde, cariño —murmuró Kyle, al tiempo que hundía la mano en su melena y la atraía hacia sí por la nuca.

Inclinó la cabeza y, aunque Maggie abrió la boca para detenerlo, tal y como él había dicho, era demasiado tarde. Sus labios cubrieron los de ella en un beso apasionado.

Un calor hirviente recorrió a Maggie, y sus piernas se reblandecieron. Sentía una pulsante energía en su interior y toda su atención se concentró en el hombre que la besaba. Sus labios se movían sobre los de ella en una danza erótica que quemaba cada poro de su piel. Y cuando su lengua se adentró en la caverna de su boca, Maggie dejó escapar un inesperado gemido de placer.

De pronto se sentía avariciosa. Quería más. Se aproximó y sus cuerpos entraron en contacto. Con el brazo que tenía libre, Kyle la rodeó por la cintura, estrechándola contra sí. Su cuerpo era como una roca sólida contra la blandura del de Maggie, sus piernas tenían suficiente fuerza como para sujetar a los dos. Maggie se abrazó a su espalda y palpó sus músculos tensos y el calor que irradiaba de él a través de la camisa.

No podía respirar, sólo sentir el calor que recorría sus venas en un palpitante galope. Por primera vez en su vida las sensaciones eran tan poderosas como había leído en los libros. Aún más.

Kyle se retiró hacia atrás y posó las manos sobre los hombros de Maggie, contemplándola con ojos ensoñadores pero atentos a un mismo tiempo. Ella abrió los ojos lentamente, consciente de que no podía ocultar sus sentimientos ni aunque se lo propusiera.

—¿Te sirve como escena para el libro? —preguntó Kyle, con voz ronca.

Maggie se apartó de él inmediatamente y se dio la vuelta,

dolida. ¿Es que el beso no había significado nada para él? ¿Habría sentido sólo ella la intensidad?

—Tal vez —dijo, con descaro.

Tenía que defenderse aunque fuera demasiado tarde. Irguió la cabeza, cuadró los hombros y fue hasta la ventana para seguir limpiándola. No quería que Kyle viera que le temblaban las rodillas ni que adivinara la fuerza con la que el corazón le latía contra el pecho, ni cómo se le aceleraba la sangre con sólo recordar las sensaciones que le había transmitido. Se pasó la lengua por los labios y le supieron a Kyle.

—Si quieres me disculpo —dijo él, atropelladamente.

—¿Por qué? Un beso no significa nada. Tú has dejado clara tu postura y espero que yo también la mía. Ninguno de los dos queremos saber nada del otro. Intentaré mantenerme fuera de tu camino y espero que tú hagas lo mismo por mí —Maggie estaba orgullosa de que no le temblara la voz, pero no sabía cuánto tiempo mantendría aquel aparente aplomo.

Hubo una prolongada pausa tras la cual Maggie se atrevió a mirar por encima del hombro y vio que Kyle se había marchado.

Se dejó caer en el sillón más próximo y se pasó los dedos por los labios, reviviendo por un instante el beso. Teniendo en cuenta que Kyle no la apreciaba, había hecho un gran trabajo.

A pesar de poner en ello todo su empeño, Maggie no logró olvidar el beso y su recuerdo resurgió una y otra vez a lo largo de la tarde. Estaba limpiando una mesa y de pronto se quedaba mirando al espacio, recordando el tacto de Kyle, la forma en que sus labios se habían movido sobre los de ella, la presión de su cuerpo. No tenía nada que ver con los besos de Don, ni siquiera con los de los libros. Maggie sacudió la cabeza y continuó con su labor, sin poder evitar seguir pensando más en el beso que en lo que estaba haciendo.

Dándose por vencida, fue a la cocina a preparar la cena. Tal vez así lograría olvidar a Kyle Carstairs y su beso mortal.

Estaba removiendo un puré de patatas cuando Lance entró en la cocina. Maggie levantó la vista y sonrió. Aquél no era un hombre que se andará con indirectas ni complicaciones.

—¿Qué hay, cariño? ¿Necesitas que te eche una mano? —dijo, provocativamente, al tiempo que se apoyaba en una encimera, sin

apartar los ojos de ella.

—Si quieres, puedes poner la mesa —Maggie agradecía que coqueteara con ella.

Le recordaba que no todos los hombres estaban deseando que se marchara.

—Si quisiera lo haría, pero sólo estaba haciéndome el simpático para poder verte trabajar.

—Te gusta ver trabajar a otros, ¿eh?

—Es mejor que trabajar yo mismo.

—Lo cierto es que podrías hacerme un favor.

—Lo que quieras, cariño.

Su coquetería hizo enrojecer a Maggie. No estaba acostumbrada *a* flirtear y no sabía cómo responder.

—No he tenido tiempo de sacar mi ordenador del coche. ¿Te importaría hacerlo por mí?

—Claro que no. ¿Dónde están las llaves?

—En mi bolso, sobre la cómoda de mi dormitorio. Es la habitación del piso de arriba.

—Voy a por ellas.

Lance salió y Maggie oyó sus pasos alejarse sobre el suelo de madera.

Metió el puré en el horno para mantenerlo caliente y comprobó cómo iban las tortas. Estaban perfectas. Les faltaban un par de minutos. Cerró el horno y preparó la vajilla para poner la mesa.

Oyó un murmullo de voces y se detuvo para escuchar.

—¿Qué demonio hacías en el dormitorio de Maggie?

Era la voz de Kyle. El corazón de Maggie se detuvo. Dejó las cosas sobre la mesa y se precipitó al vestíbulo.

—… las llaves para sacar el ordenador.

—¿Te lo ha pedido ella?

—Pues claro que sí —los ojos de Lance brillaban con malicia al enfrentarse a Kyle.

Maggie se paró en seco al llegar junto a ellos. Habría que estar muerto para no sentir la tensión que cargaba el aire. Los dos eran hombres fuertes y parecían preparados para una pelea.

—¿Pasa algo? —Maggie hubiera preferido no estar allí, pero dado que era la causante del conflicto, tenía que hacer lo posible por resolverlo.

Kyle sacudió la cabeza y alargó la mano hacia Lance.

—Yo iré a por el ordenador. En el despacho hay suficiente espacio. Puede instalarlo en la mesa junto a la ventana.

Lance titubeó antes de mirar a Maggie y guiñarle un ojo.

—De acuerdo —dijo, dándole las llaves a Kyle—. Al final voy a tener que poner la mesa.

Kyle clavó en él una mirada de ira. Lance se encogió de hombros, sonrió y se encaminó a la cocina.

—Le he ofrecido mis servicios a Maggie y me ha hecho un par de sugerencias.

Kyle retuvo a Maggie por el brazo al ver que iba a seguir a Lance. Ella lo miró sorprendida. Se sintió atravesada por una corriente de excitación y, por un instante, pensó atolondradamente que Kyle iba a besarla.

—Lance es mi capataz, no un pinche de cocina.

—Se ha ofrecido él.

—¿Y qué otros servicios te ha ofrecido? —Kyle apretó los dientes.

No le importaba. Le daba igual. Pero no podía separarse de Maggie sin antes saberlo. ¿Qué más le había ofrecido Lance?

Capítulo 4

Antes de que Kyle continuara hablando, Maggie dio media vuelta y corrió hacia la cocina. Tomó el guante del horno y lo abrió. Un olor a pan quemado impregnó el aire justo cuando los muchachos entraban a cenar.

Maggie sacó la bandeja con gesto de desesperación y la dejó sobre una superficie. Tomó una de las tortas y al darle la vuelta comprobó que estaba chamuscada por abajo. Se volvió hacia Kyle llena de indignación.

—La culpa es tuya, Kyle Carstairs. Todo habría ido bien si no me hubieras distraído —Maggie comenzó a poner más tortas en otra bandeja de horno—. Estaba vigilándolas hasta que te has puesto como una furia al ver a Lance bajar de mi habitación.

En la cocina se hizo un silencio sepulcral. Maggie cerró los ojos y reprimió un gemido, sacudió la cabeza y continuó con su labor. Aquella tanda de tortas de maíz tenía que salir a la perfección. Hiciera lo que hiciera Kyle, no se dejaría distraer.

—Pete, empieza a servir. No tengo por qué daros explicaciones, pero he ido al dormitorio de Maggie por las llaves de su coche para sacar su ordenador —dijo Lance, tomando con calma el plato con jamón.

—Y tú has tenido que pensar lo peor y organizar un escándalo —susurró Maggie para que no le oyeran los hombres, dirigiéndose a Kyle.

—¿Qué otra cosa podía imaginar al ver a un hombre salir de tu dormitorio? —

susurró a su vez Kyle.

—Piensa lo que quieras, pero no llegues a conclusiones precipitadas respecto a mí. Lo más seguro es que te equivoques.

Maggie se volvió y estuvo a punto de chocarse con Kyle. Puso la mano en su pecho y lo empujó. Fue como intentar mover una montaña.

—Estás en medio.

—Sabía que traerías problemas.

—¡Yo no he causado ningún problema! Si no te hubieras puesto como loco con Lance sin motivo, nada de esto habría ocurrido —

replicó Maggie.

—Mientras estés aquí, me siento responsable de lo que hagas. Piensa en mí como en un tutor.

—¡Déjame en paz! No necesito un padre. Soy lo suficientemente mayor como para vivir mi propia vida. ¡Apártate!

Kyle se hizo a un lado y la observó ir con paso decidido hasta el fogón.

Había comida de sobra para todos. Maggie, sintiéndose orgullosa de lo bien que se había organizado, se sentó y se sirvió. Esa noche nadie se quejaría de no haber comido bastante. Si las tortas no se hubieran quemado, todo habría salido a la perfección.

Levantó la vista y vio que al probar el puré los hombres ponían una expresión extraña. Billy le añadió sal y pimienta y volvió a probarlo. Miró a Maggie de soslayo y, tras sonreír, cortó un trozo de jamón.

—¿Qué les has puesto a la patatas? —preguntó Kyle en tono enfadado. Maggie lo miró.

—Nada. Son de paquete. Iba a hacer patatas asadas pero no me ha dado tiempo

—no pensaba admitir que se había olvidado y que por eso había recurrido al puré de bolsa.

—Tomamos puré de patata muy a menudo y nunca sabe así.

Maggie probó un bocado. ¡Estaba dulce! De pronto recordó que mientras lo hacía había pensado que en su novela, la heroína nunca aparecería cocinando. Debía haberse distraído y echado azúcar en lugar de sal a las patatas. ¿Es que no iba ser capaz de hacer una comida en condiciones?

—Es verdad que saben un poco raras. Tal vez el proceso de deshidratación ha modificado el sabor. O quizá la leche estaba pasada.

Ni por todo el dinero del mundo estaba dispuesta a admitir que había sido tan estúpida como para echar azúcar en lugar de sal.

Kyle la miró fijamente. Maggie bebió un sorbo de agua con gesto nervioso, rogando que Kyle no la reprendiera delante de todo el mundo.

—¿Queréis que haga más? —preguntó, justo cuando sonó el timbre del horno.

Aprovechando la excusa, Maggie se levantó de un salto y sacó

las tortas de maíz. Vio, aliviada, que se habían dorado a la perfección y dio dos a cada hombre.

—Nos arreglaremos con esto, pero la próxima vez, pruébalo antes de servirlo —

dijo Kyle.

—Tienes razón —Maggie sonrió y se sentó en su silla.

—Prefiero comer patatas raras que tener que cocinar, jefe —dijo uno de los hombres.

Kyle no sabía si ser de la misma opinión. Al menos cuando cocinaba alguno de los hombres las cantidades estaban aseguradas.

Maggie era la peor ama de llaves que había conocido, pero tenía que admitir que se esforzaba por mejorar. Y era la más atractiva de todas. De hecho, era verdaderamente bonita. Kyle frunció el ceño y se obligó a mirar en otra dirección. Era demasiado bonita para quedarse en el rancho. Se acordó de su madre y de lo guapa que le parecía cuando era pequeño. Siempre había sido extremadamente cariñosa, y cocinaba pasteles y bizcochos porque su marido era muy goloso. La vida en el rancho era todo lo que necesitaba para ser feliz.

No como Jeannie. Su antigua novia se había quedado en el rancho en varias ocasiones, pero siempre quería ir a Cheyenne, a Fort Davies o a Denver. Le gustaba bailar, ir a discotecas, y la ropa sofisticada, poco apropiada para la vida del rancho.

Dirigió una mirada furtiva hacia Maggie. Al menos ella hacía un esfuerzo por vestirse adecuadamente. Aquel día llevaba zapatillas deportivas en lugar de botas, pero vestía pantalones vaqueros y una camiseta. Sin embargo, la ropa no era la única condición necesaria para adaptarse a la vida en el rancho.

—A pesar de las patatas, ha sido una buena cena, señorita —dijo Jack, apartando la silla de la mesa.

—Y las tortas estaban excelentes —dijo Billy.

Maggie sonrió, intentando ocultar su rubor. Estaba decidida a mejorar sus habilidades culinarias. El desayuno había salido perfecto, ¿por qué se habría distraído al hacer la cena?

—Siempre es mejor que tener que cocinar —añadió Lance, columpiándose en su silla al tiempo que bebía café y sonreía a Maggie.

—Ha estado muy bien —comentó Trevor, saliendo de la cocina.

—Estupendo.
—Buenas noches.
Uno a uno fueron saliendo hasta que sólo quedó Kyle.
—¿Te ha bastado? —preguntó Maggie, levantándose para recoger.
—¿Te refieres a la comida o a tus esfuerzos como cocinera?
—Me refería a la cocina —dijo Maggie—. Soy la mejor ama de llaves de todas las que has tenido.
—Eso no quiere decir nada.
—Tú tienes la culpa de que las demás se marcharan.
—¿Es eso lo que te dijo la señora Montgomery?
—Sí.
—Déjame pensar. Al cabo de dos semanas de irse Rachel vino Alice. Tenía alergia al heno. Y como insistí en mantener el heno para dar de comer a lo animales, sí, supongo se me puede acusar de obligarla a marcharse.
Maggie reprimió las ganas de reír y abrió el grifo.
—¿Y la segunda? —preguntó, repentinamente intrigada por aquella faceta bromista de su severo jefe, particularmente después de haber vuelto a estropear la cena. Su padre habría pasado horas criticándola por su ineptitud.
—La número dos llegó a la semana siguiente. Patricia Daré. Tenía miedo a todo: al aislamiento, a estar tan lejos e Cheyenne, al vocabulario de los hombres, al viento.
—Yo no he oído ni un solo taco —dijo Maggie.
—Espera unos días. Contigo están portándose lo mejor que pueden. Ya se les pasará cuando haga calor y estén cansados.
Maggie miró por encima del hombro.
—Ya los he visto así y no he oído nada como para escandalizarse.
Maggie decidió olvidarse de fregar, cerró el grifo y, volviéndose, apoyó la espalda en el fregadero.
Kyle sonrió y a ella se le paró el corazón.
—Eso es porque también yo estoy portándome lo mejor que puedo. A pesar del azúcar en las patatas, prefiero que cocines tú a que tengan que cocinar los hombres.
—No habría quemado las tortas de maíz si tú y Lance no hubierais discutido —

dijo Maggie, a la defensiva.

—No hemos discutido. Me he limitado a preguntarle qué demonios hacía saliendo de tu dormitorio —Kyle dejó de sonreír—. La próxima vez que necesites ayuda, dímelo.

—Podía haberlo hecho yo sola, pero Lance se ofreció y acepté sin pensarlo.

—Si quieres, voy ahora por el ordenador y lo instalo en el despacho.

—No quiero molestarte.

—Si haces bien tu trabajo no tendrás tiempo de ir al despacho durante el día.

No coincidiremos. Y si tengo que trabajar por la noche, tendrás que aceptar mi presencia.

Lo que probablemente la distraería tanto que no conseguiría escribir una palabra.

—Muchas gracias. Trabajaré mejor que en mi dormitorio.

—Voy a por él.

Mientras fregaba, Maggie reflexionó sobre la conversación que acababan de mantener. Quizá la señora Montgomery había exagerado. Kyle no resultaba insoportable y la dos ocasiones en que la había reprendido lo había hecho con razón.

Ni siquiera había vuelto a criticarla por la cena y le había dado más oportunidades que en cualquiera de los puestos de trabajo que había ocupado con anterioridad, y eso ya decía mucho en su favor. Maggie hubiera querido que le siguiera hablando de las otras amas de llave. Si las dos primeras se marcharon por las razones que él le había explicado, él no tenía la culpa. ¿Por qué se habrían marchado las demás?

Aunque estaba agotada, Maggie instaló el ordenador y se puso a revisar los capítulos que tenía escritos. No sabía dónde estaba Kyle y se negaba a admitir que le desilusionaba no compartir el despacho con él.

Comenzó con el primer capítulo y, a medida que lo leía, se dio cuenta de que las descripciones no le satisfacían, no capturaban la esencia del héroe. Quizá debía estudiar atentamente a Kyle para poder describirlo más acertadamente.

Las palabras comenzaron a bailar ante sus ojos. Si quería levantarse a tiempo de preparar el desayuno, debía irse a dormir.

Suspiró profundamente y apagó el ordenador, sin dejar de preguntarse dónde estaría Kyle y qué solía hacer por las noches.

Cuando la despertaron unos golpes en la puerta, Maggie tuvo la sensación de que acababa de apoyar la cabeza en la almohada. Se sentó sobresaltada y vio que todavía no había amanecido.

—Maggie, maldita sea, despierta —Kyle llamaba a su puerta. ¿Habría un incendio?

Maggie se bajó de la cama y corrió a la puerta, abriéndola de golpe. Pestañeó para protegerse de la brillante luz del descansillo y miró a Kyle.

—¿Qué ocurre?

Kyle dejó caer lentamente la mano que tenía preparada para llamar y observó a Maggie. Su cabello despeinado le enmarcaba el rostro como una suave nube marrón.

Tenía una profunda marca de dormir en la mejilla y entornaba los ojos con cara de sueño. Llevaba un camisón corto, azul claro, que se pegaba a las curvas y los valles de su cuerpo.

Kyle sintió un violento e inesperado deseo. Dio un paso adelante y le acarició la mejilla.

—¿Hay fuego? —preguntó Maggie, sacudiendo la cabeza para despertarse.

—No —Kyle descansó la mano en su hombro, atrayéndola hacia sí a la vez que deslizaba su mirada hasta sus pies. Tenía las piernas desnudas, morenas y bien torneadas. El camisón se acababa a mitad de muslo y uno de los tirantes estaba a punto de deslizarse de su hombro.

—¿Kyle? —Maggie se dio cuenta de que él sólo llevaba un albornoz. Por el pico del escote podía ver su torso de bronce. Sus musculosas piernas también estaban desnudas.

Kyle la atrajo hacia sí lentamente, como si quisiera darle tiempo a resistirse, a negarle lo que buscaba. Maggie respondió a su ademán como hipnotizada. ¿Se habría levantado Kyle para ir a buscarla? ¿Por qué estaba allí?

Kyle aproximó la boca a sus labios y se los hizo abrir con delicadeza. En cuanto sintió la lengua de Kyle, Maggie levantó la mano hasta sus hombros, la deslizó hasta la nuca y hundió los dedos en su cabello. Kyle estaba recién afeitado y su cabello aún estaba húmedo de la ducha. Pero Maggie no fue consciente de nada

de eso. Ya tenía bastante con seguir respirando y no desmayarse.

Pero en algún lugar de su mente sí registró que Kyle no debía llevar nada bajo el albornoz, y que también ella estaba prácticamente desnuda.

—Maggie —Kyle apartó su boca de la de Maggie con la respiración entrecortada.

—¿Mmmm? —Maggie quería que siguiera abrazándola, dejar que su beso…

—¿Dónde está mi ropa?

—¿Qué? —Maggie abrió bruscamente los ojos y lo miró desconcertada—¿Qué quieres decir? En tu… ¡Oh, no!

Apartando a Kyle corrió al piso de abajo, encendió las luces de la cocina y fue al lavadero. Mentalmente no dejaba de repetirse: ¡Oh, no! Al abrir la puerta de la lavadora vio la ropa de Kyle, incluidos sus pantalones vaqueros, formando una masa húmeda. ¡Había olvidado poner la secadora! En el suelo, delante de la lavadora, había dos montones más de ropa.

—¡Maldita sea! —Kyle la había seguido y estaba de pie en el umbral de la puerta. Una mirada le bastó para darse cuenta de la situación.

—Puedo secarla inmediatamente —Maggie sacó los vaqueros y los metió en la secadora.

—Tardan un montón.

—¡Qué tontería! Estarán secos para cuando acabes de desayunar —dijo Maggie, apretando el botón con los dedos cruzados. Puso jabón en la lavadora y metió otra carga.

—Si crees que voy a desayunar en albornoz estás loca —dijo Kyle.

Maggie lo miró y se le derritió el corazón.

—Lo siento. Estaba tan concentrada en la limpieza que se me olvidó la ropa.

Hoy terminaré con el resto.

—¿Crees que lograrás no olvidarte? —preguntó Kyle con aspereza.

—Sí.

Kyle tenía motivos para estar enfadado. No se tardaba nada en poner la secadora, ¿cómo había podido olvidarse? Probablemente el beso que Kyle le había dado era la causa de que hubiera olvidado

tantas cosas. Pero podía haber puesto la ropa a secar antes de ir a la cama. ¡Debía haberlo recordado!

—Perdona que te lo pregunte pero, ¿cómo has podido olvidar algo tan simple?

—Lo olvidé, eso es todo. No volverá a pasar, ¿de acuerdo?

—Me apuesto lo que quieras a que vuelves a olvidarte. Eres una mujer extraña, Maggie. Cuando te pierdes en tu propio mundo, te abstraes de tal forma que hasta podría quemarse la casa sin que te enteraras. Si sigues así tendré que despedirte.

—Por favor, Kyle, no. Prometo mejorar. No es más que un arma de defensa.

—¿Para defenderte de qué?

—De mi padre. Él… Nunca estaba satisfecho con nada de lo que yo hacía.

Estaba empeñado en que fuera idéntica a mi madre y nunca lo logré. Ella nos dejó cuando yo era pequeña. Y él es tremendamente duro, siempre exige la perfección.

Por eso me dedicaba a soñar que hacía las cosas tal y como él las quería y que conseguía gustarle tal y como era —Maggie estuvo a punto de añadir y quererme, pero calló a tiempo.

—¿Y te imaginabas otro montón de cosas para que la vida fuera más soportable? —preguntó Kyle.

Maggie asintió con la cabeza.

—Pero aquí no siento lo mismo. Estoy haciendo bien mi trabajo. Sé que he metido la pata un par de veces…

Kyle dejó escapar una carcajada.

—Yo diría que unas cuantas veces más. Me pregunto cómo defines hacer las cosas mal.

—Pero estoy mejorando. Ya sé preparar la cantidad suficiente de comida. No volveré a poner azúcar en las patatas. Y si uso el avisador, no volveré a quemar nada.

Ya he acabado de limpiar la cocina y el salón, y antes de que te des cuenta habré acabado con el resto de la casa.

—Puedes quedarte, pero sólo temporalmente, Maggie. Te lo advertí desde el principio.

—Lo sé.

En cuanto vendiera su libro nada tendría importancia. Podría vivir donde quisiera y dedicarse a escribir. Aún así, le dolía que

Kyle insistiera en recordarle que no tardaría en marcharse.

—Estaré en el despacho. Llévame allí el desayuno —dijo Kyle. Deslizó la mirada sobre ella y añadió—. Y te aconsejo que te cambies antes de preparar el desayuno o vas a tener a diez hombres sobre ti como moscas alrededor de la miel.

—¿Sólo diez? —preguntó Maggie provocativamente.

Maggie le hacía enloquecer. Era absolutamente seductora sin tener ni idea de serlo. Con la inocencia de una niña, conseguía fascinarlo y confundirlo a un tiempo.

A él le gustaban las mujeres experimentadas y a las que no les interesara comprometerse. Se negaba a sentir algo especial por Maggie. Quería que se marchara.

Pero aún no. Con su lengua saboreó la dulzura de la boca de Maggie y sintió la suavidad de sus senos contra su pecho. Abrazó el cuerpo delicado que se estrechaba contra él con una entrega absoluta. Si no tenía cuidado, Kyle sospechaba que querría conseguir de ella más de lo que le había dado ninguna otra mujer, incluida Jeannie.

El recuerdo de su antigua novia, enfrió su ardor. Concluyó el beso y levantó la cabeza. Maggie abrió los ojos y miró a Kyle con ojos ensoñadores que le hicieron sentir fuerte y poderoso, al mismo tiempo que en su cerebro se encendía una luz de alarma.

—Cámbiate de ropa —dijo, soltándola y marchándose a su despacho.

No estaba dispuesto a enamorarse de una mujer optimista de ojos inocentes necesitada de afecto. Tenía las prioridades claras. Primero estaba el rancho y todo lo demás quedaba en una segunda posición a mucha distancia. Lo mejor que podía hacer era llamar a la agencia de colocación y meterles prisa para que mandaran una sustituta.

Maggie preparó el desayuno en una nebulosa. Le costaba creer que Kyle la hubiera besado de aquella mañana en dos ocasiones. No lograba comprenderlo pues mientras que los besos de él eran maravillosos ella sabía bien que los suyos eran sosos. Don se había encargado de decírselo en numerosas ocasiones. Tal vez Kyle no había estado con una mujer hacía tiempo y se había resignado a practicar con ella dado que era la única disponible. Y si aquello no era más que una práctica, Maggie se preguntaba cómo besaría

cuando estuviera realmente interesado.

Antes de media mañana, Maggie tenía preparada una lista de la compra interminable y, recordando lo que había tardado la primera vez, decidió ponerse en marcha para volver a tiempo de preparar la cena. Preparó un montón de sándwiches, los envolvió y los guardó en la nevera. Después, dejó una nota sobre la mesa donde indicaba a los hombres dónde encontrar el almuerzo.

Salió al patio, preguntándose si necesitaría que alguien le enseñara a manejar el camión. Kyle se había ofrecido, pero Maggie no quería estar con él a solas en un espacio tan reducido.

El único camión disponible era el azul y blanco que estaba aparcado junto al cobertizo. Cruzó el patio y abrió la portezuela. La llave estaba puesta. Trepó al asiento y cerró. ¿Sería difícil? Kyle había mencionado que era un poco distinto a conducir un coche, pero Maggie vio que los mandos eran idénticos a los de un coche.

Ajustó la distancia del asiento y el espejo retrovisor, respiró profundamente y puso el motor en marcha.

No se presentó nadie a ver quién conducía el camión. De hecho, Maggie no había visto a ninguno de los hombres desde que Kyle salió después de desayunar, vestido con la ropa recién lavada. Al acordarse de ese detalle, se dio cuenta de había olvidado meter en la secadora la ropa que había sacado de la lavadora. Dio marcha atrás hasta llegar junto a la puerta trasera de la casa y detuvo el camión. Corrió dentro, metió la ropa en la secadora y la puso en marcha.

En unos segundos salía a la carretera que llevaba a Cheyenne, extremadamente satisfecha consigo misma por no haber olvidado ningún detalle.

Al final de la semana, Maggie se sentía mucho más segura en su puesto. La compra había salido a la perfección y no había habido ningún problema con las comidas. Sólo se quemó algo en una ocasión y había conseguido ocultar las pruebas antes de que llegaran los hombres.

La casa estaba resplandeciente. Maggie había limpiado todas las habitaciones, incluido el dormitorio de Kyle. La lavandería seguía siendo su punto flaco. Olvidaba a menudo poner la ropa en la secadora, pero para evitar ese problema, se acostumbró a entrar en el lavadero después de cada comida.

Pero su libro se había resentido. Se acostaba exhausta y no había revisado ningún capítulo desde el primer día en el rancho. El viernes por la mañana decidió darle un empujón y, puesto que la casa estaba recién arreglada y no necesitaba más que un repaso, preparó un guiso para la noche y se tomó la tarde libre.

Por primera vez desde su llegada tuvo ganas de salir y explorar parte del rancho. Se puso las botas y se recogió el cabello en una coleta para que no se le volara con la brisa de la tarde.

Caminó hacia el cobertizo lentamente, fijándose en cada detalle. Los caballos dormitaban en el corral bajo el sol de la tarde.

El camión azul y blanco estaba aparcado en batería junto al cobertizo y Maggie no pudo evitar sonreír al recordar lo orgullosa que se había sentido al regresar a casa sin ningún contratiempo, y la mirada aprobadora que Kyle le dirigió al saber que había conducido el camión y que había hecho suficiente compra para un par de semanas.

Las puertas del cobertizo estaban abiertas y el oscuro interior presentaba un aspecto misterioso en contraste con la brillante luz de fuera. En el aire flotaban mezclados el aroma de heno y caballos. No se oía ninguna voz. Los hombres estaban recorriendo el terreno, contando las reses. Sólo habían ido a almorzar cuatro de ellos.

Maggie se detuvo en el umbral para acostumbrar la vista a la oscuridad reinante. A los lados estaba almacenado el heno en pilas de fardos, los establos estaban vacíos. La puerta que daba acceso al cuarto de los trabajadores estaba abierta y Maggie se dirigió hacia ella…

Jack estaba sentado, encerando unas riendas. Levantó la vista al oírla entrar.

—Hola —saludó Maggie—, estoy dando un paseo.

—¡Hola! Por fin te animas a salir de la casa.

—Sí. He hecho todo el trabajo pendiente y quería conocer más partes del rancho.

—Pregúntame lo que quieras.

Maggie miró en torno. Jack ocupaba la única silla a la vista y a ella no se le hubiera ocurrido pedirle que se la cediera. Tomó una manta que colgaba de un gancho y, doblándola, la puso en el suelo para sentarse y observar a Jack mientras trabajaba.

Tenía un montón de preguntas. Algunas, para satisfacer su

propia curiosidad; otras, para completar algunos detalles que quería introducir en su libro. Jack respondió a todas con paciencia, extendiéndose cuando Maggie le pedía aclaraciones y dándole explicaciones que por fin hacían comprensibles las conversaciones que los hombres mantenían en torno a la mesa.

Al oír un caballo en el patio, Maggie se preguntó si sería Kyle. No lo veía desde el desayuno. Ni siquiera había ido a comer. Sintió que le sudaban las manos y que se ponía nerviosa sólo con pensar que pudiera ser él. Desde el último beso, Kyle había mantenido las distancias. Pero ella no le había dado motivo de enfado puesto que no había cometido ningún error de importancia. Se sentía orgullosa de no desilusionarlo y vivía con la esperanza de que Kyle volviera a besarla, aunque sólo fuera una vez más, antes de marcharse del rancho.

Capítulo 5

Lance apareció en la puerta.

—Me preguntaba con quién estarías hablando —dijo a Jack antes de sonreír a Maggie y echarse el sombrero hacia atrás con la punta de los dedos.

—Estoy contestando algunas preguntas de la señorita. Es la primera vez que está en un rancho —dijo Jack.

—Ven conmigo y te contaré algunos secretos.

Maggie se levantó y colgó la manta.

—Gracias Jack, espero no haberte vuelto loco con todas mis preguntas.

—No. Me encanta hablar del rancho. A casi nadie le interesa charlar con un viejo.

—Pues a mí me ha parecido fascinante —dijo Maggie, dirigiéndole una amplia sonrisa.

Siguió a Lance hacia la parte de atrás. Él ató las riendas y desensilló el caballo.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Maggie, prestando atención a cada uno de sus movimientos. Era un caballo enorme, pero a Lance no parecía importarle. Bajó la silla sin aparente esfuerzo y la dejó a un lado antes de volverse a Maggie con una sonrisa.

—En una zona donde tenemos mucho ganado. Estamos contando las reses para asegurarnos de que no hay ninguna herida o extraviada.

—¿Lo hacéis a menudo?

—Bastante.

—El Rafter C parece un rancho muy próspero.

—Y lo es. Es uno de los mejores del país. Cuando lo dirigía Rafe, apareció en una revista como un ranchero modelo.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Varios años, antes de que yo viniera. Rafe no quería capataz, prefería hacer el trabajo él sólo.

—¿Y dónde estaba Kyle?

—En la universidad. Cuando acabó la carrera comenzó a trabajar de ayudante de Rafe.

—¿Y después Rafe se fue y él tomó el mando del rancho?

—Sí. Cuando su hermana se graduó, Rafe entró en el circuito de rodeos. Kyle me contrató a los pocos meses.

—Y el rancho ha seguido siendo igual de próspero —concluyó Maggie, sintiéndose orgullosa del trabajo realizado por Kyle. Tal vez su hermano había comenzado la labor, pero era la tenacidad de Kyle la que mantenía una calidad tan alta.

—Sí, es un rancho muy próspero, pero, ¿por qué te interesa saberlo? ¿Te preocupa tu salario? —preguntó la voz de Kyle, detrás de Maggie.

Ésta se volvió, sorprendiéndose de que Kyle hubiera llegado tan cerca sin ser oído.

—No estaba preocupada, sólo sentía curiosidad —dijo Maggie, desconcertada.

—Me pregunto por qué —Kyle miró a Lance y luego a Maggie—. ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—He acabado con la casa y quería respirar un poco de aire fresco —dijo Maggie, devolviéndole la mirada con expresión retadora.

—¿En el establo? —dijo Kyle con incredulidad.

—Maggie quería aprender cosas del rancho. Jack le ha contestado algunas preguntas y yo iba a acompañarla a dar un paseo —dijo Lance espontáneamente, mirando Kyle con descaro.

Kyle no prestó atención a su capataz sino que siguió mirando a Maggie con ojos entornados.

—Ya te dije que yo te contestaría cualquier pregunta.

—No estabas aquí, y en cambio Lance y Jack sí.

—Pues ahora ya me tienes aquí.

—No me importa, jefe —intervino Lance.

—¿No tienes nada que hacer? —preguntó Kyle, volviendo la mirada hacia el capataz.

—El informe del resultado del recuento, pero te lo puedo dar de palabra.

—No, escríbelo. Cuando vengan los demás, escribe también sus datos. Y ya que estás aquí, desensilla mi caballo —dijo Kyle, señalando el caballo con la barbilla al tiempo que se acercaba a Maggie, la tomaba del brazo y la sacaba del establo.

Lance titubeó un instante antes de encogerse de hombros y

sonreír.

—Lo que tú digas, jefe.

Kyle llevó a Maggie hasta el patio. A lo lejos llegaban dos hombres más a caballo.

—¿No tienes que preparar la cena?

—He hecho un guiso —Maggie intentó soltarse de su mano pero él la asió con firmeza. A Maggie no le gustaba sentirse como una chiquilla rebelde a la que obligaban a volver a casa.

—Te advertí que te mantuvieras alejada de los hombres.

—No he hecho nada malo, sólo algunas preguntas.

—¿Para tu libro?

—Tal vez algunas de ellas, pero las demás eran por pura curiosidad.

—¿Por qué? —Kyle se detuvo en seco.

—¿Y por qué no? Ahora vivo aquí, nunca he vivido en un rancho y quiero aprender.

—Ya te dije que me preguntaras a mí.

—No me dijiste que no hiciera preguntas sobre el rancho, sólo que me mantuviera alejada de tus hombres.

Kyle cambió de dirección y llevó a Maggie hasta el porche. Se sentó en una de las mecedoras y Maggie ocupó otra a su lado.

—¿Alguna pregunta? —dijo él.

—Jack ha contestado casi todas —respondió Maggie.

—Él no me importa, pero aléjate de Lance.

—¿Por qué?

—No te quita ojo, le interesas. Y no quiero que mi capataz esté distraído.

—Pareces un señor feudal. También él tiene derecho a tener una vida al margen de la del rancho.

—No con una mujer que está aquí temporalmente y a la que le interesan más las novelas y los romances que…

—¿Que? —preguntó Maggie intuyendo el final de la frase.

—Que las tareas de la casa.

—Eso no es lo que ibas a decir.

Kyle se quitó el sombrero y lo dejó caer al suelo de madera, junto a la mecedora.

Se pasó los dedos por el cabello y, apoyándose en el respaldo, contempló a Maggie atentamente.

—Eso es lo que he dicho, da lo mismo lo que pensara decir.

—Tengo mucha imaginación.

—¿Es todo inventado? Me refiero a tu libro —dijo Kyle.

—Casi todo —Maggie miró en otra dirección y contempló las plantas de algodón mecidas por el viento.

—¿No es experiencia de primera mano?

—Yo no tengo demasiada experiencia.

—Has estado prometida.

—¿Y qué tiene que ver eso con la experiencia?

—No lo sé. Háblame de tu compromiso.

Maggie se encogió de hombros, se acomodó en la mecedora y comenzó a mecerse.

—No sé qué relación tiene esto con mi trabajo.

—No la tiene. Háblame de tu compromiso.

Maggie miró a Kyle y sus ojos se encontraron con su escrutadora mirada.

—No hay mucho que contar. Mi padre me presentó a Don y empezamos a salir juntos. Me llevaba a buenos restaurantes, a bailar, me hacía regalos. Creí que era muy romántico y, cuando me pidió que me casara con él, acepté.

—Claro, a todas las mujeres os gusta que os traten bien, pero ¿no se te ocurrió pensar que teníais que construir una vida en común?

—Llegué a creer que estaba enamorada, pero ahora sé que sólo estaba fascinada. Pronto me desilusioné, pero romper fue muy doloroso.

Más de lo que había pensado aun sabiendo que era la decisión correcta. Casarse con Don hubiera sido un terrible error. Y la ruptura le había hecho madurar.

—¿Por qué?

Maggie miró a Kyle.

—Tiene todo lo que una mujer desearía. Es rico, ocupa una posición importante, tiene una casa preciosa y le encanta salir a bailar y a cenar.

—Suena como un novio modelo. Me sorprende que lo rechazaras.

—Cuanto más lo iba conociendo más me recordaba a mi padre. Me pasé los primeros veintidós años de mi vida intentando agradar

a un hombre para el que nada era bastante. Sólo teníamos paz en la medida en que hacía lo que él quería. Don era igual. Las cosas iban bien cuando actuaba obedientemente, pero si le negaba algo se enfadaba.

—¿Qué le negaste?

Maggie se miró las manos y las enlazó con fuerza.

—Maggie, ¿qué le negaste? —insistió Kyle al verla vacilar.

—Acostarme con él, entre otras cosas. O querer tener una carrera propia, por ejemplo.

Kyle se separó del respaldo con un movimiento brusco.

—¿Estabas prometida para casarte y no te acostaste con él?

Maggie sacudió la cabeza. Miró a Kyle de soslayo.

—Por lo que te sorprende deduzco que tú sí te acostaste con tu prometida.

—Claro, íbamos a casarnos —dijo Kyle, a modo de explicación.

Maggie miró en otra dirección.

—¿Y cómo escribes novelas de amor si no tienes experiencia de primera mano?

—preguntó Kyle.

—Ya te he dicho que tengo mucha imaginación.

Kyle se inclinó y tomó la mano de Maggie.

—A veces la experiencia no puede ser sustituida por nada —murmuró.

—¿Estás ofreciéndote a ser el hombre que me la proporcione? —preguntó Maggie con picardía. La mera idea le ponía el corazón en la garganta. Si el contacto de su mano le hacia ansiar sentarse en su regazo, ¿qué le pasaría si tocara todo su cuerpo?

—Puedo proporcionarte la que quieras. Pero sólo como documentación para tu novela —dijo Kyle.

Maggie sonrió.

—¿Qué podría ser sino documentación?

—No quiero que te hagas una idea equivocada. No tengo la menor intención de casarme contigo.

—¿Casarte? ¿Qué te hace pensar eso?

—Te he oído hacer preguntas a Lance sobre las finanzas del rancho. ¿Querías averiguar si era un buen partido?

Maggie se sintió ofendida y tiró de la mano para soltarse de la de Kyle, pero él se lo impidió.

—¡No quería saber si eras rico! Si hubiera querido casarme con un hombre rico no habría dejado escapar a Don. No quiero casarme, punto. Estoy harta de que los hombres me digan lo que debo hacer. Quiero tener la oportunidad de hacer las cosas como yo quiera, de comprobar que puedo valerme por mí misma. Jamás se me ocurriría atarme a un hombre autoritario que se cree un regalo para las mujeres.

—Entonces, no tiene por qué haber ningún problema.

—¿Qué quieres decir?

—Yo te proporcionaré la experiencia que necesitas para el libro y luego nos separaremos sin pretender nada el uno del otro.

Maggie miró a Kyle con ojos desorbitadamente abiertos. Durante una larga pausa consideró la propuesta de Kyle. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podía arriesgarse a dejarse besar y abrazar por él para dar autenticidad a su novela y luego marcharse sin mirar atrás?

Los besos de Don no le habían gustado. A él no lo echaba de menos. Pero los de Kyle eran muy distintos, como lo eran todas las sensaciones que le transmitía cuando la abrazaba.

Kyle vio la mezcla de emociones reflejada en el rostro de Maggie y estuvo a punto de sonreír. Podía ver que estaba considerando la propuesta desde todos los puntos de vista, pero no podía adivinar qué decisión tomaría finalmente. ¿Querría Maggie explorar la hirviente sensualidad que había entre ellos u optaría por permanecer segura y casta?

A Kyle le quemaba la mano cuando la tocaba. Ansiaba estrecharla en sus brazos y besarla hasta desfallecer. Su cuerpo la reclamaba. Cuando estaba a su lado, perdía el dominio de sí mismo y ésa era una sensación que no le gustaba. Tal vez unos cuantos besos lo liberarían de un deseo que crecía día a día.

Maggie hizo ademán de soltar la mano de Kyle y no supo si alegrarse o sentirse desilusionada cuando él la dejó ir. Maggie lo miró y observó su cabello despeinado, su piel bronceada, sus labios firmes que ya la habían besado en más de una ocasión haciéndola perder el sentido, el mentón firme que hacía pensar en su fuerza de carácter y sus enigmáticos ojos grises.

—¿Me das tiempo para pensarlo?

—Claro —Kyle tomó su sombrero y se puso en pie. Se inclinó hacia Maggie y la tomó por la barbilla—. La oferta está abierta

hasta que te decidas. Pero sólo me incluye a mí. Mantente alejada de mis hombres.

—Ya lo sé —Maggie esperó, conteniendo la respiración. Kyle no tenía más que agacharse un poco y sus labios se rozarían.

—Nos vemos a la hora de cenar —dijo Kyle antes de desaparecer por el lateral de la casa, dejando a Maggie sola y aturdida.

Maggie se hundió en la mecedora, avergonzada. Se había ofrecido a Kyle y él la había rechazado. ¿Lo habría hecho porque no había aceptado su proposición? ¿Se habría dado cuenta de cuánto deseaba ella que la besara? Confiaba en que no. Incluso si aceptaba su oferta, quería conservar su dignidad. No estaba dispuesta a depender de ningún hombre.

Se levantó y entró en la casa. Era hora de hacer el pan y poner la mesa.

Estaba a punto de poner la masa del pan en el horno cuando sonó el teléfono, sobresaltando a Maggie. Sonaba tan poco a menudo que tardó en reaccionar; finalmente, fue a contestarlo.

—¿Hola?

—Hola, ¿está Kyle? —dijo una animada voz de mujer.

—Un momento —Maggie sintió una gran curiosidad. ¿Quién llamaba Kyle?

Abrió la puerta trasera creyendo que tendría que ir a buscar a Kyle a los establos pero lo vio apoyado en una valla, observando a uno de los hombres mientras domaba un caballo.

—Kyle, al teléfono.

Kyle hizo un ademán para indicarle que la había oído y fue hacia la casa.

Maggie volvió a su trabajo cuando Kyle tomó el auricular.

—¿Hola? ¡Hola, Gillian! ¿Qué hay?

Maggie metió el pan en el horno con mucho cuidado, sin dejar de escuchar la conversación. Kyle no podía pretender que no lo oyera si hablaba desde el teléfono de la cocina. Si hubiera querido hablar a solas habría contestado en el despacho.

—¡Maldición! No, no, está bien. Voy retrasado. Acabo de llegar. Tardaré una media hora en ducharme y vestirme. Llegaré antes de las ocho.

Maggie removió el guiso mientras todo su cuerpo estaba atento a la conversación de Kyle. ¿Quién era Gillian y dónde iba a estar Kyle

a las ocho?

Kyle colgó y se volvió hacia Maggie.

—No voy a venir a cenar.

—Quitaré tu plato —dijo Maggie sin apartar los ojos de la cazuela, confiando en que su rostro no reflejase la curiosidad que sentía.

Kyle iba a salir con Gillian y Maggie la imaginó de inmediato como una joven sofisticada de cabello cobrizo y ojos verdes, con un cuerpo explosivo. Seguro que era seductora y fascinante y que Kyle caería en sus garras.

¿No acababa de hacerle una proposición a ella? ¿Cómo se atrevía a marcharse con otra mujer? Levantó la vista para decir a Kyle que había decidido rechazar su invitación, pero ya se había marchado.

Cuando los hombres fueron a cenar, Billy preguntó de inmediato por el jefe.

—Va a salir —dijo Maggie, orgullosa de que su voz sonara normal.

Kyle bajó vestido con una camisa clara, una cazadora y pantalones de algodón.

Estaba guapísimo, pero Maggie consiguió dedicarle sólo una fugaz mirada.

—¡Caramba, jefe, qué guapo te has puesto! ¿Tienes una cita importante? —

bromeó Billy.

El rostro de Kyle se ensombreció.

—Una amiga me ha pedido que la acompañe a una fiesta —dijo, cortante.

—Pásalo bien, Kyle —dijo Jack.

—Yo también voy a ir al pueblo después de cenar. Es viernes por la noche y he trabajado mucho toda la semana —dijo Billy.

—Sueles ir incluso cuando no has trabajado —comentó Lance.

Billy sonrió.

—Claro que sí. Así que noche de fiesta, ¿eh, jefe?

Maggie sintió la mirada de Kyle clavada en ella, pero mantuvo los ojos fijos en su plato. El guiso había salido bien e intentó concentrarse en la satisfacción que eso le proporcionaba. Pero le desilusionaba que Kyle no lo probara.

—No vendré tarde —dijo Kyle.

—¿Te refieres a esta noche o a mañana por la mañana? —preguntó Billy con un guiño pícaro.

—¡Billy! —le amonestó Lance—. Tranquilo jefe, y no te preocupes —miró a Maggie—. Yo me ocuparé de todo.

Maggie levantó la mirada. Al oír la puerta cerrarse supo que Kyle se había marchado.

—¿Quieres venir conmigo al pueblo a un bar de música country —preguntó Lance, y su sonrisa levantó el ánimo abatido de Maggie.

Asintió. No estaba dispuesta a quedarse en casa y dejar que su imaginación se disparara pensando en Kyle con la hermosa Gillian.

—Me encantaría, pero no sé si sabré bailar.

—Seguro que sí —Lance le guiñó un ojo y siguió comiendo.

Los hombres continuaron hablando sobre los planes que tenían para la noche.

Casi todos irían al pueblo, excepto Jack y Trevor que se iban a quedar viendo la televisión.

Jack se ofreció a fregar y Maggie aceptó agradecida. En poco tiempo, ella y Lance salieron camino del pueblo. Maggie estaba decidida a pasarlo en grande y a hacer que Lance disfrutara de su compañía, así que ocultó el dolor que la cita de Kyle le causaba y se esforzó por estar animada. Lance rió con sus comentarios y le hizo suficientes preguntas como para que ella pudiera contarle anécdotas entretenidas. El viaje a Cheyenne se hizo muy corto y, en un abrir y cerrar de ojos, entraban en el club Last Roundup.

Lance era obviamente popular en el local y fue saludado calurosamente. Al ver a unos conocidos en una mesa fue hacia ellos y presentó a Maggie. Cuando ésta vio que las demás mujeres también iban vestidas con vaqueros y camisetas, se relajó y en pocos minutos participaba animadamente en la conversación general.

Fue una gran noche. Los hombres sacaban a las mujeres a bailar sin darles respiro y las mujeres trataron a Maggie tan amistosamente que pensó que podría llegar a hacerse amiga de varias de ellas. Si es que se quedaba…

Cuando comentó que estaba escribiendo una novela de amor, todos se volvieron hacia ella con preguntas y sugerencias. Algunos querían contarle los momentos más románticos de su vida y otros

comentar con ella las ideas que tenían para escribir algún día su propia novela.

Al cabo de unos minutos era tal la algarabía que Maggie, riendo, hizo un amplio ademán con los brazos.

—Tenéis que hablar de uno en uno. Ojalá tuviera papel y lápiz para apuntar algunas de vuestras ideas, son excelentes.

—Podemos escribirlas y mandártelas. ¿Dónde vives?

—En el rancho Rafter C. Soy el ama de llaves.

—Claro, el rancho de Lance.

—No sabía que las amas de llave fueran tan bonitas. La de mi padre era un coco

—comentó uno de los hombres, guiñándole un ojo.

Maggie sonrió. La simpatía del grupo le hizo sentirse bienvenida y le hubiera gustado quedarse con ellos para siempre.

Pero la velada llegó a su fin cuando el grupo de música tocó el último tema y Lance le dijo que debían marcharse. Maggie se despidió con la promesa de volver y, cabizbaja, se subió al jeep de Lance.

—Lo he pasado maravillosamente, Lance. Gracias por invitarme.

—Me alegro de que hayas venido. ¿Vas a poder usar algunas de las sugerencias que te han hecho para tu libro?

Maggie sonrió.

—Tal vez una o dos. Me cuesta creer que algunos de los casos que han contado sean verdad. Y sin embargo, otros eran tan sencillos como un ramo de flores o una comida casera. Es curioso lo que la palabra «romántico» evoca en cada persona.

—¿Y qué consideras tú romántico?

Maggie sacudió la cabeza.

—Depende. Las flores, por ejemplo.

Cuando Lance aparcó en el patio vieron una luz encendida en la cocina. En el barracón de los trabajadores reinaba la oscuridad. El firmamento estaba repleto de estrellas, la luna no era más que una línea dibujada en el horizonte. Lance apagó el motor.

—¿Y qué más, Maggie?

—No lo sé. En mi novela quiero que la heroína haga pequeños regalos al héroe.

A él le resultará extraño y le agradará.

—¿Y piensas…?

La puerta del lado de Maggie se abrió bruscamente y el piloto del coche se encendió, iluminando el interior.

—¿Dónde demonios habéis estado? —Kyle estaba fuera de sí. Se inclinó hacia adelante y clavó la mirada en Lance—. ¿Tienes idea de lo tarde que es?

—Las dos pasadas —dijo Lance, apoyándose contra su puerta y mirando a su jefe con una sonrisa en los labios.

—¡Si querías salir podías habérmelo dicho! —dijo Kyle a Maggie, alargando la mano para desabrocharle el cinturón.

—Lo que me apetezca hacer fuera del horario de trabajo no es asunto tuyo —

dijo Maggie, apartándole la mano y soltando ella misma el cinturón. Cuando Kyle alargó la mano de nuevo para sujetarla, Maggie le dio un golpe—. ¡No me toques!

Maggie se volvió hacia Lance, irritándose la ver que la escena lo divertía.

—Gracias una vez más.

—Buenas noches, Maggie, que duermas bien —Lance le pasó un dedo por la mejilla.

Kyle esperó junto a la puerta muy erguido aunque por dentro sentía la ira en oleadas cada vez más violentas. Maggie caminó con la cabeza muy alta, evitando rozarse con él. Kyle avanzó a su lado.

—¿Dónde habéis estado? —masculló.

—Por ahí —contestó ella, entrando en la cocina con paso decidido y haciendo ademán de seguir hacia su dormitorio sin detenerse.

Kyle la obligó a volverse sujetándola por los hombros.

—¡Te he hecho una pregunta y quiero una respuesta!

—Hemos ido al Last Roundup, donde he conocido a una gente encantadora y lo he pasado maravillosamente —dijo Maggie, elevando el tono de voz. También ella podía enfadarse. ¿Quién se creía Kyle que era? ¿Su padre?—. De todas formas no es asunto tuyo. ¿Acaso te he preguntado yo por tu cita?

—No era una cita. ¿Y lo tuyo con Lance?

—Define la palabra «cita». ¿No es una cita ir a recoger a una mujer para llevarla a una fiesta?

—Te he advenido que te mantengas alejada de Lance.

—¿Y que me quede en casa como una hija obediente mientras tú

te vas a ligar?

Ni hablar.

Kyle dejó escapar el aire con exasperación.

—¿Es por eso? ¿Estás celosa porque he llevado a Gillian a una fiesta? Me lo pidió hace semanas. Antes de que te conociera.

Maggie se encogió de hombros y se liberó de las manos de Kyle.

—No tienes por qué darme explicaciones. Haz lo que quieras con tu vida, y yo haré lo que quiera con la mía.

—Mientras trabajes para mí, harás lo que yo te mande. Aléjate de Lance y de los demás hombres del rancho.

—¿O? —Maggie se volvió con ojos relampagueantes.

—O te despido.

Maggie sostuvo la mirada de Kyle. Estaba tan furiosa que iba a estallar, pero tomó aire. No podía perder su trabajo por un hombre al que sólo la unían lazos de amistad, sin embargo, tampoco podía consentir que Kyle la tratara de aquella manera. Le recordaba demasiado a su padre.

—¿Quién te ha dicho que eres el rey? —dijo, entre dientes—. Pienso ver a quien me dé la gana en mi tiempo libre. ¿Quién te ha dicho que puedes decidir qué debo hacer con mi vida amorosa? ¿Es así como tratas a todos los que trabajan en el rancho?

No sé cómo te aguantan.

Kyle se pasó los dedos por el cabello y su enfado pareció evaporarse.

—Tienes razón. Lo siento. No es asunto mío. Debía haber aprendido.

Maggie lo miró atónita y también su ira se disipó. ¿Había oído bien?

—¿Qué quieres decir?

Kyle se volvió y fue lentamente hasta la puerta para cerrarla.

—No tengo derecho a intervenir en tu vida privada ni a pedirte que no te relaciones con Lance. Ya lo intenté en una ocasión: le dije a mi cuñado que dejara en paz a mi hermana. Y a ella le costó mucho perdonármelo. Debía haber aprendido la lección. Puedes ver a quien te dé la gana, evidentemente, siempre que no afecte a tu trabajo o al de él. Vete a la cama, Maggie.

Maggie no quería marcharse. Ver que Kyle no podía mirarla a la cara porque se sentía avergonzado la enterneció. Y le hizo recordar

la oferta que Kyle le había hecho en el porche.

—¿No vas a darme un beso de buenas noches?

Kyle se volvió con ojos brillantes.

—¿Has pensado en mi oferta?

Maggie asintió.

—¿Y?

—Sigo sin estar segura.

—Entonces, dejaremos los besos para más adelante.

Maggie se pasó la lengua por los labios.

—Nunca había considerado la posibilidad de tener un amante —dijo, pausadamente.

—Iremos tan lejos como tú quieras.

Maggie asintió. Sentía que se asfixiaba. Kyle la miró y ella estuvo a punto de refugiarse en sus brazos y satisfacer el deseo que la atenazaba. Quería sentir sus besos, y toda la fuerza de su cuerpo contra la blandura del suyo. Pero tenía miedo. ¿Y

si sus sentimientos la traicionaban? ¿Sería capaz de jugar al amor y salir ilesa del juego?

Capítulo 6

—Vete a la cama —dijo Kyle dulcemente.

Maggie vaciló. Hubiera deseado atreverse a aceptar su temerario plan y no sentirse tan insegura y titubeante. Deseaba sobre todo no sentir una atracción tan irresistible por aquel ranchero cuyo interés en ella era meramente carnal.

—Esta noche he conocido a mucha gente estupenda en el bar. Cuando les he dicho que estaba escribiendo una novela romántica me han sugerido muchas ideas.

Sin dejar de mirar a Maggie fijamente, Kyle se apoyó en la puerta y se cruzó de brazos.

—¿Y?

—Se me ha ocurrido que podía hacer una consulta general sobre lo que significa ser romántico para la gente e incorporar las mejores ideas a mi libro.

—No me parece mal, pero no lo necesitas.

—¿Por qué no? —preguntó Maggie, sorprendida.

—Escribe lo que para ti sea romántico. Después de todo, eres una mujer.

—¿Pero cómo voy a describir lo que es romántico para un hombre?

—Ya te he dicho que estoy a tu disposición mientras estés aquí.

—¿Para contarme lo que significa para ti ser romántico?

Kyle se encogió de hombros.

—Si eso es todo lo que quieres…

—Creía que tú querías más.

—Y así es. Pero si quieres marcar un límite, estoy dispuesto a aceptarlo. Pero eres tú quien tiene que decidirlo, Maggie. Yo no voy a hacerlo por ti.

Maggie estaba desconcertada. No podía imaginarse a su padre o a Don diciendo algo así. Se quedó mirando a Kyle en silencio, consciente de que era ella quien debía dar el siguiente paso. Y sabía lo que quería hacer porque todos sus sentidos le exigían una única cosa: sentir la electricidad que la recorría cada vez que Kyle la tocaba y entregarse a la sensualidad que la dominaba hasta hacerla olvidar todo lo demás. Pero tenía miedo. De sí misma y de Kyle.

Titubeó.

—Podría hacer una encuesta en el rancho.

—No.

Maggie levantó la barbilla.

—¿Por qué no?

—Distraerías a mis hombres.

—Lo haría fuera de horas de trabajo.

—No.

—Dame una razón.

—Ya te la he dado.

Maggie se sintió frustrada.

—Me recuerdas a mi padre, dando órdenes a diestro y siniestro sin justificarlas.

De acuerdo, no haré ninguna pregunta a los hombres mientras estemos en Rafter C.

Kyle la miró con expresión dubitativa.

—Ni dentro ni fuera.

Maggie le dedicó una sonrisa triunfante.

—No puedes controlar lo que haga cuando no esté en el rancho. La próxima vez que salga con Lance le interrogaré tanto como quiera.

Kyle se separó de la puerta bruscamente y fue hacia Maggie a grandes zancadas. Ella lo observó, retadora, sintiendo aumentar la tensión y estremeciéndose interiormente con la anticipación de lo que podía ocurrir. Le gustaba provocar a Kyle.

—¿A qué juegas, Maggie? ¿Estás probando mi paciencia? ¿Por qué insistes en quedarte? Dices que quieres escribir un libro y no te he visto sentarte a trabajar ni un solo día. Además, coqueteas con mis hombres y haces preguntas sobre el rancho.

¿Qué quieres? ¿Poner a prueba tu femineidad?

Desilusionada, Maggie negó con la cabeza. Kyle la había malinterpretado.

—No —musitó—. Quiero escribir un libro. Pero hasta que lo acabe, necesito ganar dinero. Lo siento, me he pasado.

¿Cómo podía explicarle el impulso que sentía de provocarlo hasta verlo ceder?

¿Cómo iba a hacérselo comprender cuando ni ella misma lo entendía?

—Vete a la cama —dijo Kyle por tercera vez.

—Buenas noches —Maggie se volvió y corrió hasta su dormitorio.

Había querido que Kyle la besara sin pedirle permiso. No se sentía capaz de tomar la decisión que él le exigía. ¿O acaso sí?

Kyle la observó marcharse y arrugó la frente. La deseaba como no había deseado a ninguna mujer en mucho tiempo, pero no confiaba en ella. Había creído que Jeannie era honesta y sincera antes de descubrir que le importaba más el dinero que construir una vida en común.

Maggie parecía ser distinta, pero no estaba seguro, ni le importaba. Sí acababa accediendo a su propuesta explorarían juntos la sensualidad que fluía entre ellos, y todo acabaría cuando se marchara.

Confiaba en que decidiera que quería adquirir experiencia de primera mano para su libro, y, sobre todo, que tomara la decisión lo antes posible.

Aunque en teoría el sábado era su día libre y la noche anterior no se había acostado hasta las tres de la madrugada, Maggie se levantó temprano e hizo el desayuno como todos los días. No había dormido bien, pero decidió que, si lo necesitaba, echaría una siesta. Entre tanto, quería desayunar y no le importaba preparar algo de comer para todos.

Preparó tostadas y bacón y lo metió en el horno para mantenerlos calientes. Los hombres fueron apareciendo de uno en uno. Excepto Billy y Kyle. Maggie se preguntó si seguiría durmiendo.

Con la excitación de saber que tenía todo el día por delante, recogió la cocina y fue al despacho. Encendió el ordenador, abrió el último capítulo en el que había trabajado, lo releyó y lo encontró espantosamente soso. Con un suspiro de resignación, comenzó a corregirlo, buscando darle la chispa que le faltaba.

Sin embargo, no podía concentrarse. Miró por la ventana y pensó en lo que Kyle le había dicho. Era cierto que le faltaba experiencia y que tal vez lo mejor sería aceptar su oferta. Kyle le había dicho que cumpliría sus condiciones. ¿Significaba eso que ella, Maggie, podía tomar de él lo que quisiera, marcando los límites, por ejemplo, negándose a acostarse con él? Ella no quería

llegar tan lejos en una relación sin amor ni compromiso. Aun así, los besos de Kyle la quemaban y hacían reaccionar cada poro de su cuerpo. Ansiaba despeinarle el cabello, palpar su musculosa espalda, sentir el sabor de su piel.

Y estaba segura de que si lograba capturar las sensaciones que Kyle despertaba en ella cada vez que lo tenía cerca, su libro adquiriría la chispa de la que carecía hasta ese momento. Había llegado la hora de tomar una decisión. ¿Estaba dispuesta a explorar los límites de la vida o prefería mantenerse a salvo tal y como su padre le había enseñado a hacer?

—Las palabras no se van a escribir por sí mismas —dijo Kyle, en tono divertido.

Maggie se volvió bruscamente. Sólo verlo hizo que su corazón se acelerara.

Estaba más atractivo que nunca.

—Estaba pensando.

—Ya lo sé —Kyle entró en la habitación con el paso relajado que le caracterizaba y que para Maggie era como poesía en movimiento —. Si quieres ver el rancho ven conmigo. Tengo que dar una vuelta a caballo.

—¡Genial! —sin pensar dos veces en su manuscrito, Maggie apagó el ordenador y se puso de pie—. Tengo que ponerme las botas.

—De acuerdo. Te espero en el cobertizo. ¿Tienes un sombrero?

Maggie sacudió la cabeza.

—Te buscaré uno. Date prisa.

—¿Has desayunado? —preguntó Maggie.

—Sí, gracias por preparar el desayuno, no tenías que haberte molestado. El sábado es tu día libre.

—No ha sido ningún esfuerzo. Enseguida vuelvo —Maggie corrió hasta su dormitorio. No podía creer que Kyle le pidiera que pasara el día con él. La excitación la embriagaba.

En poco tiempo cabalgaban juntos fuera de los dominios de la casa. La hierba se hizo más alta y susurraba al paso de los caballos.

—¡Qué maravilla! —dijo Maggie, admirada.

—Nunca me ha tentado vivir en ningún otro lugar —comentó Kyle.

—Te aseguro que he estado en muchos sitios, y éste es el más

hermoso de todos.

—¿Por ejemplo?

—Mi padre es funcionario del Estado. Hemos vivido en Washington, Virginia, Texas, California, y más recientemente, en Colorado.

—Habéis viajado mucho.

—Sí. Cuando encuentre el lugar donde quiero estar, pienso quedarme allí para siempre. Odio estar en constante movimiento, hacer nuevos amigos, tener una permanente sensación de desarraigo. Me alegro de haber conocido distintas áreas del país, pero ya he tenido bastante.

—Mi padre compró este terreno antes de casarse. Pertenece a mi familia desde hace treinta y cinco años. He vivido aquí toda mi vida, excepto los años que fui a la universidad. No puedo imaginarme qué se siente viajando constantemente.

—No es nada divertido, te lo aseguro. Eres muy afortunado —Maggie miró en torno con melancolía. Le hubiera encantado pertenecer a un lugar como aquél y saber que pertenecería a su familia generación tras generación.

—¿Qué tal montas? —preguntó Kyle.

—Puedo manejarme. ¿Quieres ir más deprisa? —Maggie sonrió.

—Sí —Kyle puso su caballo al trote y Maggie lo siguió.

Se dirigió hacia una plantación de algodón, próxima a un estanque y disminuyó la velocidad. Al cabo de unos minutos, desmontó y le pasó las riendas a Maggie.

—Tengo que comprobar una cosa.

Desapareció entre los arbustos y Maggie le vio estudiar la tierra y los caminos que iban hacia el estanque. Rodeó éste y volvió junto a Maggie.

—¿Estás buscando algo?

—Quería asegurarme de que no había huellas de lobos. Suelen atacar a los terneros.

—Es todo tan hermoso que cuesta pensar en el instinto asesino de algunas criaturas.

—Todo ello forma parte de la vida.

Maggie asintió con la mirada fija en Kyle. Los dedos con los que sujetaba las riendas se le agarrotaron y sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Maggie?

—¿Sí?

—¿Has tomado ya un decisión?

La voz aterciopelada de Kyle atravesó a Maggie como una corriente de energía sexual. Respiró profundamente. Su vida dependía de una sola palabra. ¿Estaba dispuesta a arriesgarse?

—Sí.

Le devolvió las riendas a Kyle y desmontó. Acercándose a él, elevó la mano y le acarició la mejilla.

—He decidido que sería maravilloso adquirir cierta experiencia para plasmarla en mi libro.

Solamente la presencia de Kyle le aportaba nuevas sensaciones. Capturaría toda la felicidad que sentía en ese instante y la reservaría para cuando tuviera que partir.

Kyle dejó escapar el aliento lentamente, como si hubiera estado reteniéndolo.

Los dedos de Maggie temblaron sobre su mejilla y él posó su mano sobre la de ella, estrechándosela con fuerza.

—No te haré daño —dijo con voz ronca.

Sin apartar sus ojos de los de él, Maggie asintió. Él la miró como si la viera por primera vez y de pronto, sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Eres una mujer muy hermosa, Maggie Foster. Ese Don debía ser un estúpido si te dejó escapar.

Maggie sintió un placer que irradió calor por todo su cuerpo y hubiera querido poder atrapar la sensación en una botella para poder abrirla siempre que quisiera.

Sonrió a Kyle, convencida de que nada podría estropear la perfección de aquel día.

Kyle descendió lentamente sobre ella hasta que su aliento le acarició la mejilla.

Maggie pudo ver sus ojos encendidos por el deseo y se estremeció. Kyle se inclinó aún más y ella cerró los ojos. Entonces Kyle la rozó levemente hasta que reclamó sus labios con la presión de los de él y le dio un beso, preludio de numerosas promesas.

Tomando la mano de Maggie, se la puso detrás de la nuca y soltándola, la atrajo por la espalda hacia sí. Sus labios acariciaron los de ella obligándola a abrirlos, su lengua se los recorrió

lentamente antes de profundizar en la húmeda cavidad de su boca para explorar todos su resquicios, sacudiéndola con una sucesión de oleadas de palpitante deseo.

El sombrero se le cayó al suelo, pero Maggie ni lo notó. Su caballo se revolvió pero no lo oyó. Todo su ser se centraba en la boca y el cuerpo de Kyle y en las sensaciones que éste le transmitía. El calor era cada vez más intenso, el deseo era casi doloroso y el placer burbujeaba en su interior en todas direcciones, a una velocidad vertiginosa. Y Kyle seguía besándola.

Maggie se aferraba a él temiendo que toda aquella intensidad le hiciera perder el sentido. Se sentía girar sobre un eje de luz y calor. Era el paraíso. La más extraordinaria sensación que había experimentado en su vida.

Muy lentamente, Kyle concluyó el beso y separó su boca unos milímetros de Maggie, sin separar su cuerpo.

—¡Qué agradable! —susurró, segura de que sus mejillas estaban rojas del calor que irradiaba de todo su cuerpo.

—¿Agradable? —sonrió Kyle—. ¿Es eso todo lo que se te ocurre decir? No me parece suficiente para tu libro. ¿Quieres que sigamos practicando?

Maggie lo miró aturdida. Asintió lentamente y cerró los ojos, entreabriendo los labios para ofrecerlos al siguiente beso. Intentaría definir con exactitud qué le hacía sentir…

Pero, en cuanto los labios de Kyle se posaron sobre los de ella, desapareció cualquier posibilidad de hacer un análisis racional. Y aun menos cuando Kyle llevó sus manos hasta sus senos, apretándoselos con fuerza y disparando dardos de deseo hacia sus entrañas. Maggie no podía pensar, sólo sentir. Y las sensaciones eran milagrosas, únicas.

Los dos jadeaban cuando Kyle acabó el beso.

—¿Y?

—Muy agradable.

Kyle dejó escapar un gruñido y apoyó su frente en la de Maggie.

—¿Qué tengo que hacer para que digas algo más expresivo que agradable?

Maggie río quedamente y frotó su nariz contra la de él.

—Creo que tengo problemas. Me has derretido el cerebro y no sé decir otra palabra. Te juro que tus besos son mucho más que

agradables. Nunca me habían besado tan… agradablemente.

—Cuando lleguemos a casa voy a buscar un diccionario de sinónimos para ti.

—¿No te han parecido agradables? —preguntó Maggie, desconcertada.

—No. Me han parecido tan arrebatadores que he querido quitarte la camisa y sentir tu piel de seda. Quiero sentir cada milímetro de tu cuerpo, sentir el peso de tus senos en mis manos, comprobar si acariciar con mi boca otras partes de tu cuerpo me hace enloquecer como lo logra besar tus labios.

Maggie tragó saliva. Kyle invocaba una imagen tan vivida en su mente como si la escena ya hubiera sucedido. Pero todo iba demasiado deprisa para ella. Por un instante tuvo la tentación de ceder, pero supo que necesitaba mantener la cordura.

Carraspeando, se apartó de Kyle.

—Quizá debamos frenar un poco —dijo, mirándole a los ojos. No quería desilusionarlo, pero ella necesitaba ir poco a poco.

—Estamos yendo despacio —dijo él.

—Para mí no.

Kyle suspiró profundamente, la soltó y se agachó para recoger el sombrero de Maggie y ponérselo en la cabeza delicadamente.

—Tú mandas. Iremos al ritmo que quieras. Pero la única culpable de que me impaciente eres tú. Besarte es como prender fuego a un bidón de gasolina. Me haces estallar.

Maggie lo miró con ojos resplandecientes.

—Kyle, dices las cosas más maravillosas. Voy a usarlas en el libro.

Kyle arrugó la frente.

—No las digo para que las escribas.

—Pero yo creía que querías ayudarme a escribir mi libro.

Kyle le pasó el pulgar por los labios.

—La idea era proporcionarte experiencia para que tu escritura sea más realista.

Pero, además, queremos pasarlo bien juntos.

—De acuerdo —Maggie sonrió con todo su corazón—. Pues yo lo estoy pasando muy bien.

—Ya lo veo. Gracias a mis agradables besos.

Maggie asintió.

—Ya pensaré en otros adjetivos si eso te hace sentir mejor.

—No, me gusta saber que mis besos sólo son agradables, así tendré que perfeccionar mi técnica. No me importaría que de vez en cuando fueran maravillosos o incluso excitantes.

—Han sido maravillosos.

—Ahora no vale cambiar. Has dicho que eran agradables. Tendré que esforzarme más, eso es todo.

El tono bromista de Kyle enterneció y sorprendió a Maggie, además de halagarla. Kyle no era sólo el hombre más atractivo del mundo sino que se reía de sí mismo y la hacía reír. ¿Sería consciente de cómo la afectaba con sólo acercarse a ella?

Sus bromas la divertían y le hacían desear poder ser su amiga para siempre. Y

aunque Maggie no quería cambiar de planes, pensó que si su libro no se vendía, no le importaría quedarse algo más de tiempo en Rafter C.

Kyle le aseguró el sombrero en la cabeza.

—Vamos, Maggie, es hora de montar.

Para cuando volvieron a casa, atardecía. Kyle le había mostrado las reses y los terneros y le había explicado cómo los marcaban y los llevaban al mercado. Maggie disfrutaba aprendiendo las distintas facetas del rancho y además adoraba oír la voz de Kyle. Con cada palabra que decía ponía de manifiesto cuánto amaba al rancho. Y

Maggie no se cansaba de contemplarlo.

—Gracias —dijo Maggie cuando llegaron al cobertizo—. Ha sido un día maravilloso.

—Me alegro. Entra y lávate. Yo me ocupo de los caballos.

—Voy a preparar la cena —dijo ella, desmontando ágilmente. Al tocar el suelo se dio cuenta de que las piernas le temblaban y se asió a la silla para disimular. No quería que Kyle se diera cuenta; estaba segura de Gillian podía montar durante horas sin que se le resintiera ni un solo músculo.

Kyle sujetó las riendas y asintió.

—Prepara algo ligero. Los hombres ya habrán cenado.

—¿Sopa y sándwiches? —sugirió Maggie, comprobando que las rodillas la sostendrían.

—¿Manteca de cacahuete otra vez?

Maggie levantó la nariz con gesto indignado y se encaminó

hacia la casa. Antes de llegar se volvió, mirando a Kyle con desdén.

—Hago unos sándwiches de mantequilla de cacahuete fabulosos. Más quisieras tú que te preparara uno.

Kyle rió quedamente y fue hacia el cobertizo.

Maggie espero a verlo entrar para meterse en la casa. Se daría una ducha rápida y prepararía algo de comer. Sería agradable estar solos para cenar.

Para cuando se duchó y se cambió, estaba dolorida y exhausta. La falta de sueño de la noche anterior combinada con la larga cabalgata la habían cansado de tal forma que no estaba segura de ser capaz de esperar a la cena. Pero no quería perder la oportunidad de estar con Kyle. Y tal vez después de cenar aceptaría la oferta de buscar un diccionario de sinónimos.

Maggie había creído que cenarían en la intimidad, pero había olvidado el reclamo que tenía la casa para los trabajadores y, aunque casi todos se habían ocupado de cenar algo fuera, Jack apareció para tomar café, Billy por si quedaba algo de postre y Trevor y Pete se acercaron a ver por qué los otros dos se retrasaban.

Dándose por vencida, Maggie acabó de cenar, metió su plato en el friegaplatos y se fue al despacho. Si Kyle quería hablar con sus hombres, ella trabajaría en su libro. Encendió el ordenador con sus mejores intenciones, pero en cuanto vio la pantalla en blanco supo que no podría hacer nada: estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos. ¿Cómo iba a pretender hacer algo creativo?

La vieja casa le resultaba extremadamente acogedora y era tranquilizador oír el murmullo de las voces de los hombres. Fuera, el viento soplaba con suavidad, acariciando las hojas de los árboles. El reloj de pared marcaba suavemente los segundos. Quizá cerraría los ojos unos segundos. Si así no lograba espabilarse, se iría a la cama.

—¿Maggie? —Kyle la sacudió delicadamente.

Maggie abrió los párpados con lentitud y lo miró.

—¿Qué? —pestañeó para intentar despertarse. Miró en torno y comprobó que estaba en el despacho.

—Vete a la cama, Maggie. Te has dormido sobre el escritorio —dijo él, dulcemente.

—Como siga así no voy a acabar nunca el libro —protestó

Maggie.

—Mañana puedes trabajar en él. Es domingo y tienes todo el día libre.

Maggie sonrió. Quería que su héroe fuera idéntico a Kyle, con la misma voz aterciopelada, su devastadora sonrisa y sus delicadas manos.

—Vamos, Maggie —Kyle la tomó en brazos.

—Puedo ir andando —dijo ella, abrazándose a su cuello y apoyando la cabeza en su hombro. Cerró los ojos y se dejó llevar por la gozosa sensación de ser llevada en brazos. Ningún hombre lo había hecho antes—. ¿No te peso demasiado?

—Sí, una tonelada —dijo él, con una risita.

Maggie separó la cabeza bruscamente.

—¡Suéltame!

—¿Para que te quedes dormida de pie? —preguntó él, comenzando a subir las escaleras.

—Anoche no dormí demasiado bien —Maggie decidió no protestar y dejarse llevar por Kyle. Cerró los ojos y se acurrucó entre sus brazos.

—Y mañana tenemos mucho que hacer.

—Mmm —Maggie estaba segura de que sería un día maravilloso.

Kyle abrió la puerta del dormitorio de Maggie, cruzó la habitación y dejó a Maggie sobre la cama. Ella mantuvo los ojos cerrados mientras él le quitaba los zapatos y la cubría con la colcha.

—Hasta mañana —dijo, al acabar.

Maggie sonrió, se dio media vuelta y se quedó dormida.

Kyle la observó un largo rato, admirando la inocencia con que dormía. Recordó a Jeannie y cómo ella lo tenía todo calculado. Al conocerla, había creído que era espontánea y natural, pero pensándolo en retrospectiva, se daba cuenta de que había manipulado las circunstancias para que se adaptaran a sus intereses. De no haberla encontrado en brazos de otro hombre, Kyle se habría casado con ella. De no haberla oído admitir que el dinero era lo más importante para ella, tal vez se hubiera dejado convencer cuando Jeannie intentó darle una explicación del apasionado abrazo que acababa de interrumpir.

¿Sería Maggie capaz de actuar con la misma premeditación? Aunque no le había dado ningún motivo de sospecha, Kyle ya no

confiaba en ninguna mujer. No sabría si sería capaz de volver a entregar su corazón; lo dudaba. Pero si lo hacía, buscaría una mujer en la que pudiera confiar plenamente, alguien como su madre y no alguien lleno de sueños atolondrados. A su madre no se le olvidaba secar la ropa, no se le quemaban las comidas ni se equivocaba con las cantidades. Y desde luego, jamás la había visto soñar despierta.

Confiaba en que Maggie comenzara al día siguiente a trabajar en su libro ya que cuanto antes lo terminara, antes conseguiría él recuperar la calma.

Kyle dejó la habitación sin mirar atrás. No conseguía que el deseo que sentía por Maggie disminuyera. Sus besos eran una extraña mezcla de inocencia y sensualidad. La manera en que lo miraba con sus grandes ojos llenos de ingenuidad le hacía sentir un superhéroe, pero él sabía bien a dónde le podía conducir ese sentimiento. Maggie estaba allí sólo temporalmente y él estaba dispuesto a seguirle el juego hasta que se marchara. Pero entonces, todo terminaría entre ellos. Y si Maggie no tenía más cuidado, su partida podía producirse antes de lo que esperaba.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Maggie se despertó tarde. Como era su día libre, se vistió con calma, poniéndose una falda vaquera corta y una camiseta rosa de escote amplio. En lugar de zapatillas de deportes, decidió ponerse sandalias. Si más tarde se animaba a dar un paseo, iría por el camino asfaltado.

Para cuando bajó, eran casi las doce. La casa estaba muy silenciosa. Maggie se hizo un té, comió algo y fue en busca de Kyle. No lo encontró en ninguna de las habitaciones del primer piso y aunque se dijo que no le importaba, se preguntó dónde estaría. ¿También se tomaba un día libre a la semana o estaría trabajando?

Daba lo mismo. Ella no pensaba ir a buscarlo.

Entró en el despacho y abrió la ventana para disfrutar del aire puro mientras trabajaba. Sobre su escritorio vio un diccionario de sinónimos. Maggie se sentó y lo tomó en sus manos con cierta desconfianza. Había un señalador y al abrirlo encontró la palabra agradable. Maggie sonrió al ver la anotación en el margen: Ver magnífico, arrebatador, glorioso, fantástico, fenomenal, extraordinario. Maggie se quedó estupefacta. ¿Era así como Kyle veía la forma en que ella besaba o como quería que describiera los besos que él le daba?

Si era lo último, Kyle tenía razón: sus besos eran fantásticos. Besos turbadores y magnéticos distintos a cualquier cosa que hubiera experimentado anteriormente en su vida. El solo recuerdo la hizo estremecer. La suave brisa que penetraba por la ventana refrescaba sus acaloradas mejillas. Cerró los ojos para revivir la cabalgata.

Después los abrió con un profundo suspiro. No podía distraerse con recuerdos: tenía trabajo que hacer.

Comenzó a escribir. Su heroína pasaría por una situación similar a la suya.

¿Conseguiría plasmar el tipo de sensaciones que ella experimentaba de forma que los lectores comprendieran cómo todos sus sentidos le exigían ir más allá? ¿Podría expresar con claridad las emociones que la poseían cada vez que él la abrazaba, desbordando su sentido común con un deseo tan intenso que la única respuesta

posible era entregarse a él?

Eso era lo que Maggie quería. Pero, ¿cómo poner por escrito la misteriosa fuerza que la poseía? Miró por la ventana y se vio junto a Kyle bajo la sombra de los árboles, sus bocas unidas, sus cuerpos enlazados.

El reloj dio la hora. Maggie volvió la vista hacia él y miró a la pantalla. Llevaba allí más de una hora y no había escrito una sola palabra. Suspiró profundamente y se puso a escribir, esforzándose por inyectar vida a su narración.

Pero en el fondo de su mente bailaba la constante interrogación de dónde estaría Kyle. Por lo que había escuchado la noche anterior, los hombres no pensaban trabajar. ¿Habría ido Kyle a comprobar algo o estaría visitando a Gillian?

Dominada por la inquietud, Maggie decidió hacer un descanso y fue a la cocina por un vaso de agua. Mientras bebía, se dio cuenta de que el camión azul y blanco no estaba aparcado donde acostumbraba y dedujo que Kyle se lo había llevado. Respiró profundamente, dejó el vaso en el fregadero y salió al porche. Le hubiera gustado saber si Kyle había ido al pueblo a ver a Gillian. ¿Desde cuándo se conocían? ¿Era bonita? ¿Estaría esperando a que Kyle se sobrepusiera a la traición de su prometida para convertirse en la siguiente mujer de su vida?

¿Y por qué no? Kyle tenía derecho a ver a quien quisiera. Después de todo, entre Maggie y él no había ningún compromiso, y ella se marcharía pronto del rancho.

Pero a pesar de todo, no lograba tranquilizarse. No le gustaba creer que sus apasionados besos no significaban nada para Kyle. Él había sido sincero al advertirle que su romance sólo duraría mientas ella estuviera en el rancho y en ningún momento le había prometido que durante ese tiempo fuera a verla sólo a ella. ¿Se sentiría libre de ver y hacer lo que quisiera? ¿Habría ido a ver a Gillian?

Maggie salió al porche buscando en el exterior la calma que no encontraba en su interior. Se sentó en una mecedora y respiró profundamente. Ocasionalmente le llegaba el sonido seco que hacían los caballos al espantar las moscas con la cola. Las praderas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, en el horizonte se erguía la silueta de las montañas recortadas contra el azul del cielo.

El ritmo constante de la mecedora fue aletargando la ansiedad de Maggie y su mente fue explorando otros pensamientos relativos a Kyle Carstairs.

Kyle tomó la desviación hacia el Rafter C, malhumorado. Se estaba haciendo tarde y había pasado el día en Laramie, visitando a su hermana y a Jake, su marido.

Kyle se había marchado para alejarse de Maggie y dejarle tiempo para escribir.

También porque quería distanciarse de ella. Aunque la deseara físicamente, no quería que creyera, erróneamente, que había entre ellos una relación.

Pero Kyle no había contado con pensar en ella todo el día. El viaje a Laramie había supuesto una prueba difícil, que había superado ahogando sus pensamientos con la música a todo volumen. Pero cuando Ángel le interrogó sobre su nueva ama de llaves, no pudo evitar volver a pensar en ella. Afortunadamente, Jake había conseguido que su mujer abandonara el exhaustivo interrogatorio y durante parte de la tarde Kyle había conseguido alejar sus pensamientos de Maggie. Hasta que volvió al rancho.

Al entrar con el coche en el patio se puso furioso. A lo largo del día, cuando pensaba en Maggie, la imaginaba trabajando en su libro, delante del ordenador. En lugar de eso, la encontraba junto a un grupo de hombres, subida a una valla, contemplando a Billy hacer cabriolas sobre un caballo. Maggie reía entre los hombres, divertida con las demostraciones de Billy. Y junto a ella estaba Lance McCord.

Maggie se volvió al oír el camión, y al ver a Kyle su corazón latió con fuerza. Le sonrió y le saludó con el brazo pero se volvió de inmediato para que nadie notara cuánto se alegraba de verlo regresar. Miró a Lance y sonrió. No quería que Kyle sospechara hasta qué punto lo había echado de menos. Oyó a su espalda la puerta del camión y en unos segundos, Kyle estaba su lado.

—¿Has escrito mucho? —preguntó él, lacónicamente, mirando a Lance.

Lance miró hacia él, entornando los ojos. Maggie asintió.

—Un poco.

—Pensaba que seguirías delante del ordenador —continuó Kyle, haciendo un gran esfuerzo para contener la ira.

—No, lo he dejado por el momento. Estoy haciendo un descanso.

Kyle la recorrió con la mirada y vio sus brazos desnudos y el escote de la camiseta, la falda corta que dejaba al descubierto sus tostadas piernas y las ridículas sandalias que dejaban ver las uñas de sus pies, pintadas de rosa.

—No llevas ropa apropiada para un rancho —dijo Kyle, fijando la vista en su escote.

—A mí me parece que está guapísima —dijo Lance, sonriendo a Maggie.

Kyle levantó la cabeza bruscamente y miró, a su capataz.

—No es apropiada para el rancho. Tiene los pies llenos de polvo.

—Se los puede lavar. A mí me parece que está muy guapa —dijo Lance, alargando la mano y enroscando en su dedo un mechón del cabello de Maggie.

Kyle se la apartó de un manotazo, dando un tirón involuntario al cabello de Maggie.

—¡Auh! —gritó Maggie, volviéndose hacia él, rabiosa.

Los hombres miraron a Lance y a Kyle, olvidándose temporalmente de Billy.

Dos de ellos se acomodaron contra la valla.

—¿Lance, no tienes nada que hacer? —preguntó Kyle, con voz amenazadora.

Lance sacudió la cabeza y sonrió.

—No. Hoy es domingo, es mi día libre y estoy disfrutándolo.

Kyle miró a los demás hombres. Todos estaban pendientes de la escena.

—Ven conmigo —Kyle tiró del brazo de Maggie y la empujó hacia la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, tropezándose al intentar seguirle el paso—.

¿Pasa algo malo?

El corazón le latía a tal velocidad que pensó que se le saldría por la boca. Sentía la mano fuerte y caliente de Kyle en su brazo y las perturbadoras sensaciones que recorrían su cuerpo.

—Creía que hoy escribirías. Te he dejado sola para que pudieras dedicarte a tu libro y, cuando vuelvo, te encuentro coqueteando con los hombres del rancho.

Maggie se paró en seco, haciendo una mueca de dolor cuando

Kyle le apretó el brazo con más fuerza.

—¡Kyle Carstairs, no estoy coqueteando con nadie! No he hecho más que tomarme un descanso. He escrito un docena de hojas; estaba agotada de mirar a la pantalla y he salido a dar una vuelta. Billy estaba en el corral haciendo trucos con el caballo y me he acercado a mirarlo. Que los demás también estuvieran mirando, no significa que coqueteara con ellos.

—¿Y qué me dices de cómo vas vestida?

—¿Qué tiene de malo?

—Estos hombres trabajan duro toda la semana y, cuando llega el fin de semana, quieren relajarse. Un par de ellos tienen novia, pero el resto hacen lo que pueden. Y

te puedo decir una cosa, tú pareces disponible —Kyle pasó sus dedos delicadamente por la línea del escote de la camiseta de Maggie y los bajó rozando sus senos.

Ella le apartó la mano de un golpe y miró hacia el corral. Los hombres miraban a Billy, excepto Lance que estaba pendiente de ellos dos. Aun a aquella distancia podía verlo sonreír.

Las insinuaciones de Kyle la enfurecieron.

—Me visto como me da la gana —dijo, mirando a Kyle con ojos brillantes.

—Mientras trabajes para mí, no. Cámbiate de ropa o haz las maletas y vete.

Maggie lo miró atónita.

—¿Kyle, estás loco?

Kyle la miró fijamente antes de asentir.

—No estoy loco, y estoy hablando en serio.

Maggie volvió a sentirse como una niña, recibiendo órdenes de su padre. Ahora Kyle creía que podía decidir cómo debía vestirse. Sacudió el brazo para librarse de su mano y caminó hacia la casa con la cabeza erguida. Subió lentamente los peldaños y abrió la puerta con la sensación de estar en una pesadilla. ¿Por qué todos los hombres la trataban como si fuera deficiente?

Tenía veintitrés años, era madura y perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

Se echó el cabello hacia atrás y comenzó a subir las escaleras. Haría las maletas y se marcharía en menos de una hora. No quería pensar qué haría un domingo por la noche sin saber dónde ir. Kyle

le debía el sueldo de la semana y con eso podría pagarse la habitación de un hotel. A primera hora del día siguiente buscaría trabajo.

Sacó las maletas de debajo de la cama y comenzó a llenarlas.

—¿Qué estás haciendo? —Kyle la observaba desde el umbral de la puerta.

Maggie lo miró por encima del hombro y siguió con lo que estaba haciendo.

—Es evidente: hacer las maletas.

—Basta con que te cambies. No te marches.

—¿Sabes, Kyle, nunca acabaste de contarme por qué se fueron las demás amas de llave? ¿También les decías cómo debían vestirse?

—No hizo falta. Tenían el suficiente sentido común como para no llevar ropa provocativa.

Maggie cerró la maleta de golpe y se volvió hacia Kyle fuera de sí.

—¡No estoy vestida provocativamente!

—Te aseguro que estás irresistible.

Maggie abrió los ojos desorbitadamente y su enfado se evaporó. ¿Kyle la encontraba irresistible con una falda vaquera y una camiseta de algodón?

—¿Estás loco? —musitó, atónita.

—Puede que sí —Kyle avanzó unos pasos sin apartar la mirada de Maggie—.

Ya es bastante suplicio verte durante la semana con esos vaqueros que se ajustan a tu trasero. ¿Tienes idea de cuántas veces he querido tocarte? Y encima, te pones una falda que deja al descubierto tus piernas y una piel que parece tan delicada como un pétalo de rosa. ¿Sabes cuántas las ganas tengo de comprobarlo?

Maggie observó que Kyle apretaba los puños y pensar que lo hacía para evitar tocarla la dejó sin aliento al tiempo que le aceleraba el corazón. Un hormigueo le recorrió todo el cuerpo. Abrió la boca para decir algo pero Kyle se adelantó.

—¿Qué sentiría si tus brazos desnudos se abrazaran a mi cuello? Siempre me has tocado a través de la ropa. Y ese maldito escote es demasiado amplio: deja ver el inicio de tus senos, la insinuación de la sombra que los separa —los ojos de Kyle permanecían fijos en Maggie, quemándola con tanta intensidad como sus palabras.

Maggie tragó saliva. Hizo un esfuerzo por mirar en otra dirección pero estaba paralizada.

—¿Recuerdas cómo te abracé ayer? Yo me acuerdo de cada milímetro de tu adorable cuerpo y ahora tengo la oportunidad de deslizar la mano por debajo de la camiseta y acariciarte sin ropa de por medio.

Como en un sueño, Maggie dio un paso hacia adelante. La sangre le corría por las venas calentándola por dentro. Las palabras de Kyle eran como un bálsamo para un moribundo. Jamás nadie le había dicho cosas tan poéticas. Maggie se detuvo a unos centímetros de Kyle, alzando la cabeza para seguir mirándolo a los ojos. Kyle dejó escapar un quedo gemido y la atrajo hacia sí, estrechándola y agachando la cabeza para besarla y unir sus cuerpos con fuego.

Maggie le rodeó el cuello con sus brazos desnudos y abrió la boca para acogerlo.

Kyle deslizó una mano hasta asirla por las nalgas y elevarla levemente para pegarla aún más contra sí. Metió la otra mano por debajo de la camiseta y le recorrió la columna hacia arriba hasta alcanzar el broche del sujetador y soltárselo.

Lentamente, la hizo separarse lo suficiente como para poder llevar la mano hacia adelante y, muy despacio, cubrió con ella uno de sus senos.

Maggie suspiró y se estrechó contra él. La violencia de las sensaciones que despertaba en su cuerpo amenazaba con arrastrarla. Quería reír de puro placer, pero se negaba a separar su boca de la de Kyle. Era lo más próximo a estar en el paraíso y no quería desperdiciar ni un instante de aquella gloriosa sensación.

Kyle le rozó el pezón con el pulgar y Maggie se arqueó, entregándose a sus caricias.

Él apartó su boca de los labios de Maggie para dejar una hilera de besos en su mejilla, en su cuello, en la base de su garganta. Volvió a rozarla con el pulgar y Maggie se arqueó contra él como si intentara hundirse en su cuerpo, dominada por un deseo frenético.

—Shh —susurró Kyle, mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Tranquila, niña.

Tranquila —volvió la mano a la espalda de Maggie y la acarició como si intentara apaciguarla.

Maggie se aferró a él para no perder el equilibrio, cerró los ojos con fuerza y se concentró en intentar recuperar el ritmo de la respiración para dominar el torbellino de sensaciones que la desestabilizaba. Sabía que Kyle la deseaba porque se lo había expresado y porque podía sentir la evidencia de su excitación contra su vientre. ¿Por qué se detenía?

Las manos de Kyle eran como dos hierros candentes sobre su piel. No soportaba la idea de separarse de él, pero sabía que nada había cambiado. Perpleja, se preguntó por qué Kyle la habría besado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él con dulzura.

Maggie asintió.

—Pero no comprendo qué ocurre —dijo, al oído de Kyle. Le besó en la mejilla y se separó para poder mirarlo a los ojos.

—No ocurre nada. Cámbiate de ropa.

Maggie frunció el ceño.

—Kyle, no me gusta que me manden —separándose de él, Maggie se cruzó de brazos para retener el calor de su abrazo.

—No estoy mandándotelo —gruñó Kyle.

—Claro que sí. Me has ordenado cambiarme de ropa o marcharme. Me niego a que me trates así. Ya he tenido bastante con mi padre y con Don.

—¡Maldita sea! —Kyle se pasó los dedos por el cabello y fue hacia la ventana.

Maggie lo observó con la esperanza de que dijera algo que cambiara la situación y temiendo que no lo hiciera. Miró hacia las maletas. Lo mejor sería seguir llenándolas. Metió las manos debajo de la camiseta para abrocharse el sujetador justo cuando Kyle se volvió hacia ella.

—Deja que lo haga yo —dijo él, avanzando hacia ella.

—No, gracias.

Ignorándola, Kyle buscó a tientas la tira de sujetador y se lo abrochó. Sus dedos permanecieron junto a la piel de Maggie unos segundos más de lo necesario y finalmente los retiró.

—No pretendía comportarme como tu padre o tu ex novio —dijo Kyle—. Mis sentimientos hacia ti no son nada paternales.

Maggie lo miró fijamente.

—Tiene que ver con Jeannie, ¿verdad? —dijo, al fin. Te molesta

que me vista así por algo relacionado con ella. Por algún motivo, te recuerdo a ella.

Kyle guardó silencio tanto rato que Maggie pensó que no respondería.

Finalmente, asintió con la cabeza.

—Ella es la causa de que no quiera que te vistas así y por lo que quiero que te mantengas alejada de los hombres.

—Jeannie se vestía provocativamente —adivinó Maggie.

Kyle asintió.

—Y más cosas.

—¿Más?

Kyle asintió una vez más y se volvió a mirar por la ventana, apoyándose en el alféizar.

—Ya te dije que Jeannie quería el dinero del rancho, no a su dueño.

—Sí —Maggie lo miró escrutadoramente y tuvo un mal presagio.

—Pero no te conté cómo lo había descubierto.

Maggie sacudió la cabeza pero Kyle no la vio. Seguía mirando hacia fuera, ¿o acaso hacia el pasado?

—Volví una tarde a casa para celebrar con Jeannie las ventas de un mercado de ganado. Ella estaba pasando aquí unos días. Cuando entré en el dormitorio, la encontré con uno de mis hombres.

—¡Oh, Dios mío! —Maggie no tuvo palabras para expresar su horror.

—Los oí y subí las escaleras sin hacer ruido. Habían dejado la puerta abierta.

Kyle hizo una pausa.

Maggie se aproximó a él. Quería tocarlo, confortarlo de alguna manera, pero no sabía si Kyle la rechazaría. Parecía absorto en sí mismo.

—Reían y charlaban sobre el dinero que tendría cuando se casara conmigo y en las posibilidades que tenían de seguir viéndose si eran suficientemente discretos.

Cuando Jeannie me vio en la puerta, se quedó de piedra.

Maggie alargó la mano y tomó la de Kyle. Hubiera hecho cualquier cosa por mitigar su dolor.

—Lo siento —susurró.

—Yo también lo sentí —Kyle suspiró profundamente y se volvió

a mirar a Maggie—. No sólo perdí a mi prometida sino a uno de mis mejores hombres. Y traté tan mal a otros dos que me abandonaron. Nunca más pasaré por algo así, por eso te he pedido que te alejes de los hombres. ¿Me comprendes ahora?

Maggie asintió.

—No sólo te comprendo sino que estoy de acuerdo contigo. ¿Por qué no me lo explicaste desde el principio?

—No tenía por qué darte explicaciones —dijo Kyle fríamente.

Maggie se sintió abofeteada. Soltó la mano de Kyle y dio un paso atrás.

—Claro que no. Ni entonces ni ahora. Pero gracias por habérmelas dado.

Cuando comprendo algo, sé aceptar órdenes y reglas. Lo que no puedo soportar es no entender lo que se me exige.

—Maggie, yo…

—No, como jefe tenías derecho a pedirme que me vistiera de cierta manera.

Ahora mismo me cambio. Si me disculpas….

Maggie apartó la vista con gesto digno. La frialdad de la respuesta de Kyle la había humillado. Si la dejaba sola se pondría unos vaqueros y una camisa de manga larga. Y desde ese momento se apartaría de su camino. ¡No pensaba ser motivo de más quejas!

—¿Vas a quedarte?

—Sí. Tengo que quedarme un poco más, pero desde ahora usaré vaqueros…

No tenía dónde ir. No tenía ni casa ni trabajo. Pero aquél había sido un toque de atención para recordarle que debía pensar en otras posibilidades. Estaba a la merced de aquel hombre y de haber sido despedida, no habría sabido qué hacer. No podía permitirse estar en una posición tan vulnerable.

—Nos vemos abajo —Kyle cruzó la habitación.

Maggie esperó a oír alejarse sus pisadas antes de ir a cerrar la puerta. Era su día libre y no tenía responsabilidades en el rancho. Bajaría más tarde a comer algo pero, por el momento, evitaría encontrarse con Kyle Carstairs.

Deshizo la maleta sin dejar de pensar en la respuesta de Kyle: «No tenía por qué darte explicaciones». Tenía razón, pero, si la tenía, ¿por qué se sentía tan dolida?

¿Acaso había esperado algo más después de los besos que habían compartido? Kyle se había ofrecido a proporcionarle experiencia para ayudarle con el libro. Se sentía atraído por ella, pero eso era todo, pura y simple atracción sexual. Para él, no significaba nada más. ¡Y tampoco significaría nada más para ella!

Sacó una vieja camiseta de algodón, se la abrochó hasta el cuello y encontró unos viejos vaqueros que le quedaban grandes. Sacudiéndose el polvo de los pies, se echó sobre la cama y, mirando al techo, se puso a pensar en lo que Kyle le había contado.

¡Maggie le hacía enfadar en algunas ocasiones de tal manera que podría sacudirla! Había estado a punto de marcharse sólo porque él le había ordenado ponerse unos pantalones, sin ni siquiera pedirle explicaciones. Kyle entró en el despacho como una furia y se dejó caer sobre una silla. Miró hacia el ordenador de Maggie y vio que seguía encendido. ¡Aquella mujer acabaría con la paciencia de un santo!

Echó la silla hacia atrás y miró al techo. ¿Estaría Maggie cambiándose de ropa o habría decidido marcharse? A Kyle hubiera gustado que… No sabía qué quería.

Maggie lo alteraba y ésa era una sensación que no le gustaba. No era más que un ama de llaves temporal y ni siquiera hacía bien su trabajo. Quizá lo mejor sería que se marchara. Él ya le había proporcionado suficiente experiencia para que su libro mejorara. Y si las cosas entre ellos no se enfriaban, temía empujarla más allá de lo que ella quería y acabar los dos desnudos sobre la cama, besándose todo el cuerpo.

A medida que pasaban los minutos y no oía ningún ruido en el piso superior, Kyle se fue poniendo nervioso. Quizá había sido demasiado brusco, pero la imagen de Jeannie con Walt Hamilton no se iba de su mente. Kyle había visto la actitud de Lance con Maggie y no quería que hubiera nada entre ellos. De otra manera, tendría que despedirlos a ambos. Y Lance era un capataz demasiado bueno como para perderlo.

¿Se mantendría Maggie alejada de Lance sabiendo las razones por las que se lo pedía? ¿Se alejaría de Kyle? ¿Dónde estaba? Kyle se levantó y salió al vestíbulo.

Miró hacia el piso de arriba y vio que la puerta de su dormitorio estaba cerrada.

Por un instante pensó en la posibilidad de llamar y exigirle que le abriera, pero se contuvo. Algo le dijo que no sería bien recibido.

Volvió al despacho y se acercó al ordenador. Si Maggie no iba a trabajar más, debía apagarlo. Pero al ver las palabras en la pantalla, vaciló. Pulsó la tecla del cursor, lo llevó hasta el inicio y comenzó a leer.

Sacudió la cabeza. Nunca había leído una novela de amor, pero sí mucha literatura y no creía que la calidad de la escritura fuera menor. Sin embargo, el estilo de Maggie no era bueno. Los personajes parecían figuras de cartón, se movían con artificialidad, sin emoción. Y Kyle, al descubrirlo, se entristeció. Maggie deseaba tanto escribir y tenía tantos planes relacionados con que la publicaran… Si aquélla era una muestra, Kyle estaba seguro de que le quedaba un largo camino que recorrer.

Leyó atentamente el párrafo en el que el héroe besaba a la heroína por primera vez. Al menos no lo describía como agradable y tenía cierto estilo. Quizá el problema de Maggie era no tener suficiente experiencia. Kyle se preguntó si la pareja de la novela se pelearía como acababan de hacer ellos. ¿Cómo se comportarían, seguirían enfadados o se reconciliarían?

Kyle sintió curiosidad por saber cómo pensaba Maggie desarrollar la historia y si lograría darle vida. Cuando llegó al final, salvó todo el documento por si ella no lo había hecho y apagó el ordenador. Sentado en la silla que ocupaba Maggie, miró por la ventana y se preguntó si sería una mera coincidencia que el héroe tuviera rasgos similares a él. Maggie había comenzado el libro antes de llegar a Rafter C, pero era evidente que el personaje y él se parecían, aunque el héroe de ficción resultara una versión más amable de Kyle, más próximo a los deseos de una mujer. ¿Estaría usándolo Maggie como modelo de su héroe? ¿Cuánto tardaría en acabar el libro, mandarlo a una editorial y descubrir si tenía suerte? ¿Cuánto tiempo se quedaría?

Para cuando Maggie bajó, era de noche y al no ver a Kyle, fue a la cocina a hacerse un sándwich y a tomar una limonada. Cuando volvía con una bandeja a su dormitorio, la detuvo la voz de Kyle.

—Ven al porche, Maggie. Hace una noche preciosa.

Maggie vaciló. Estaría más segura en su dormitorio. ¿Estaba dispuesta a enfrentarse una vez más al león antes de acabar el día?

—¿Maggie? —la voz sonó seductora, incluso suplicante.

—De acuerdo —Maggie se dirigió al porche y Kyle le sujetó la puerta—. ¿Has comido? —le preguntó a Kyle al tiempo que se sentaba.

—Hace un rato. También yo me he hecho un sándwich. He comido mucho en casa de mi hermana.

—¿Es ahí donde has estado?

Kyle no había estado en casa de Gillian y saberlo hizo que Maggie se sintiera mejor.

—He ido a verla a ella y a su marido a Laramie.

—El hombre al que ordenaste que se alejara de ella —recordó Maggie.

—Sí. Pero sólo antes de que se casaran. Evidentemente, no me escuchó.

—¿Son felices?

—Mucho. Pasar con ellos más de una tarde es casi insoportable —dijo Kyle con tristeza.

Maggie mordisqueó el sándwich pensando que, después de lo ocurrido con Jeannie, comprendía lo doloroso que debía resultarle a Kyle estar cerca de su hermana. También ella a veces tenía sensaciones parecidas. Había hecho planes para casarse y tener una vida muy distinta a la que había tenido con su padre. Y al final el único hombre al que había creído amar se comportaba como él. Sin embargo, aunque a veces envidiaba la felicidad ajena, se esforzaba por conservar la esperanza. Algún día encontraría el amor. Y si no era así, siempre le quedaba la literatura.

—Y tu hermano también está casado, ¿no es cierto? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí. Con una mujer menuda que lo tiene dominado y a la que adora.

—¡Qué suerte! —Maggie sonrió.

A ella también encantaría cautivar a un hombre. Alguien dispuesto a compla-cerla todo el tiempo o al menos a respetar y valorar sus decisiones.

—A Rafe parece gustarle.

—¿Y a ti no te gustaría?

—Probablemente no.

—¿Vienen al rancho a menudo? ¿No me dijiste que era de los

tres?

—Y así es. Rafe y Charity vienen en otoño. Les gusta venir para la temporada de fútbol y luego quedarse un fin de semana. Ángel suele venir en verano durante varias semanas. Este año no sé qué hará. Jake y ella se han casado hace sólo dos meses.

—Pero eres tú quien verdaderamente dirige el rancho, ¿no es cierto?

—¿Maggie, te intereso como persona o como héroe para tu novela? —preguntó Kyle repentinamente.

Maggie estuvo a punto de atragantarse.

—¿Mi libro? —una luz de alarma se encendió en su cerebro.

—Lo he leído mientras estabas arriba.

—¿Has leído mi libro? —Maggie dejó el sándwich en el plato—. ¿Quién te ha dado permiso? Falta mucho para que esté acabado y no quiero que lo lea nadie.

—Demasiado tarde. Ya lo he leído. Pero no estoy convencido de que me guste el héroe.

Capítulo 8

—¿No lo escribes para que lo lean otros? —preguntó Kyle.

—Pero no está terminado.

Él se encogió de hombros.

—Te has dejado el ordenador encendido.

—¡La próxima vez contrólate y aléjate de mi ordenador! —Maggie se mordió el labio. Sentía curiosidad por saber qué sentimientos evocaba la lectura del libro—. ¿Te ha gustado? —preguntó finalmente, conteniendo la respiración en espera de su primera crítica.

Kyle vaciló.

—Es horrible, ¿verdad? —gimió Maggie. Sabía que todavía no podía mandarlo a ninguna editorial, pero le costaba creer que fuera tan malo como para que Kyle no pudiera decir nada positivo.

—Es un poco artificial. Le falta profundidad a los personajes. Y la escena en que se besan no tiene fuerza.

—Todavía no he encontrado el estilo adecuado —balbuceó Maggie, desilusionada.

—Ven —Kyle se levantó y abrió la puerta.

—¿A dónde? —dijo Maggie, obedeciendo y entrando en la casa.

Kyle la condujo hasta el despacho, encendió el ordenador y la obligó a sentarse.

Él ocupó una silla a su lado.

—Busca la escena del beso —dijo.

Maggie, ruborizada, obedeció y leyó la escena. Kyle tenía razón, le faltaba fuerza, no tenía nada que ver con lo que ella quería expresar. ¿Por qué le costaba tanto?

—Ahora, mírame —dijo Kyle.

Maggie se volvió obedientemente. Kyle le sonrió y, sujetándola por la barbilla, rozó con sus labios los de ella y luego se echó hacia atrás.

—¿Qué te ha parecido?

—Muy bien.

—Me refiero a cómo te sientes.

El corazón de Maggie se había acelerado como si acabara de participar en una carrera, en la barbilla sentía un cosquilleo allí

donde Kyle le había tocado, tenía los ojos nublados y se asía con fuerza a los brazos de la silla para evitar abrazar a Kyle y pedirle que la ahogara en besos.

—¿Sin aliento? —preguntó, en voz alta.

Kyle arqueó una ceja y sonrió.

—Escribe eso.

—¿Qué?

—Describe el beso y lo que te ha hecho sentir —dijo Kyle, observándola.

Maggie se volvió hacia el ordenador e intentó capturar las sensaciones que el beso le había provocado. Sus dedos se movían con torpeza. Pulsaba constantemente la tecla equivocada pero, poco a poco, logró escribir las palabras que se aproximaban a cómo se sentía.

—Siguiente —dijo Kyle.

—¿Siguiente? —Maggie lo miró por encima del hombro.

—Siguiente beso —Kyle la hizo girarse y se inclinó sobre ella. Con su lengua recorrió los labios de Maggie, mordisqueándoselos cuando ella los entreabrió. De pronto, se echó hacia atrás con expresión satisfecha.

—Escribe cómo te sientes.

Maggie se quedó mirando a la pantalla con la mente en blanco. Lentamente comenzó a escribir las palabras que describían el fuego que corría por sus venas, el anhelo que se adueñaba de su interior, la deliciosa intensificación de los sentidos que Kyle causaba en ella.

—Siguiente.

Maggie respiró profundamente, llena de una embriagadora expectación.

¿Cuántos más besos habría? Si cada uno era más erótico que el anterior llegaría un momento en que estaría demasiado mareada como para escribir. Giró la silla y miró a Kyle.

—Siguiente —confirmó.

Kyle la observó largamente con una mirada de fuego que abrasó a Maggie. Muy despacio, acarició su cabello de seda y sujetándola por la nuca, la obligó a inclinar la cabeza, todo ello con tanta lentitud que Maggie se impacientó. Kyle, notándolo, sonrió felinamente y la atrajo hacia sí. Sus alientos se mezclaron antes de unir sus bocas y Maggie creyó morir de deseo.

—Kyle —susurró, jadeante.

—La provocación añade sensualidad —musitó él, tocándole la comisura de los labios con la lengua.

Maggie intentó acercarse más, pero Kyle se lo impidió.

—Todavía no.

—Sí —susurró ella, sujetándolo por las muñecas y tirando de él.

—Siempre hueles a rosas. ¿Es tu cabello, tu cuerpo o tu olor natural? —

preguntó él, dejando una sucesión de besos sobre la línea de la mandíbula de Maggie.

Ella gimió quedamente y cerró los ojos para gozar más plenamente de aquel instante.

—¿Estás tomando nota de todas las sensaciones para poder ponerlas en el libro?

—preguntó Kyle al tiempo que posaba sus labios sobre los de ella.

Maggie perdió el sentido del tiempo y del espacio, dejándose absorber por la ola de calor que se propagaba desde la boca de Kyle hasta la suya.

—Escribe —dijo Kyle, con la respiración entrecortada.

Maggie sacudió la cabeza, pero no logró despejarla. Miró a la pantalla del ordenador y de nuevo a Kyle. Incorporándose a medias, se desplazó de su asiento al regazo de Kyle y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Bromeas, ¿verdad? —dijo, posando delicados besos en la mejilla de Kyle—.

Sería incapaz de escribir una palabra.

Su boca alcanzó la de él y suspiró aliviada cuando Kyle la estrechó con fuerza contra su pecho y le devolvió el beso.

Kyle bajó las manos a sus caderas y recorrió la parte externa de sus muslos, mascullando algo sobre la mala suerte de que se hubiera quitado la falda.

Maggie rió suavemente.

—Si no recuerdo mal, tú me lo has mandado.

—¡Qué orden tan estúpida! —dijo él, besándole el cuello, lamiéndole la pulsante vena de la base de la garganta. Llevó una mano hacia adelante y comenzó a desabrocharle los botones—. Prefería la otra camiseta.

—Antes has dicho lo contrario —musitó Maggie, mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Con una mano le acarició el cabello y con la otra imitó sus movimientos y comenzó a desabrochar la camisa de Kyle.

Él reclamó de nuevo su boca, concluyendo la charla. Cuando Maggie sintió el fresco de la noche en la piel se dio cuenta de que Kyle le había quitado la camiseta. Él fue a soltarle el sujetador.

—No —Maggie se irguió y, cruzando los brazos sobre el pecho, miró a Kyle con gesto amedrentado.

—Sólo esto —dijo Kyle, desabrochándole el sujetador y quitándoselo lentamente. Maggie movió los brazos y Kyle tiró la prenda de encaje y seda al suelo.

Tomó las manos de Maggie y se la apartó del cuerpo para poder admirarla. Después, con tanta lentitud que Maggie apenas notó que se movía, la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos entraron en contacto: sus senos contra el torso de Kyle, sus curvas contra su dureza, el calor de ambos fundiéndose en uno.

—Eres una mujer hermosa, Maggie Foster —susurró el a su oído, acariciándole la espalda.

—Y tú eres un ranchero irresistible, Kyle Carstairs.

—Acuérdate de cómo te sientes para tu libro —dijo Kyle.

—Lo recordaré.

Pero Maggie pensó que lo recordaría para sí misma, no para el libro. Jamás olvidaría aquellos instantes. El placer de estar sentada sobre Kyle, moviendo su cuerpo con el de él, aprendiendo lo que significaba ser mujer. No había nadie en el mundo como Kyle, y ella lo amaba.

Por un instante se quedó sin respiración, en suspenso. Luego sonrió y se relajó en los brazos de Kyle. Acababa de descubrir por qué le gustaban sus besos y que la tocara. ¡Estaba enamorada de él! Y era normal que le gustara demostrarle su afecto.

Y aún quería más: quería aprender todo lo que Kyle pudiera enseñarle, y mostrarle cuánto lo amaba.

Cuando Kyle le dio un beso profundo, Maggie respondió apasionadamente, entregándose a aquel abrazo con toda su alma. Sabía que nunca olvidaría aquella noche.

Kyle se desplazó hacia su hombro para besárselo y Maggie sonrió, sintiendo el cosquilleo que sus labios producían en su piel.

—Te amo —susurró, llena de amor.

Kyle reaccionó como si le hubiera tirado una jarra de agua fría. Irguiéndose bruscamente la sujetó por los brazos y la separó de sí hasta poder mirarla a los ojos.

—¿Qué has dicho? —dijo fríamente.

Maggie lo miró atónita.

—Te amo —balbuceó.

—Te equivocas. No confundas el sexo con el amor —dijo él, apretándole los brazos.

—No me equivoco. Creo que me he ido enamorando de ti desde que llegué al rancho.

—No me lo puedo creer. Has venido aquí a trabajar, no ha intentar conquistarme.

—No intento conquistarte. Te amo —dijo ella, con firmeza—. No te pido nada.

—Claro que sí. Siempre se empieza con palabras de amor y se acaba exigiendo algo. Ya te advertí que entre nosotros sólo había atracción física. No me coloques en un pedestal, Maggie. Si no puedes aceptar la situación dilo, pero no intentes aplacar tu conciencia con bonitas palabras.

Kyle se levantó y cruzó la habitación para marcharse. Al llegar a la puerta se volvió, fulminándola con la mirada.

—No me lo creo.

—¿El qué? —Maggie se dio cuenta repentinamente de que estaba semidesnuda y se agachó para recoger la camisa. ¿Cómo podían dos palabras haber causado tal terremoto?

—No me creo eso del amor. Cuando he vuelto esta tarde estabas coqueteando con Lance y todos los demás hombres. Ahora, después de unos cuantos besos, me dices que estás enamorada de mí. No me lo creo, cariño. Puede que te guste la idea de que cuide de ti para el resto de tu vida. Y al ver que nuestros besos no estaban tan mal has decidido arriesgarte.

—¡Cállate! ¡No tienes ni idea! Tú fuiste quien sugirió que practicáramos para proporcionarme experiencia. Incluso esta noche me has hecho escribir lo que sentía.

Todo empezó por tu parte como una lección.

—Así es, y tú aceptaste tener un romance.

—Yo no he planeado enamorarme de ti.

—Pero te ha resultado muy conveniente.

—¡Deja de comportarte tan cínicamente y olvídate de lo que he dicho! Tienes razón: he sido una estúpida enamorándome de ti. Tú no puedes dar amor a nadie.

Prefieres seguir lamentándote de lo que ocurrió con Jeannie. Ahora crees que todas las mujeres son como ella.

Maggie echó la cabeza hacia atrás. No sabía como librarse del dolor que sentía en el pecho. Había tardado toda la vida en encontrar el amor y cuando daba con él, ni la creía ni la correspondía.

—Como intento no ha estado mal —comentó Kyle, clavando la mirada en ella.

Tras encogerse de hombros, Maggie se agachó para recoger el sujetador y se lo metió en el bolsillo.

—Piensa lo que quieras, pero yo no voy a quedarme a escucharte.

Cruzar la habitación fue un suplicio, pero logró no titubear. Conseguiría llegar a la seguridad de su dormitorio antes de hundirse. No estaba dispuesta a que aquel ranchero petulante y engreído descubriera cuánto la había herido.

Kyle la observó salir de la habitación y escuchó alejarse sus pisadas. No podía moverse. En su interior se removían sentimientos oscuros y peligrosos. ¡Cómo se atrevía Maggie a intentar convencerlo de que lo amaba! ¿Acaso lo consideraba estúpido?

Necesitaba una copa. Al salir del despacho se detuvo bruscamente y ladeó la cabeza. ¿Qué era aquel ruido? Cerró los ojos y apretó los puños. Maggie estaba llorando. ¿Por qué confundía la pasión con el amor? ¿Habría realmente interpretado la intimidad que habían compartido como algo más elevado? ¿Realmente creía lo que le había dicho o no era como Jeannie y sólo estaba contrariada porque su plan no había funcionado?

Entró en la cocina violentamente y, sacando el whisky, se sirvió un vaso. Sentía una opresión en el pecho.

No debía haber permitido que Maggie se quedara. Desde un principio había sabido que no era la persona adecuada para el trabajo pero llevaban tanto tiempo sin cocinera que no pudo resistirse. Debía haberla echado el primer día, o al menos después de la primera comida. O cuando olvidó secar la ropa. O después del

primer beso.

Su gran error había sido besarla. ¿Es que era un completo idiota o realmente había creído que podrían pasarlo bien juntos y luego separarse sin recriminaciones por ninguno de los dos lados?

Hacía diez minutos hubiera hecho el amor con Maggie sin titubear. Aún la deseaba. Podía sentir el tacto de su piel bajo sus dedos. Sus labios hubieran querido sentir los de ella durante toda la noche.

Tal vez era injusto culpándola por creer que estaba enamorada. Él había actuado con seguridad y ella era inocente e inexperta. Había confundido la pasión y la lujuria con otra cosa. Desde ese momento, se mantendría alejado de Maggie.

Mantendrían una relación meramente profesional. Y lo primero que haría por la mañana sería llamar a la agencia para pedir que mandaran otra ama de llaves.

Maggie se quedaría sólo hasta que llegara su sustituía.

Satisfecho con la idea de que las cosas volverían a su cauce, Kyle enjuagó el vaso y se fue a la cama. Quería olvidar aquel día cuanto antes.

Al pasar junto a la puerta de Maggie prestó atención por si oía algo. Silencio.

Kyle hubiera querido llamar y comprobar que Maggie estaba bien, pero temió ser malinterpretado.

Continuó hasta su habitación y cerró la puerta tras de sí, esforzándose por borrar de su memoria las dulces palabras de amor de Maggie.

Maggie preparó huevos revueltos con bacón. Ya había servido las tostadas y el zumo de naranja. Estaba furiosa por haber llorado la noche anterior y tener los ojos hinchados y rojos, y quería marcharse antes de que llegaran los hombres. Intentó disimular los efectos del llanto con agua fría, pero no había servido de nada.

Miró de reojo al reloj. Quería que los huevos se hicieran más deprisa. Solo quedaban unos minutos para que Billy, Jack y el resto de la tropa llegaran. Y

especialmente, Kyle, al que quería evitar por encima de todo. Su confesión del día anterior la avergonzaba hasta la náusea. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Y lo peor no era que Kyle la considerara estúpida, sino ambiciosa y manipuladora.

Maggie revolvió los huevos y puso más pan a tostar. El café ya estaba listo, igual que todo lo demás. Sólo le faltaban los huevos….

—Buenos días —oyó a Kyle saludarla desde la puerta.

—Buenos días —respondió ella, sin apartar los ojos de la sartén. No pensaba salir corriendo porque él hubiera llegado antes de lo esperado.

Kyle fue hasta el fogón y se sirvió café. Maggie se negó a mirarlo. Siguió concentrada en los huevos y en los ruidos del exterior. Los hombres no se acercaban.

—Maggie, respecto a lo de anoche…

—Lo siento, necesito esa fuente —Maggie llevó la sartén hasta la fuente que había calentado y volcó en ella los huevos. La dejó en el centro de la mesa y miró al reloj. Las últimas tostadas saltaron del tostador y Maggie las añadió a la cesta que mantenía caliente en el horno. Fuera, se oía el murmullo de voces de los hombres.

—Maggie —dijo Kyle.

Maggie dejó la cesta sobre la mesa, se cercioró que todo estaba en su sitio e, ignorando a Kyle, se dirigió hacia el vestíbulo.

—¿Dónde vas?

—Ya he desayuno —mintió Maggie, dándose prisa para evitar que Kyle la detuviera. Corrió a su dormitorio y cerró la puerta. Lo había conseguido, había superado la primera prueba.

Un golpeteo en la puerta la sobresaltó.

—Abre la puerta, Maggie.

—Déjame —Maggie se acercó a la ventana. ¿Qué pretendía Kyle, acabar con ella?

Kyle abrió la puerta pero no entró.

—Maggie, quiero hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. Ve a desayunar.

—¿Es verdad que has tomado algo?

—Ya desayunaré más tarde. Tú ve ahora, antes de que se enfríe —dijo Maggie, jugando nerviosamente con la cortina.

Oyó los pasos de Kyle cruzando la habitación y se puso tensa. No se sorprendió cuando él le puso la mano en el hombro y la hizo volverse. Con un dedo, Kyle le obligó a levantar la barbilla y mirarlo.

Maggie estaba dolida. Ella lo amaba y él no la creía.

—Siento haberte hecho llorar.

—Kyle, si quieres decirme algo, dímelo y márchate. No necesito que me compadezcas —dijo Maggie, empezando a enfurecerse. No quería humillarse más.

No se arrepentía de estar enamorada de Kyle, sólo de habérselo dicho.

—Ayer perdimos el control. Se suponía que estábamos trabajando para tu libro.

Maggie asintió. ¡Qué ironía! Para ella el libro no tenía ninguna importancia en ese momento. Hubiera querido que Kyle dejara de tocarla, le impedía pensar.

—Y puede que los sentimientos se exageraran —continuó Kyle.

Maggie asintió y Kyle dejó escapar un suspiro.

—No estoy mejorando las cosas, ¿verdad?

Maggie sacudió la cabeza.

—Ven a desayunar —dijo él.

—No. Bajaré cuando os hayáis marchado —Maggie se separó de él y pudo volver a respirar.

Kyle fue a decir algo, pero reflexionó y se encaminó hacia la puerta.

Maggie siguió el sonido de sus pisadas. Cuando se alejaron, miró por la ventana. ¡Deseaba tanto que él dijera algo que demostrara que no le era totalmente indiferente! Pero no lo había hecho. Y en cuanto los hombres se marcharan, ella llamaría a la agencia para que mandaran una sustituía.

Kyle no se marchó hasta después de las nueve. Maggie estaba muerta de hambre. Apenas había dormido en toda la noche y mientras preparaba el desayuno sólo había probado dos bocados de bacón. Fue a la cocina y fregó antes de prepararse una tortilla. Pero para cuando se sentó a comer había perdido el apetito. Hubiera dado cualquier cosa por volver las agujas el reloj al día anterior y cambiar los acontecimientos. De poder hacerlo, no admitiría estar enamorado de Kyle, ni habría consentido que Kyle la besara.

Después de recoger la cocina, fue al despacho a llamar a la señora Montgomery.

—Hola, querida. ¿Llamas para que te busque otro trabajo? —preguntó la señora Montgomery cuando Maggie se presentó.

—Sí. Y querría que mandara otra ama de llaves al rancho Rafter C.

—El señor Carstairs ya ha llamado esta mañana. Estoy buscando a alguien pero ya le advertí que no sería fácil. Me ha sorprendido que dijera que se puede quedar hasta que encontremos una sustituía.

Kyle se había adelantado a Maggie y saberlo le hizo sentirse mortificada. Le hubiera gustado colgar con un grito de rabia, pero mantuvo la calma.

—¿Sigue queriendo marcharse antes de que llegue la sustituía? —preguntó la señora Montgomery.

—¿Qué? Sí, quiero marcharme en cuanto encuentre otro trabajo para mí.

Maggie no pensaba permanecer en el rancho ni un minuto más de lo imprescindible, pero por el momento, necesitaba dinero y alojamiento.

—Muy bien, señorita Foster, la llamaré en cuanto encuentre algo.

Maggie debía conformarse con eso. Sabía que la señora Montgomery no la valoraba particularmente, pero había llegado el momento de demostrarle que era capaz de hacer bien su trabajo.

Se sentó frente al ordenador. No iba a obsesionarse con hacer las cosas tal y como Kyle las quería. Después de todo, había dejado claro que no la quería en el rancho.

Cuando se puso a leer la novela se olvidó de parte de los problemas que la acuciaban para concentrarse en la necesidad de mejorar sus personajes. Tenía que acabar el libro y mandarlo a una editorial lo antes posible.

Al oír el teléfono levantó la vista. Llevaba mucho tiempo trabajando y era hora de preparar el almuerzo. Maggie salvó el documento y contestó el teléfono.

Unos minutos más tarde entraba en la cocina como una exhalación. Los hombres estaban a punto de llegar y todavía no había preparado la comida. La hermana de Kyle la había entretenido al teléfono más de lo que había calculado y tuvo que limitarse a hacer a toda prisa unos sándwiches de jamón. Oyó el ruido de caballos y las voces de los hombres. Mientras comían el primer sándwich, les prepararía el segundo. En unos segundos había preparado la suficiente comida como para que se llenaran. Los recibió con una amplia sonrisa.

—Te hemos echado de menos en el desayuno —dijo Billy.

—Me he levantado temprano. Os prepararé más sándwiches en seguida.

Servios té y café —dijo Maggie, volviéndose para seguir trabajando.

Kyle entró y, sin decir una palabra, comenzó a comer.

A Maggie no le costó ignorarlo al tener a los demás hombres por compañía y pronto pudo relajarse y bromear con Jack y Billy, al tiempo que seguía preparando sándwiches para los hombres hasta asegurarse de que todos quedaban satisfechos.

—Frena, chica, vas a terminar agotada —dijo Lance en cierto momento, arrastrando las palabras y mirando a Maggie y a Kyle alternativamente.

—No te preocupes. Es que voy un poco retrasada.

—¿Has vuelto a distraerte? —preguntó Kyle, de mal humor.

—No. Me ha retrasado una llamada de tu hermana. Ella y su marido vienen la semana que viene. Me ha pedido que te diga que seas amable con Jake —replicó Maggie cortante, al tiempo que servía té a Lance.

—Ángel te va a gustar —comentó Lance—. Siempre ayuda con el trabajo de la casa.

—Por teléfono me ha parecido muy amable —Maggie miró hacia la izquierda de Kyle—. ¿Qué dormitorio les preparo?

—El que está frente al tuyo. Ángel te ayudará con las comidas mientras esté aquí.

—Por lo que ha dicho, tengo la impresión que ella y Jake están deseando montar a caballo.

—¿Podrás hacer comida para dos más?

Maggie se encogió de hombros, abrió una bolsa de patatas fritas y se la pasó a Pete.

—Seguro que sí —dijo, y se mordió la lengua para no añadir: «al menos mientras me quede».

Quería marcharse de Rafter C y encontrar un lugar donde refugiarse para poder escribir y recuperar la calma. Debía haber aprendido con Don, pero había necesitado a Kyle para completar la lección.

El amor, el matrimonio y los finales felices sólo existían en los libros. En el futuro, no lo olvidaría.

Capítulo 9

Maggie estaba guardando un capítulo en el momento en que Kyle entró en el despacho. Levantó la cabeza con expresión culpable y miró el reloj. ¡Debía haber empezado a preparar la cena hacía media hora! Se levantó precipitadamente y se dirigió hacia la puerta.

—Tienes una carta —Kyle le entregó un sobre.

Maggie vaciló, sorprendida.

—Nadie sabe dónde estoy —dijo en voz baja, acercándose a recogerlo. Su antigua dirección aparecía tachada y sustituida por las señas del rancho. El corazón se le encogió: era una carta de su padre.

—Gracias —la tomó y la metió en el bolsillo trasero. La leería después de cenar.

Por más que Maggie se esforzó en estar relajada, la cena le resultó un suplicio.

Toda su atención estaba centrada en Kyle, quien se limitó a comer sin tomar parte en la conversación. En cuanto acabó, se fue al despacho y, aunque sus hombres no se atrevieron a hacer ningún comentario, sus rostros de perplejidad mostraban el desconcierto que les causaba el comportamiento de su jefe.

Maggie fregó y, en lugar de ir directamente a su dormitorio, decidió dar un paseo. El aire del atardecer la despejó y decidió leer la carta de su padre. En cuanto volvió a ver su letra, su ánimo se oscureció. Había algo en ella que le recordaba a Kyle. Los dos eran autoritarios y dominantes. ¿Por qué se creerían con el derecho de intervenir en la vida de quienes los rodeaban?

Sacó las dos hojas del sobre. Su padre le exigía que volviera y olvidara sus locuras. Quería saber dónde estaba y por qué había desconectado el teléfono.

Concluía diciendo que Don había preguntado por ella y que si tuviera algo de sentido común no habría rechazado a un hombre como él.

Maggie releyó la carta buscando alguna indicación de que a su padre le interesaran sus sentimientos o quisiera conocer cuáles eran sus planes y sus esperanzas para el futuro, pero no encontró nada de

eso. Sólo una exigencia clara y concisa de que volviera.

Maggie respiró profundamente, guardó la carta en el sobre y éste en el bolsillo.

Nada había cambiado. Y aunque no le sorprendía, no podía evitar conservar una leve esperanza de que algún día su padre la escuchara y respetara su punto de vista, sus sentimientos y sus deseos.

Cuando Maggie llegó a la altura de la carretera se dio cuenta de que había oscurecido y la desconcertó haberse alejado tanto de la casa. Una vez más se había distraído y había andado más de lo que pensaba. Tenía que recorrer unos dos kilómetros sin luces que le alumbraran el camino. Si no tenía cuidado, se perdería.

Cuadrando los hombros, dio la vuelta y aceleró el paso.

Habían pasado sólo unos minutos cuando vio aproximarse unos faros. Unos segundos más tarde, Kyle detuvo la furgoneta a su altura y la miró con expresión enfadada.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿No te das cuenta de que ya es de noche?

—Sí —replicó Maggie, sin dejar de andar.

—Súbete, te llevo.

—No, gracias.

—Maggie, súbete antes de que te obligue a hacerlo a la fuerza.

Maggie vaciló unos segundos antes de acceder. La idea de caminar en la oscuridad no la seducía.

En cuanto se subió, Kyle dio la vuelta y aceleró.

—¿Has recibido malas noticias?

Maggie no contestó, aunque le hubiera encantado decirle que no era asunto suyo.

—¡Maggie!

—No son malas noticias, sólo el típico mensaje de mi padre insistiendo en organizarme la vida. No comprendo cómo no se da por vencido.

¿Cuándo se le metería en la cabeza que ya era una adulta capaz de tomar sus propias decisiones.

—No sabe dónde estás, ¿no es cierto? Estas señas las pusieron en el servicio de correos.

—No le he dicho dónde iba. No es de su incumbencia —dijo Maggie, altanera.

—Llámalo, Maggie. Dile dónde estás y dale el teléfono y las señas. Es lo menos que puedes hacer.

—No creo que tú tengas más derecho que él a decidir qué debo hacer. Déjame en paz, Kyle.

—No pretendo decirte qué debes hacer con tu vida, sólo me limito a decir que deberías llamarlo y dejarle saber dónde estás.

—Lo tendré en cuenta —dijo Maggie entre dientes. Si Kyle no estaba dándole una orden, le hubiera gustado saber qué nombre le daba a lo que estaba haciendo.

—Llámalo esta noche.

—Creo que sé perfectamente lo que debo hacer.

—Y yo tengo la impresión de que no tienes ni idea —dijo Kyle, deteniendo la furgoneta y apagando el motor.

—Pues te equivocas.

—Tal y como yo lo veo, creo que la equivocada eres tú —Kyle tomó a Maggie por los brazos y la atrajo hacia sí hasta casi sentarla sobre su regazo. Podía ver su rostro bajo la tenue luz que les llegaba desde la cocina—. Maggie, no puedes quedarte aquí. He llamado a la señora Montgomery y le he pedido que mande otra ama de llaves.

—Ya lo sé. Yo también la he llamado y me lo ha dicho. Me marcharé pronto.

—¿Y qué vas a hacer? No has durado ni en la oficina, ni en la tienda, ni en el restaurante de comida rápida.

¿Habría sido la señora Montogmery tan indiscreta como para compartir esa información con Kyle? En cualquier caso, no era un asunto que tuviera por qué discutir con él.

Maggie se revolvió para librarse de las manos de Kyle, pero él la retuvo con fuerza.

—Ya lo sé, pero como ama de llaves lo estoy haciendo mejor, así que buscaré un puesto similar. No te preocupes por mí. Si consigo que publiquen el libro, ganaré bastante dinero para mantenerme hasta que escriba el siguiente. Eso es lo que quiero hacer realmente.

Kyle guardó un prolongado silencio, sorprendido de la irritación que le causaba la idea de que Maggie encontrara otro trabajo como ama de llaves. No le gustaba imaginarla cocinando para otro hombre, ni que otro ranchero se ofreciera a enseñarle a besar. Y sin embargo, no podía consentir que se quedara. Maggie creía estar

enamorada de él. Debía hacer que se marchara antes que las cosas se complicaran aún más.

Cuando él se enamorara elegiría a una mujer como su madre. Alguien que mantuviera la casa inmaculada, fuera una magnífica cocinera y tuviera tiempo de cuidar a sus hijos, si los tenían. No quería una mujer soñadora, incapaz de cocinar más que comidas básicas y a la que le gustaba coquetear con los trabajadores.

Y sin embargo, al ver el gesto desafiante con que Maggie lo contemplaba en la penumbra, se le encogió el corazón. Era preciosa, tenía unos ojos grandes y luminosos, un cabello fino y suave y unos labios tentadores. Kyle respiró profundamente su aroma a rosas y la besó profundamente.

Cuando Maggie apoyó las manos en su torso y le arrugó la camisa con sus dedos para acercarlo aún más, algo dentro de Kyle se relajó obligándolo a estrechar a Maggie con fuerza entre sus brazos. Ella era la representación misma de la dulzura y de la inocencia, del encanto y la seducción. Y por el momento eso era todo lo que Kyle quería de ella.

—Vete a casa, Maggie —dijo Kyle con dulzura, interrumpiendo el beso.

Maggie se separó de él. Al abrir la puerta, la luz del piloto se iluminó.

—Me iré cuando tú encuentres una sustituía o yo otro trabajo. Hasta entonces, seguiré trabajando aquí…

Se bajó, dio un portazo y fue con paso firme hasta la casa. La sangre la abrasaba con el recuerdo del abrazo de Kyle. Debatiéndose entre la ira y el deseo, subió los peldaños y atravesó la cocina decidida a seguir escribiendo. Odiaba que Kyle intentara decirle lo que debía hacer.

Kyle era tan exigente como su padre y Maggie no comprendía cómo había llegado a creer que estaba enamorada de él. Las emociones que se arremolinaban en su interior en ese instante no tenían nada que ver con el amor. ¡Estaba furiosa! ¡Cómo se atrevía Kyle a creer que la seducía a su antojo! Ella le demostraría que estaba equivocado. No pensaba llamar a su padre y no se marcharía hasta que estuviera preparada para hacerlo.

Al día siguiente mandaría al editor lo que llevaba escrito. Era bastante como para dar una idea de la calidad de su escritura y de

sus posibilidades.

Cerró la puerta del despacho tras de sí esperando que Kyle se diera cuenta de que quería estar sola, pero se equivocó. Apenas se había sentado en su silla cuando él entró y fue directo a su escritorio.

Maggie no apartó la mirada del monitor, pero no conseguía concentrarse en la novela. Percibía cada movimiento de Kyle, cada crujido de su silla, cada cambio de postura. Podía imaginarlo frunciendo el ceño mientras leía, y creía percibir el ritmo pausado de su respiración. Maggie ansiaba mirarlo, pero se negó a sí misma ese placer. Ella estaba allí para escribir y eso era lo que pensaba hacer.

Escribió algunas palabras lentamente. Ni siquiera sabía qué hacía, pero no iba a consentir que Kyle lo supiera. Escribió algo más. Al día siguiente lo leería y decidiría si tenía algún sentido pero, por el momento, le bastaba aparentar que hacía algo y que el resto del mundo no tenía la menor importancia para ella.

La tensión entre ellos se podía palpar, cargaba el aire de electricidad. Maggie sentía los nervios como una cuerda tirante a punto de saltar. Miraba a la pantalla fijamente, intentando averiguar qué significaban las palabras que había escrito, pero toda su atención estaba concentrada en los sonidos procedentes del escritorio de Kyle. No pasaría nada por mirar sólo una vez en su dirección.

Lentamente giró la cabeza. Kyle la estaba mirando.

Sus miradas se encontraron y Maggie se ruborizó. No podía apartar los ojos de él. La ira se diluyó dejando lugar al dolor. Ella amaba a Kyle. ¿Por qué él no podía corresponderle con algo de afecto? ¿Por qué no le dejaba quedarse a explorar la atracción que había entre ellos y comprobar si también en él surgía el amor?

Kyle masculló algo, dejó el bolígrafo y salió de la habitación como una exhalación. Maggie se apoyó en el respaldo de su asiento con gesto cansado, guardó el capítulo en el que había trabajado y apagó el ordenador. Se daría un baño y se iría a la cama. Al día siguiente mandaría lo que llevaba escrito y cruzaría los dedos.

Durante los dos días siguientes, Maggie evitó a Kyle y sólo coincidieron en las comidas. Maggie consideró la posibilidad de llevarse el ordenador al dormitorio pero como Kyle no pareció

necesitar el despacho, acabó relajándose y escribiendo cómodamente. Fue a Cheyenne a hacer algo de compra y mandó los seis primeros capítulos. De paso, se acercó a la agencia de colocación y le dijo a la señora Montgomery que quería otro trabajo como ama de llaves.

Maggie no llamó a su padre, pero le escribió una nota en la que le explicaba que estaba trabajando en un rancho y que se encontraba bien. Sin embargo, no le mandó las señas puesto que no iba a estar allí mucho más tiempo. Cuando se mudara, le daría su nueva dirección.

Al tercer día de haber mandado la novela, Maggie oyó un coche a media tarde.

Aquella mañana se había levantado con tanta energía que había limpiado la casa, había puesto dos lavadoras y tenía un guiso cocinándose en el fogón. Para la cena había pensado hacer pan casero y una tarta de chocolate.

Miró por la ventana con curiosidad por si era la hermana de Kyle, a la que esperaban ese mismo día.

El jeep se detuvo delante de la puerta y en unos segundos una mujer alta y rubia entró en la cocina seguida de un hombre también alto y moreno. Los dos vestían pantalón vaquero y camiseta, y tenían un aspecto desenvuelto y feliz.

—¡Hola! Tú debes ser Maggie. Yo soy Angélica Morgan.

La hermana de Kyle era simpática y agradable; estrechó la mano de Maggie y le presentó a su marido, Jake. Éste la miró con interés al tiempo que le estrechaba la mano, y Maggie estuvo segura de que debía ser un buen policía. Por unos instantes la atención de Jake se concentró en Maggie. Era extremadamente alto y muy atractivo, y por la forma amorosa en que Angélica lo observaba, Maggie supo que su mujer lo adoraba.

Maggie, sintiéndose extraña al actuar como anfitriona en el hogar de Angélica, les ofreció algo de beber.

—Nos gustaría montar antes de la cena. ¿Dónde podemos dejar nuestras cosas?

—preguntó Angélica después de tomar un té helado.

—En el piso de arriba, a la izquierda.

—Me alegro. Es mi antigua habitación. Vamos, Jake, voy a enseñarte el escondite al que huía cada vez que quería escaparme

del mandón de Kyle.

Mientras acababa la tarta, Maggie sonrió para sí al darse cuenta de que no era ella la única en encontrar autoritario a Kyle, y recordó que él le había mencionado los esfuerzos que había hecho por alejar a Jake de Angélica. En el fondo se parecía a su padre, pero ninguno de los dos conseguía ser obedecido.

A la mañana siguiente, Angélica invitó a Maggie a montar con ellos.

—Ven con nosotros. Kyle va a enseñarnos el nuevo estanque. Lo pasaremos en grande. Podemos hacer unos sándwiches y comer por ahí.

—No lo sé, tengo mucho que hacer.

—Kyle, dile que venga con nosotros. Le sentará bien ver el rancho —dijo Angélica, animando a su hermano.

Él miró a Maggie con semblante inexpresivo.

—Ven si quieres.

Maggie vaciló. Tenía la sensación de llevar un montón de días encerrada en casa. Se había dado algunos paseos para airearse, pero no había hecho nada divertido ni un poco especial. Y la idea de pasar el día con Kyle le resultaba muy tentadora.

—De acuerdo. Dadme tiempo para preparar el almuerzo y estaré lista —accedió Maggie.

—Yo te ayudo —dijo Angélica, abriendo la puerta del refrigerador.

—Vamos, Jake, tú puedes ensillar los caballos conmigo —dijo Kyle.

—Kyle… —comenzó Angélica. Jake la tomó por la nuca y la atrajo hacia sí.

—No te preocupes, Ángel, si tu hermano mayor intenta abusar de mí, lo arrestaré y le mandaré a la cárcel —Jake se inclinó para besar a Ángel y Maggie los observó con envidia.

Involuntariamente, su mirada vagó hacia Kyle. Él la estaba mirando, con los ojos fijos en sus labios como si recordara los besos que habían compartido.

Cuando el almuerzo estuvo preparado, Maggie fue a su dormitorio para ponerse las botas y el sombrero. Se miró en el espejo y le alegró ver que no desentonaría con los demás. Después de aquel día tendría suficientes recuerdos de Kyle como para llenar

los momentos en que estuviera ausente.

La cabalgata fue estimulante. Para dejar descansar a los caballos alternaban el trote con el paso. Jake se quedaba junto a Angélica, y Maggie, para evitar emparejarse con Kyle, mantenía su caballo a una distancia prudencial. Le bastaba con estar cerca de él y disfrutar del sol radiante, de los grandes espacios abiertos y de la brisa perfumada por la hierba fresca.

Kyle los condujo hasta el estanque, donde decidieron descansar y comer bajo la sombra de los árboles. Extendieron una manta en el suelo y comieron en muy poco tiempo.

Kyle se tumbó.

—Estoy cansado —dijo, y se cubrió el rostro con el sombrero.

—Yo no —dijo su hermana, poniéndose en pie de un salto y tendiéndole la mano a Jake—. Vamos a explorar.

—¿A dónde? —preguntó Kyle, sin molestarse en mirarla.

—Por ahí. Quiero recorrer el estanque. ¿Vienes, Maggie?

Maggie sacudió la cabeza. Aquélla era un de esas ocasiones en la que tres podían ser multitud.

—No somos una pareja, podías haber ido con ellos. He dicho en serio que estaba cansado, y quiero echar una siesta —masculló Kyle.

—Pues échala, no te molestes por mí —dijo Maggie, estirando las piernas.

Estaba llena y feliz. También debía añadir esa sensación al libro: su heroína estaría satisfecha como un gato, se haría un ovillo bajo el sol, cerraría los ojos y soñaría.

Maggie se quitó una mosca de la barbilla de una manotada y murmuró algo.

Sintió otro cosquilleo y volvió a pasarse la mano por la barbilla. ¿Por qué no se iría la mosca? Maggie cambió de postura. El suelo estaba duro, el sol seguía caldeando la tierra y el aire tibio soplaba desde las montañas.

La mosca volvió y Maggie la ahuyentó de nuevo, se giró sobre el costado y se echó el sombrero hacia adelante. El cosquilleo continuó. Maggie abrió los ojos bruscamente y se encontró con los de Kyle contemplándola con una sonrisa maliciosa. En una mano sujetaba una brizna de hierba con la que estaba haciéndole cosquillas.

Maggie intentó apartarla pero sus dedos se entrelazaron con los

de Kyle.

—Si duermes ahora demasiado, te costará dormir por la noche —musitó él, vacilando un instante antes de besarle la punta de los dedos.

—¿Dónde están Angélica y Jake? —preguntó Maggie pensando que si actuaba con naturalidad, él no le soltaría la mano.

—Siguen de paseo. Habrán hecho un descanso.

Maggie no se movió. Y de pronto, Kyle se inclinó para besarla.

Maggie se echó sobre la espalda y atrajo a Kyle sobre sí de manera que su torso casi la aplastaba. La lengua de Kyle se adentró en la boca de Maggie y sus manos se hundieron en su cabello. Aunque llevaba varias noches durmiendo mal, no le importaba ver interrumpida su siesta por besos como aquellos.

Mucho antes de lo que ella hubiera querido, Kyle se incorporó y la ayudó a sentarse.

—Vienen —dijo, levantándose y yendo a por los caballos.

Maggie se peinó con los dedos y se puso el sombrero. En el momento no se había hecho preguntas pero, de pronto, sintió curiosidad por saber cuál era el motivo de que Kyle la hubiera besado. Llevaban varios días sin hablarse y repentinamente Kyle actuaba como si la deseara. Aturdida, Maggie recogió las sobras del almuerzo.

—Sentimos haber tardado tanto —dijo Angélica.

—No pasa nada. Me he echado una siesta. Es un placer dormir bajo el sol.

Angélica le dirigió una mirada escrutadora antes de mirar a su hermano.

—Desde luego que sí —dijo.

Recorrieron a caballo parte del rancho, con Kyle y Angélica comentando los cambios que se habían producido y las cosas que permanecían inalterables a pesar del paso del tiempo. Jake y Maggie aprendieron mucho del rancho pero no tuvieron oportunidad de participar en la conversación.

Cuando llegaron a la casa, Kyle pidió a uno de los hombres que desensillara los caballos. Maggie se refrescó y bajó a la cocina a preparar la cena con la esperanza de que a los hombres les gustara la pasta. Angélica llegó a los pocos minutos para ayudarla.

Para cuando Kyle apareció en la cocina, la cena estaba

prácticamente preparada.

Echó una ojeada hacia Jake y Angélica, que hacían una ensalada y clavó la mirada en Maggie. Mostrando un sobre se dirigió ella con gesto malhumorado.

—Hoy ha llegado esto. Te dije hace días que llamaras a tu padre. Ésta es la segunda carta que manda aquí el servicio de correos porque él no sabe dónde estás.

—Así es —dijo Maggie, sin inmutarse.

—¿No lo has llamado?

—No, y tampoco voy a llamarlo esta noche, así que no intentes convencerme.

—Dame su teléfono y lo llamaré yo. Debe estar muy preocupado.

—Ni hablar. Mi padre siempre me ha organizado la vida. Ahora la única responsable de mis actos soy yo y pienso ponerme en contacto con él cuándo y cómo yo decida. No te metas en esto.

—Llámalo ahora —dijo Kyle.

—¡No!

—Soy tu jefe y te ordeno que lo llames esta noche.

Maggie lo miró fijamente, consciente de que Jake y Angélica habían dejado de trabajar y los estaban observando. Sacudió la cabeza lentamente.

—Hablo en serio, Maggie.

—Y yo también. No te metas donde no te llaman.

—Pienso encontrar el número. Según el remite, vive en Colorado Springs.

Maggie le quitó la carta y la escondió a la espalda.

—Déjame, Kyle. No es asunto tuyo.

—Mientras trabajes aquí, sí lo es.

—Entonces, me marcharé inmediatamente.

Kyle se quedó mirándola durante unos instantes. Luego, cerrando los ojos, se pasó los dedos por el cabello y se encaminó al vestíbulo.

—No te marches hasta que hayas encontrado otro trabajo —dijo.

Maggie miró a Jake y a Angélica. Ambos habían retomado su tarea, pero Maggie sabía que habían estado pendientes de la conversación. No los culpaba. De no haber sido ella la protagonista de la escena, también habría sentido curiosidad.

Sonrió tímidamente.

—No soporto que me manden. A veces Kyle consigue que surja lo peor que hay en mí.

Angélica le sonrió con complicidad.

—Te entiendo, pero suele actuar así de buena fe.

Maggie asintió, dobló el sobre y se lo guardó en el bolsillo. Otra carta de su padre y otro enfrentamiento con Kyle. Tal vez lo mejor sería llamar por la mañana a la señora Montgomery y ver cómo iba la selección de candidatas pues dudaba que pudiera permanecer en el rancho muchos más días.

Después de fregar, fue al despacho. No había visto a Kyle o a los Morgan desde después de la cena y confiaba en que estuvieran viendo la televisión o dando un paseo. Pero al acercarse a la puerta del despacho, los oyó. Suspiró profundamente, desilusionada al darse cuenta de que no podría trabajar en su libro y ya iba a marcharse cuando oyó que la nombraban.

—Maggie no es tu hermana. Es una empleada y no tienes derecho a intervenir en su vida.

—Déjame en paz, Ángel —dijo Kyle, ásperamente.

—¿O es que es más que una empleada? —preguntó Angélica.

—No.

—La miras todo el rato. No recuerdo que actuaras así con Jeannie.

—No la miro todo el rato. Puede que sí lo haga de vez en cuando, pero es…

bueno, para que negarlo, es muy bonita. También los otros hombres la miran.

—Hay algo más. Sé que os besasteis durante la siesta. Cuando volvimos ella tenía los labios enrojecidos e hinchados.

—Jake, lleva a tu mujer a dar un paseo —dijo Kyle.

Maggie oyó reír quedamente a Jake.

—Vamos, Ángel, ya has dicho bastante.

—No, todavía no, Jake. Kyle, si sigues actuando así vas a conseguir que se marche.

—De todas formas se va a ir pronto —dijo Kyle, en tono mate.

—¿Por qué? Es fabulosa. Cocina bien y tiene la casa muy limpia. Y como tú mismo has dicho, es muy bonita. ¿Por qué vas a echarla?

—Entre otras cosas, porque no se parece nada a mamá.

—¿Qué tiene eso que ver con que se marche? —preguntó Angélica, perpleja.

—Si piensas actuar de celestina, es mejor que sepas que no estoy interesado en ella. Maggie se parece mucho más a Jeannie que a mamá.

—No tiene nada que ver con Jeannie. Y si de verdad lo crees, necesitas hacer un cursillo de relaciones interpersonales.

—Hablas como si fueras un catedrático.

—Relájate, Kyle. Eres su jefe no su padre o su tutor.

Maggie sabía que no estaba bien escuchar a escondidas y que debía marcharse, pero en lugar de alejarse, se acercó lo suficiente como para poder ver la habitación por la ranura de la puerta. El vestíbulo estaba a oscuras y confiaba en no ser vista.

Jake se apoyó en el respaldo de su asiento. Daba la espalda a Maggie y miraba a su mujer. Angélica estaba sentada en el borde del escritorio. De pronto Kyle se incorporó y fue hasta la ventana, dándoles la espalda.

—Sé que no soy su tutor. Simplemente creo que debería decirle a su padre dónde está.

—Y has llegado a amenazarla para que lo hiciera.

—Lo sé.

—Kyle, no puedes controlar sus acciones —dijo Angélica con suavidad.

—Pero me gustaría.

—Tú siempre quieres controlarlo todo.

Kyle vaciló durante varios segundos. Después se volvió hacia su hermana.

—Sólo puedo evitar que ocurra algo malo si domino las circunstancias que me rodean.

Maggie se quedó mirándolo con expresión sorprendida. En la habitación se hizo un prolongado silencio. También Ángel y Jake observaban a Kyle.

—¿Te refieres a la muerte de tus padres en un accidente? —preguntó finalmente Jake, comprendiendo antes que los demás.

Kyle asintió, sin apartar los ojos de su hermana.

—Por eso le exigí a Jake que se apartara de ti hace un par de años. No quería que sufrieras. Intenté intervenir en tu vida para que nunca te ocurriera nada malo.

—¡Oh, Kyle! —Angélica se incorporó y fue a abrazar a Kyle—. No eres Dios. No puedes evitar que haya accidentes, ni decidir quién debe y quién no debe sufrir. No puedes cambiar el destino.

Maggie se alejó sigilosamente. Subió las escaleras de puntillas y se metió en su dormitorio, cerrando la puerta en silencio. No debía haber escuchado la conversación. Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Seguía viendo a Kyle junto a la ventana, explicando por qué necesitaba sentir que tenía todo bajo control. Todavía vivía bajo el impacto de la muerte de sus padres. Creía que controlando las circunstancias lograría evitar que ocurriera algo malo. Maggie sintió que su corazón se llenaba de compasión por él. Y sus brazos clamaban por poder abrazarlo tal y como había hecho Angélica.

Capítulo 10

Maggie intentó recopilar todos los datos que recordaba sobre el pasado de Kyle.

Su actitud autoritaria se debía a la trágica muerte de sus padres cuando era pequeño.

Había creído poder evitar el dolor ejerciendo un control férreo sobre quienes lo rodeaban. Probablemente, como ningún suceso fue tan trágico como la pérdida de sus padres durante el resto de su vida, había llegado a creer que la técnica funcio-naba.

Durante mucho tiempo, Maggie se preguntó si Kyle sena siempre así o si al darse cuenta de dónde residían sus problemas conseguiría actuar de otra manera.

De pronto pensó en su padre y en cuánto había cambiado cuando su madre los abandonó. ¿Habría él también intentado evitar otra tragedia controlando todo aquello que estaba a su alcance? ¿Sería ésa la razón de que hubiera intentado dictar sus acciones?

Por primera vez en mucho tiempo, Maggie sintió el deseo de hablar con su padre y descubrir si sus sospechas eran ciertas. De serlo, ambos tendrían que esforzarse por mejorar su relación. Tal vez si su padre era consciente de que, por el hecho de serlo, ella siempre le amaría, tal vez conseguiría mitigar su necesidad de controlarla.

No era demasiado tarde. Lo llamaría esa misma noche.

Maggie se levantó, se cepilló el cabello e irguió la cabeza. Al bajar las escaleras hizo más ruido del necesario a propósito para que los que estaban en el despacho supieran que se acercaba. Pero cuando llegó a la puerta, sólo vio a Kyle. Los Morgan habían salido.

Kyle levantó la mirada al oírla. Sus ojos estaban velados y su rostro ensombrecido. No dijo nada.

—He pensado que voy a llamar a mi padre —dijo Maggie desde la puerta.

Temía que al conseguir lo que quería, Kyle se mostrara arrogante y vengativo.

En lugar de eso, se limitó a asentir.

—Ahí tienes el teléfono —dijo, señalándolo con la barbilla—. Te dejo a solas para que estés más cómoda.

Cruzó la habitación para salir, pero Maggie lo detuvo.

—¿Kyle?

El se volvió.

Maggie hubiera querido decirle lo que había descubierto y en qué medida había afectado la forma en que percibía a su padre, pero si lo hacía estaría admitiendo que había escuchado la conversación. Finalmente, se encogió de hombros y sonrió tímidamente.

—Iré a buscarte cuando haya acabado para que puedas seguir trabajando.

Kyle asintió y se marchó.

Maggie marcó el teléfono de su padre con dedos temblorosos. Cuando tuvo respuesta, respiró profundamente.

—Hola, papá, soy Maggie.

Maggie colgó el teléfono pensativa. Miró al reloj y le sorprendió comprobar cuánto tiempo habían hablado. Había valido la pena como una primera aproximación para redescubrir el amor que sentían el uno por el otro. No dudaba que su padre siempre querría opinar sobre lo que debía hacer, pero al menos había admitido que sentía miedo por ella y que quería protegerla de la dura realidad de la vida. Maggie confiaba en haberle convencido de que tenía que descubrir esa realidad por sí misma. Había sido un buen comienzo.

Y Kyle era el artífice de todo. Maggie se levantó con una sonrisa en los labios.

Tenía que ir a buscarlo y decirle que podía volver al despacho si quería seguir trabajando. Además de darle las gracias, aunque eso le hiciera creer que había logrado convencerla gracias a su autoridad.

Kyle apoyó los pies en la barandilla de madera y se columpió hacia atrás. El crujir de las hojas, los mugidos de las reses en la distancia y el ruido de los caballos agitándose en el corral, se fueron adueñando de la noche. Su hermana y Jake habían ido a dar un paseo. Maggie llamaba a su padre. Y él estaba solo.

Por un instante lo invadió un desasosegante sentimiento de soledad. Pensó en Jeannie y en la vida en común que había imaginado para ambos. Reflexionando, se daba cuenta de que Jeannie jamás le había prometido quedarse en el rancho y ayudarlo. Siempre había estado ansiosa por ir a la ciudad, recibir invitados o viajar.

Le gustaban la velocidad y la excitación. Y Kyle nunca le había visto hacer nada en la casa.

Claro que en aquellos tiempos, Rachel trabajaba para él. ¿Habría descubierto antes cuál era el verdadero carácter de Jeannie si hubiera tenido que hacer el trabajo doméstico, si él hubiera insistido en permanecer en el rancho y hacer cosas juntos?

No tenía importancia. Jeannie había desaparecido y él había aprendido una valiosa lección. Si alguna vez volvía a considerar el matrimonio, buscaría una mujer de campo a la que le gustara la vida del rancho y cocinar. Y que no tuviera otras metas. Como escribir libros, por ejemplo…

—¿Kyle? —Maggie se asomó al porche.

—¿Has terminado de hablar? ¿Qué tal ha ido?

—Bien —Maggie salió y se apoyó en una columna. Miró a la distancia.

—Estoy seguro de que tu padre se ha alegrado de que lo llamaras —dijo Kyle, contemplándola en la penumbra.

—Estaba preocupado, pero ya no lo está. ¿Dónde han ido Angélica y Jake?

—A dar un paseo.

Kyle los haba visto alejarse de la mano, susurrándose palabras de amor. El recuerdo le hizo revolverse en su asiento. AI ver a Maggie se había acentuado su deseo de encontrar una pareja. No alguien como ella, sino una mujer estable y con los pies en la tierra. Alguien como su madre.

—Puedes volver al despacho. He acabado por hoy.

—¿No vas a escribir?

—No —Maggie miró hacia Kyle como si quisiera decir algo más, pero guardó silencio y lentamente, volvió al interior.

Kyle oyó cerrarse la puerta y supo que se había ido. Una vez más, estaba solo.

Al día siguiente, Maggie se levantó temprano y había acabado de preparar el desayuno para cuando Angélica bajó a la cocina.

—Venía a ayudarte —dijo Angélica, después de darle los buenos días.

—No hace falta. Este trabajo lo tengo dominado. Sírvete un café —dijo Maggie, animadamente.

De día, sus preocupaciones parecían diluirse. No podía librarse

de la opresión que ser rechazada por Kyle le causaba, pero al menos veía las cosas con más optimismo. La relación con su padre había mejorado y su manuscrito estaba en manos de un editor. Hasta que llegara el momento de marcharse del rancho, podría seguir trabajando en su libro.

—Kyle ha tenido mucha suerte al dar contigo. Desde que Rachel se fue no ha tenido más que problemas con las amas de llave —dijo Angélica, sentándose a tomar el café.

—Yo también he recibido la orden de marcharme. En cuanto encuentre una sustituía o yo dé con otro trabajo, me voy. Por lo menos espero romper el récord de cuatro semanas —dijo Maggie, ocultando con una sonrisa alegre el dolor que sentía.

Angélica dejó la taza sobre la mesa y miró a Maggie.

—¿Quieres decir que Kyle quiere que te vayas?

Maggie asintió.

—Está completamente loco. ¿Por qué?

—No soy una gran ama de llaves. Se me olvida preparar las comidas, las dejo quemar. Cuando hago la colada olvido secarla… —Maggie evitó mencionar la ocasión en que había metido una camisa verde con la ropa blanca. Tal vez Kyle no lo había notado.

—Yo no he oído ninguna queja desde que he llegado.

—Puede que no. Aunque sea una inútil, los hombres prefieren que me quede a tener que hacerse ellos mismos la comida. Kyle ha pedido a la agencia de colocación que le manden a otra persona. En cuanto encuentren a alguien, me iré.

—Yo me iría ahora mismo. Si no le gusta como trabajas, que se ocupe él mismo.

Maggie miró a la hermana de Kyle. También ella actuaría de esa manera si le quedara algo de orgullo, pero no podía permitírselo. Quedarse unos días más representaba alargar el tiempo que pasaba cerca de él.

—Lo cierto es que no tengo otro trabajo.

—¿Y si Kyle encuentra una sustituía antes de que tú encuentres trabajo?

—Tendré que preocuparme de eso cuando se plantee la situación.

Jake entró en la cocina en ese momento, y Maggie se alegró de poder cambiar de tema.

Cuando los hombres llegaron, les sirvió el desayuno y se sentó entre Lance y Jack. Era los dos hombres con los que se sentía más cómoda y, al mismo tiempo, los más alejados de Kyle. Pero la distancia no la libró de sus miradas de ira cada vez que la veía hablar con Lance. Cuando la oyó reír por un comentario de Lance, Kyle clavó una mirada de hielo en ella.

El día transcurrió con lentitud. Después de limpiar, Maggie se sentó al ordenador, pero no encontró inspiración. Pasó horas mirando por la ventana, recordando cada uno de los minutos que había pasado en Rafter C, y cada segundo al lado de Kyle. Sabía que debía incorporar sus sentimientos al libro, pero no lograba expresarlos con palabras. La frustración le hizo cuestionarse si realmente estaba hecha para la literatura o si se engañaba al creer que su libro llegaría a ser publicado.

Después de todo, ¿cuánta gente alcanzaba el éxito escribiendo? Muy poca.

Sonó el teléfono y al responder, Maggie reconoció de inmediato la voz de Gillian.

—Kyle no está en casa en este momento —dijo, mordiéndose la lengua para no decir que no volvería nunca más.

—Dile que me llame. Sabe el teléfono —dijo Gillian en tono alegre.

—No me cabe la menor duda —masculló Maggie malhumorada, colgando el auricular.

Kyle no volvió para almorzar. Sólo la mitad de los hombres trabajaban cerca de la casa aquel día, así que Maggie tuvo menos trabajo que de costumbre y le alegró poder relajarse, y charlar y bromear con aquellos que sí habían ido a almorzar.

Antes de irse, Lance pasó a verla.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

Lance se encogió de hombros, mirándola atentamente.

—No lo sé. Tengo la impresión de que algo ha cambiado. Durante la comida parecías distinta.

Maggie esquivó su mirada.

—Estaba distraída, pensando en la próxima escena de mi libro —replicó vagamente.

—¿Quieres ir al pueblo el viernes por la noche? Podemos ir a

bailar al Last Roundup.

Maggie se lo pensó. La última vez que había ido lo había pasado en grande, pero finalmente sacudió la cabeza.

—Gracias, Lance. Tal vez la semana que viene.

Puesto que no iba a quedarse mucho tiempo, no quería estrechar lazos que tendría que romper al cabo de unas semanas.

—Cuando quieras. Hasta luego —Lance se pasó los dedos por el cabello y se colocó el sombrero. Después, se alejó con paso firme.

Maggie se sentó delante del ordenador, consciente de que no sabía lo que quería. Debía concentrarse en su futuro en lugar de lamentarse por un ranchero que no estaba interesado en ella. Pero era casi imposible ser creativa cuando cada fibra de su cuerpo ansiaba estar con él. Quería observarlo mientras trabajaba en su escritorio, mientras trataba con sus hombres, mientras montaba a caballo. En definitiva, quería estar con él todo el tiempo.

Lentamente comenzó a escribir.

—¿Dónde demonios está la cena? —gritó Kyle a su espalda, un rato más tarde.

Maggie se volvió bruscamente para mirarlo. Kyle estaba de pie, mirándola con ojos centelleantes y aspecto cansado. Maggie miró el reloj.

—¡Oh Dios mío! —se levantó de un salto y cruzó la habitación. Eran cerca de las siete y ni siquiera había comenzado a preparar la cena.

Kyle le interceptó el paso y Maggie, parándose a unos milímetros de él, pudo sentir la ira que irradiaba de cada poro de su piel.

—Se me ha olvidado.

—¿Se te ha olvidado la cena? —Kyle habló con voz amenazadora.

—Yo… Bueno…, me he puesto a escribir y el tiempo ha pasado volando —la dura mirada de Kyle hizo estremecer a Maggie.

—¿Hay catorce personas hambrientas esperando a comer y tú te has olvidado de la cena?

—Improvisaré algo —Maggie se quedó con la mente en blanco. ¿Qué iba a hacer en diez minutos? Tenía planeado descongelar carne, pero se había olvidado de hacerlo y apenas quedaban provisiones.

—¿Qué? —la presionó Kyle.
—No lo sé, pero ya se me ocurrirá algo.
—¿Otra vez tortillas?
—Tal vez.
Kyle parecía disfrutar torturando a Maggie. Tenía razón en estar enfadado, pero cuanto más siguieran discutiendo, más tarde podría preparar la cena.
Kyle posó las manos sobre los hombros de Maggie.
—Te pago para que limpies y cocines, no para que te sientes delante del ordenador y pierdas el tiempo escribiendo —dijo Kyle.
—Ya lo sé. Puedo hacer tortillas en menos de diez minutos.
Maggie empujó suavemente a Kyle para que se apartara, pero al sentir el latido de su corazón y los músculos de su pecho, olvidó lo que quería decir o hacer.
—Lo siento —se disculpó, acariciándole inconscientemente.
—Estás jugando con fuego —masculló Kyle.
—Será porque tú me quemas —respondió Maggie provocativamente, enfrentándose a la mirada de hielo de Kyle con gesto airado.
Kyle frunció el ceño.
—No te dediques a jugar, Maggie. Con Jeannie ya tuve bastante. Ve a preparar la cena.
Maggie sintió una oleada de indignación.
—No estoy jugando.
Intentó empujar a Kyle pero se encontró más cerca de él, tanto, que su calor la envolvió y sus abrasadores ojos de plata la paralizaron.
Maggie no quería besarlo. Hacerlo se convertía en un suplicio para ella mientras que para él no significaba nada. Pero antes de que pudiera protestar se operó un cambió en él que la impidió reaccionar y, en lugar de se pararse de él, se aproximó y devolvió el beso que Kyle le pedía con la mirada.
De pronto él separó su boca de la de ella.
—Prepara la cena —dijo secamente, saliendo al vestíbulo.
Maggie sintió que se mareaba y se asió al quicio de la puerta. Las piernas le temblaban. Tomó aire y fue a la cocina. Le quedaban menos de siete minutos para poner algo sobre la mesa, y estaba segura de que no lo conseguiría.

Cuando entró en la cocina, Angélica la recibió con una amplia sonrisa. En la cocina había una actividad febril. Algunos hombres cortaban verduras, Jake estaba batiendo huevos en un gran cuenco y Angélica se ocupaba de que el resto friera unas patatas.

—Hemos pensado en tomar tortillas, patatas fritas y tortas de maíz —dijo Angélica.

Maggie tuvo la sensación de haber vivido aquel momento con anterioridad, la primera noche que pasó en el rancho, y se preguntó si aquel episodio completaba el círculo de su estancia allí. ¿Sería aquélla su última noche en el rancho?

Sintiéndose avergonzada por haberse olvidado de la cena, entró y puso la mesa.

Los hombres no parecían enfadados, pero ésa no era la cuestión. Era su trabajo y no había sabido cumplirlo. Kyle tenía toda la razón de estar furioso con ella.

Maggie cenó con ánimo abatido. Intentó participar en la conversación general, pero al sentir la atención Kyle sobre ella, perdía el hilo de lo que quería decir.

Después de cenar insistió en recoger sola. Agradeció a todos su colaboración y evitó a Kyle, rogando que no hiciera ningún comentario sarcástico. Sus súplicas fueron atendidas y Kyle se marchó en cuanto acabó la cena.

Angélica y Jake volvían a Laramie después de cenar. Maggie se despidió de ellos, prometiendo mantenerse en contacto, y Angélica le dio sus señas y su número de teléfono.

—Estamos buscando una casa más grande, ya te mandaré las nuevas señas. Ven a vernos algún día.

Maggie asintió aun sabiendo que no iría nunca. Cuando dejara Rafter C tendría que cortar con todos los vínculos que la unieran a Kyle.

Al acabar de recoger fue a su dormitorio. Contempló los verdes prados desde la ventana y se dijo que había llegado la hora de partir. Lo ocurrido aquella noche demostraba que no estaba haciendo bien su trabajo y mientras siguiera viendo a Kyle, su dolor no se mitigaría. Había dejado una nota a Kyle con el recado de Gillian.

¿Estaría hablando con ella en ese momento?

Al día siguiente llamaría a la agencia de colocación. Si no tenían

ningún trabajo para ella, volvería a casa. Su padre quería que lo visitara y ella necesitaba hablar más con él, ver hasta qué punto podían mejorar su relación.

Se marcharía por la mañana.

Pero cuando llegó el día siguiente, Maggie tuvo dudas. Era verdad que no era una gran ama de llaves, pero tampoco lo había hecho tan mal. Y antes de marcharse, haría todavía algunas cosas más. Cuando acabó el desayuno, preparó un montón de sándwiches, los dejó en el refrigerador y se fue a hacer la compra en el camión blanco y azul. Compró provisiones para un par de semanas, asumiendo que en ese tiempo la señora Montgomery habría encontrado a otra ama de llaves.

Cuando llegó al rancho, Maggie se alegró al ver que parecía desierto. No quería que nada la distrajera y, a toda prisa, descargó el camión y guardó la compra.

Después, fue al dormitorio de Kyle, quitó las sábanas de la cama, las toallas, y todo aquello que necesitaba lavarse. Para el final del día se habrían secado y Kyle tendría ropa limpia para al menos dos semanas.

Maggie pasó el aspirador y quitó el polvo, fregó el suelo de la cocina y el del porche. Había comprado pizza con su propio dinero, pero mucha más cantidad que la vez anterior. Siguió cocinando y limpiando al mismo tiempo, trabajando frenéticamente para acabar con las tareas que se había propuesto concluir. Cuando se marchara al día siguiente, quería que la casa estuviera reluciente y que los hombres la recordaran con afecto.

A última hora de la tarde llamaron a la puerta principal. Maggie tardó un tiempo reaccionar porque se usaba tan poco que nunca había oído el timbre. Cuando abrió, vio la furgoneta de una floristería y un joven con un ramo de flores.

—¿Maggie Foster? —preguntó.

—¿Sí?

—Estas flores son para usted —el hombre le tendió el ramo.

Maggie las tomó con una sonrisa exultante. Era la primera vez que le mandaban flores. Entró en la cocina y las puso en un florero. Entre las hojas había un a tarjeta.

Para Maggie. ¡Eres la mejor! Los hombres del rancho.

Maggie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y tuvo que

sentarse.

Pestañeó con fuerza y releyó la nota. De pronto se sentía querida y apreciada. Los hombres creían que hacía un buen trabajo. Maggie ladeó la cabeza y contempló el hermoso ramo de flores. Había claveles, gladiolos y lirios. Y sus colores se mezclaron en una mancha borrosa al mirarlos entre lágrimas. Maggie odiaba tener que marcharse. No podía quedarse, pero aquel detalle hacía su partida aun más difícil.

¿Por qué Kyle no sentía lo mismo que los demás? ¿Por qué no la consideraba la mejor?

Maggie acababa de sacar tres pizzas del horno y había metido otras tres cuando los hombres empezaron a llegar. Con una gran sonrisa, los abrazó uno a uno.

Sus risotadas y las palmadas afectuosas que le dieron en la espalda la enternecieron tanto como las flores.

—Veo que has recibido las flores —dijo Billy, dando la vuelta alrededor de la mesa para observarlas desde todos los ángulos—. Son muy bonitas.

—Son maravillosas —dijo Maggie—. Es la primera vez que me regalan flores —

añadió, justo cuando Kyle entraba en la cocina.

Él se quedó mirando el ramo, luego contempló el rostro feliz de Maggie y a continuación la expresión de satisfacción de sus hombres. Impertérrito, se lavó las manos en silencio y tomó sitio en la mesa.

—He traído un montón de pizza —dijo Maggie, poniendo el avisador—. Una para cada uno si es que sois capaces de comer tanto.

—¿Qué celebramos? —preguntó Kyle.

Maggie volvió la vista hacia él. ¿Habría adivinado?

—He ido a hacer la compra y pensé que os gustaría comer pizza —se limitó a decir. Se sentó entre Jack y Lance e ignoró la atención que Kyle dirigía a la silla vacía que quedaba a su lado.

—Entonces, ¿te han gustado las flores? —preguntó Lance, después de comer algo.

—Son maravillosas. Me habéis hecho sentir algo muy especial.

—Recuerda ese sentimiento y así podrás incluirlo en tu libro —dijo Kyle, con amargura.

Billy levantó la vista.

—¿Estás escribiendo en tu libro todo lo que ocurre en rancho? ¿Me has incluido a mí?

—Seguro que eres el malo —bromeó Jack.

—No, no estoy escribiendo sobre el rancho. Pero a veces me cuesta describir emociones.

Maggie recordó los besos de Kyle, su insistencia en que escribiera lo que le hacían sentir. Sabía que él también los recordaba. ¿Por qué había sacado el tema?

¿Para establecer un vínculo entre ellos dos? No. Maggie no quería engañarse a sí misma.

Al menos los demás hombres no sabían nada. Ni llegarían a saberlo. Ésa iba a ser la última noche con ellos. Después tendría todo el tiempo del mundo para comprobar si era capaz de imprimir emoción a su escritura. Podía añadir el dolor y la tristeza al delicioso recuerdo de los besos de Kyle. La fuente de inspiración iba a ser inagotable.

Se volvió a Billy para bromear con él sobre su presencia en la novela, pero en el fondo de su corazón estaba contando los minutos que faltaban para quedarse a solas.

Maggie dobló la ropa limpia, las toallas y las sábanas. Todavía tenía que hacer la cama de Kyle. Subió las escaleras corriendo y acababa de empezar a hacerla cuando Kyle apareció en la puerta.

—Lo siento —dijo ella—. Quería haber terminado antes —añadió, estirando la sábana.

—Te he oído y quería saber qué estabas haciendo. Puedo ayudarte —Kyle fue hasta el otro lado de la cama y estiró la sábana. En unos segundos habían acabado.

Maggie necesitaba alejarse de Kyle. Estar tan cerca de él con una cama de por medio era una tortura. Hubiera querido que Kyle cruzara la distancia que los separaba, la tomara en sus brazos y la besara hasta hacerle perder el conocimiento.

Maggie contuvo la respiración un instante, antes de dejar escapar el aire lentamente.

Kyle no se había movido de donde estaba.

—He guardado la ropa limpia en los cajones —dijo ella, en voz baja, dirigiéndose hacia la puerta.

—Gracias.

—Nos vemos en el desayuno.

—Maggie…

—Buenas noches —Maggie prácticamente salió corriendo.

Cuando se encontró a salvo en su dormitorio se arrepintió de haber huido. Era su última noche en el rancho y le hubiera gustado pasarla con Kyle. Tal vez sentados en el porche, charlando, o tomando café en el despacho. Deseó haber podido conservar la amistad que en cierto momento parecía haber surgido entre ellos.

Aunque sólo fuera por unas horas más.

Sacudiendo la cabeza, sacó las maletas de debajo de la cama.

Maggie observó a los hombres detenidamente durante el desayuno. Iba a echarlos de menos. Se había encariñado con todos ellos: Lance, siempre tan amable, Billy, coqueto, Jack y su interés en darle explicaciones sobre el rancho, Trevor, siempre pidiendo repetir. Maggie se prohibió mirar a Kyle. No era necesario. Ya había acumulado más recuerdos de él de los que podía soportar.

Cuando los hombres se marcharon, los despidió con una sonrisa, deseándoles que pasaran un buen día y sabiendo bien que ella ya no estaría allí cuando regresaran.

Preparó el almuerzo con calma para dejárselo listo y a continuación fue a desconectar el ordenador. Para evitar levantar sospechas, llevó su coche hasta la puerta principal, donde los hombres no podrían verlo y puso el ordenador en el asiento de atrás.

Entró para recoger sus maletas y las metió en el maletero. En cuanto diera una vuelta por la casa para cerciorarse de que todo estaba en orden, podría marcharse.

Llamó a la agencia y la señora Montgomery le dijo que todavía no había encontrado ningún trabajo para ella, pero que creía que pronto tendría una candidata apropiada para el rancho.

Con la satisfacción de saber que Kyle y sus hombres tendrían pronto quien cuidara de ellos, Maggie se montó en el coche y avanzó por el camino de tierra que conducía a la carretera.

Había dejado las señas de su padre sobre el escritorio de Kyle por si recibía alguna carta. En cuanto llegara a su casa, le mandaría una nota al editor dándole sus nuevas señas para que, si querían hablar con ella, no molestaran a Kyle.

Cuando estaba a punto de alcanzar la carretera, vio alejarse la

furgoneta del correo, y decidió comprobar si había algo para ella.

El gran sobre marrón despertó sus sospechas. Llevaba su nombre. Lo abrió lentamente y sacó el montón de hojas.

Era su manuscrito. La prontitud con que respondía el editor la sorprendió. Una nota cayó al suelo y Maggie se agachó para recogerla y la leyó con una mala premonición.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. A todo el dolor que sentía se añadía el rechazo de la editorial. Maggie se sentó en el suelo, junto al coche, y estalló en llanto pensando en todo lo que perdía de un plumazo: su brillante futuro como novelista y el hombre al que amaba.

Capítulo 11

Maggie se secó las mejillas. Se sentía como un fardo abandonado. La tierra tembló y pronto vio por el rabillo del ojo la causa de las vibraciones que le sacudían el cuerpo. Un jinete galopaba a toda velocidad hacia ella.

Lentamente, consiguió ponerse en pie. Se pasó el dorso de la mano una vez más por las mejillas y apretó contra el pecho el manuscrito.

Kyle detuvo el caballo al otro lado de la alambrada y desmontó sin apartar la mirada de Maggie. Soltó las riendas y, de un salto, pasó a la carretera y se encaminó hacia ella en silencio. Un sol abrasador caía sobre ellos. Maggie pestañeó para librarse de las últimas lágrimas que inundaban sus ojos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kyle.

Al ver el paquete que estrechaba y sus ojos humedecidos, comprendió al instante.

—¡Oh, cariño! ¿No les ha interesado tu libro?

Su tono compasivo desarmó a Maggie. Sacudiendo la cabeza, estalló en llanto y se refugió en los brazos de Kyle.

Él la estrechó con fuerza, susurrando palabras de consuelo a su oído, y ella se dejó inundar por su fuerza. Podía oír el corazón de Kyle latir pausadamente bajo su oreja. Por un instante se sintió protegida, y al mismo tiempo tan sola que hubiera querido morir.

—Estoy bien —dijo, separándose de Kyle y secándose las mejillas.

Kyle le tomó el rostro entre las manos.

—¿Qué decía la carta? —preguntó con dulzura.

Maggie se la dio.

—Léela, si quieres. Dice que mi novela no es apropiada para su colección y que necesito practicar más para alcanzar el nivel de calidad que requieren.

Kyle leyó la nota por encima antes de devolvérsela.

—Podrías mandarlo a otra editorial.

Maggie asintió en silencio. Eso le daría algo que hacer cuando llegara a casa de su padre. Intentó sonreír.

—Me recuperaré. Ha sido una gran desilusión añadida a todas

las demás catástrofes —dijo Maggie.

Acababa de dar más información de la que pretendía. No quería que Kyle conociera sus planes.

—He venido a por el correo —dijo, preguntándose cuánto tiempo pensaba Kyle seguir sujetándole la cara, y cuánto tiempo tardaría ella en echarse en sus brazos y rogarle que la besara de nuevo. Un último beso antes de la partida.

—¿Sólo ha llegado tu manuscrito? —preguntó Kyle, acariciándole la mejilla con los pulgares.

—No, creo que hay un par de cartas más.

Kyle la soltó y fue hasta el buzón, lo abrió y sacó los sobres. Volviendo junto a Maggie, se los tendió.

—Puedes llevarlas al rancho —dijo.

Maggie no hizo ademán de tomar el correo. Se quedó con la mente en blanco.

Sólo podía escuchar los latidos de su propio corazón y su sangre circular aceleradamente por sus venas.

Kyle la observó con expresión confusa. A continuación miró hacia el coche.

—¿Maggie?

—¿Si? —Maggie le miró a los ojos.

—¿Vas a llevar el correo a casa?

Maggie sacudió la cabeza lentamente.

Kyle bajó la mano.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a volver.

Kyle se acercó hasta el coche con el ceño fruncido y vio el ordenador.

—¿Le pasa algo a tu ordenador? —preguntó, sin dejar de mirar al coche.

—No —Maggie miró a lo lejos. Si no se hubiera detenido a mirar en el buzón y no se hubiese echado a llorar, Kyle no la habría visto y ella estaría ya lejos de allí.

—Maggie, ¿qué ocurre?

—Me marcho —dijo ella, temiendo que Kyle lanzara el sombrero al aire con un grito de alegría.

Pero en lugar de eso, él la contempló en silencio.

Maggie suspiró profundamente y con una calma que ocultaba la

confusión que la embargaba, caminó hasta su coche. Kyle estaba junto a la puerta. No se movió.

—¿Por qué? —preguntó.

—Es evidente. No puedo quedarme, has pedido que te manden una sustituía.

Esta mañana he hablado con la señora Montgomery y ya han encontrado a una. Ayer hice la compra y lavé la ropa para que podáis resistir hasta que llegue la nueva empleada.

—Lo has planeado todo —musitó Kyle.

Maggie había esperado una reacción más expresiva por parte de Kyle. Asintió.

No podía soportar estar tan cerca de él y amarlo como lo amaba sabiendo que estaba a punto de partir. ¿Por qué no montaba en su caballo y la dejaba en paz?

—¿Dónde vas, has conseguido otro trabajo?

—Todavía no. Voy a casa de mi padre. Nos hemos reconciliado y quiero hacer un esfuerzo para mejorar nuestra relación —y, aunque no pudiera decírselo a Kyle, siempre tendría que agradecérselo a él —. Estoy segura de que la nueva ama de llaves será perfecta. Nunca se le olvidarán las comidas ni secar la ropa.

—Y no creo que me tiña la ropa de verde —dijo Kyle, en voz baja.

Maggie se sonrojó.

—¡Creía que no te habías dado cuenta!

Kyle esbozó una media sonrisa.

—¿Cómo no iba a darme cuenta de que tenía la ropa interior verde?

—No era demasiado oscuro.

—Pero era verde.

—Lo siento, yo…

—Estarías soñando despierta y pusiste una prenda verde con la ropa blanca.

Maggie asintió.

—Tu próxima ama de llaves puede meterla en lejía.

Se produjo un largo silencio. Maggie se sentía morir lentamente. Finalmente, forzó una amplia sonrisa e hizo ademán de abrir la puerta.

—Tengo que marcharme, Kyle. Denver está lejos y quiero llegar

antes de que oscurezca.

—Como quieras —Kyle le abrió la puerta y la observó sentarse y dejar el manuscrito en el asiento de al lado. En el asiento de atrás estaba el ramo de flores que le habían regalado los hombres.

Kyle se quitó e! sombrero y se inclinó hacia ella.

—Conduce con cuidado, Maggie —dijo, antes de besarla delicadamente.

Después se incorporó levemente y estudió su rostro como si quisiera memorizarlo.

—Adiós, Kyle —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Kyle se irguió sin apartar la mano de la ventanilla. Maggie puso el coche en marcha.

—No te vayas.

Maggie levantó la mirada. ¿Había dicho eso Kyle o lo había imaginado?

Kyle la miró con ojos brillantes, respiró profundamente y susurró:

—No te vayas.

Maggie paró el motor con dedos temblorosos. Kyle abrió la puerta y le ayudó a salir del coche. Abrazándola, apoyó la mejilla en su cabeza.

—¿Kyle? —dijo Maggie, temiendo que sus sentidos la engañaran y que su esperanza fuera más fuerte que la realidad.

—Quédate conmigo, Maggie. No te vayas.

Maggie no se había inventado aquellas palabras. Su corazón rebosó de amor por aquel difícil hombre que la estrechaba en sus brazos.

—Creía que querías que me marchara.

—Y yo también, pero me equivocaba. Hace unos instantes, cuando me he dado cuenta de que te ibas realmente, he sentido vértigo. Todas las personas a las que he amado me han abandonado, Maggie. Mi padre y mi madre se mataron, Rafe se fue a los rodeos y se estableció en el oeste, Ángel se ha ido a Laramie.

—Kyle, Rafe y Angélica no te han abandonado, se han ido a vivir sus vidas.

—Y Jeannie —continuó Kyle como si ella no hubiera hablado—. La amaba de verdad. Era inteligente y bonita. Pero cuando la encontré con aquel hombre, algo murió en mi interior. Por eso

decidí que si me casaba alguna vez, lo haría con alguien como mi madre.

Maggie no pudo decir nada. Sabía que nunca se parecería a la madre de Kyle.

—Seguro que hay alguien cerca que se parezca a ella. ¿Gillian?

—Gillian es una vieja amiga del colegio. De haberme enamorado de ella lo habría hecho hace mucho tiempo —Kyle apoyó la frente en la de Maggie y la miró fijamente a los ojos—. Y ya no quiero una madre. Quiero una mujer que me subyugue de tal manera que apenas pueda concentrarme en mi trabajo. Una mujer que disfrute con los pequeños detalles de la vida, una mujer que aunque se olvide de cocinar, sea capaz de transmitir alegría y amabilidad a un grupo de hombres toscos.

Y una mujer tan fuerte como yo.

El corazón de Maggie latía desbocadamente. Le costaba creer lo que estaba escuchando y no lo hubiera interrumpido ni por todo el oro del mundo. Kyle estaba hablando de ella. ¿Realmente creía todo eso?

—No pares —susurró, apretando las manos contra el torso de Kyle.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—Quiero una mujer tan inocente que me asuste y al mismo tiempo tan femenina que me haga sentir orgulloso de ser un hombre. Quiero una mujer que me necesite, que…

Maggie se abrazó a su cuello.

—Te amo, Kyle. Te amo —dijo, dejando que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas sin intentar detenerlas.

—Y yo estoy intentado decirte que te amo, Maggie —dijo Kyle, besándola con ternura.

Se separó, y mirándola con ojos llenos de amor, la tomó en brazos y dio vueltas con ella en el aire, al tiempo que lanzaba un grito de alegría. Maggie se asió a él y rió.

Kyle la dejó en el suelo.

—¿Te quedas?

—Supongo. Pero quiero que me aclares una cosa: quieres que me quede….

—Quiero que te cases conmigo. Seremos felices juntos, Maggie. Tú podrás escribir y cuidar de los niños. Contrataremos un ama de

llaves para hacer las tareas de la casa.

—No hace falta, puedo ocuparme yo.

Kyle vaciló, respiró profundamente y sonrió.

—Claro que sí. Siempre podemos comer tortilla.

—Eres… —Maggie le dio un golpe en el brazo, mirándolo con adoración—.

Vamos a ser tan felices juntos…. —hizo una pausa. Las palabras de Kyle habían tardado en penetrar en su mente—. ¿Has dicho niños?

—¿No quieres tenerlos?

—¿Cuántos? —preguntó Maggie, con cautela.

Kyle se encogió de hombros.

—Me encantaría tener un par de chicos y un par de chicas.

—Me parece una buena idea.

Maggie se sentía capaz de cuidar de cuatro hijos. Sonrió lentamente. Estaba segura de poder superar cualquier obstáculo estando junto a Kyle. Incluso podría manejar a aquel hombre mandón siempre que él la amara.

Samuel Foster carraspeó. Llevaba una semana de visita en el rancho durante la que habían discutido mucho pero también se habían aproximado más que nunca.

Maggie se alisó la falda del vestido de boda y se miró en el espejo. La falda corta le quedaba bien. También el sombrero.

—¿Estás lista, cariño? —preguntó su padre—. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí, papá. Completamente segura. Creía que Kyle te gustaba —Maggie miró a su padre sorprendida. Él y Kyle se habían conocido hacía varias semanas, durante una visita de un fin de semana.

—Y me gusta. Sólo quiero cerciorarme de que vas a ser feliz.

—Soy tan feliz que voy a estallar —dijo Maggie, tomándolo del brazo.

—Siempre pensé que te casarías en una iglesia —dijo su padre, al tiempo que salían al descansillo. Se detuvieron en lo alto de la escalera y miraron a la gente que los esperaba en el vestíbulo y se adentraba hacia el salón, desde donde llegaban sus voces.

—No, esto está mejor —dijo.

—¿Por qué?

Maggie sonrió a su padre.

—Siempre que Kyle se ponga mandón o se enfade por algo, podré recordarle que fue en esa misma habitación donde nos juramos amor eterno, y le haré sentirse culpable.

Cuando sonó la música, Maggie y su padre descendieron lentamente las escaleras. Todos los hombres del rancho estaban allí, tan elegantes que Maggie casi no pudo reconocerlos. Lance le guiñó un ojo y Maggie, divertida, miró para otro lado.

Sabía que a Lance le encantaba tomarle el pelo a Kyle y que su futuro esposo siempre se irritaba con él.

Cuando llegaron al arco de entrada, Maggie vio a Kyle. Se sonrieron. A Maggie le costaba creer que no estaba soñando, que verdaderamente iban a casarse, que Kyle la amaba tanto como ella lo amaba a él.

—Sé feliz, pequeña —le susurró su padre, entregando la mano de Maggie a Kyle.

—Lo seré, papá, siempre —Maggie sonrió y dio un paso hacia su amado.

Epílogo

Maggie tarareaba de vuelta a casa en el camión azul y blanco. En cuanto llegara, iría en busca de Kyle. Si no se lo decía pronto, iba a estallar de impaciencia. La visita al médico no había hecho más que confirmar lo que Maggie sospechaba: en unos meses tendrían un hijo.

Detuvo el camión junto al buzón y miró en torno por si veía a alguno de los hombres, pero debían estar trabajando en otra parte del rancho. Y Kyle no parecía haberla visto desde lo alto de la colina o, de otra manera, habría galopado a su encuentro para darle la bienvenida, tal y como solía hacer.

Los dos últimos años habían sido maravillosos. Ocasionalmente Maggie se olvidaba de cocinar o de poner la secadora, pero Kyle decía que no le importaba. Y si se enfurruñaba, Maggie lo llevaba al salón y lo besaba, y pronto Kyle cambiaba de humor. Maggie sonrió. Le encantaba reconciliarse con su marido.

Claro que también le gustaba no pelearse con él. Kyle no necesitaba excusas para tomarla en brazos y llevarla a la cama. O para tirar los papeles del escritorio y hacerle el amor sobre él. O en el granero cuando los trabajadores…

Maggie sacudió la cabeza. Ya estaba soñando despierta otra vez.

Se bajó del camión y sacó las cartas. Un sobre grande marrón hizo que se le encogiera el corazón.

¿La rechazaban de nuevo? Sacó la carta: sí. Era su cuarto intento. Y la tercera vez que no aceptaban ese mismo manuscrito.

Leyó la nota por encima y sonrió. Decía que se lo devolvían por varias razones.

Siempre las había. Pero como en las anteriores ocasiones, la felicitaban por la vividez y el calor de sus escenas de amor.

Metió la carta en el sobre, recogió el resto del correo y puso el camión en marcha. Kyle no sabía que había mandado el libro a otras editoriales. Maggie prefería que siguiera ofreciéndose a practicar para que su escritura mejorara. Una sonrisa resplandeciente iluminó su rostro. Esa misma noche tendrían ocasión de seguir practicando. Estaba deseando que llegara el momento.

Miró el reloj y abrió los ojos desorbitadamente. «Oh Dios mío». Era tarde y no había preparado nada para cenar. ¡Otra vez tortillas!

Fin